

BIBLIOTECA AMERICANA DE INSPIRACION

AMANDA LABARCA HVBERTSON



EN TIERRAS
EXTRAÑAS

Casa Editora Tancredo Pinochet
Santiago - Buenos Aires - Lima

Bustos

Biblioteca Americana de Inspiración

EN TIERRAS EXTRAÑAS

POR

AMANDA LABARCA HUBERTSON

IMPRENTA UNIVERSITARIA

==== Bandera 130—SANTIAGO —==

1915

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA
Queda hecho el depósito prescrito por
la ley

De la autora:

IMPRESIONES DE JUVENTUD (Estudios literarios) 1909.

ACTIVIDADES FEMENINAS (Estudios sociales) 1914.

EN TIERRAS EXTRAÑAS

Licso de Concepcion
- - -

Obra encuadernada i em-
pastada en la clase de Tra-
bajos Manuales por el
alumno Raul Coddou.

1917.

Para la Biblioteca
Infantil de Concepción
Julio 9 de 1917.

R. A. M. Marín

I

Esta mañana de Septiembre es fría y luminosa. Silba el cierzo entre las jarcias y llega a estremecer el ramaje aun verdegueante de los bosques isleños que irrumpen entre las aguas de la anchurosa bahía. Las puebla de ruidos y colores un enjambre de barcos, atraídos por esa otra nave gigantesca que avanza hácia el mar su proa formidable: Nueva York. Bajo el azul purísimo del cielo se yerguen los descomunales edificios, abiertas sus innúmeras ventanillas, como otras tantas pupilas que atisbasen lejanías del océano.

De pie en la cubierta del *Magdalena*, Carlos observa con desapasionada frialdad esa arquitectura violenta.

Hace contraste, piensa el muchacho, con la hermosura de esta bahía. Y vuelve a recrear sus ojos en las aguas sembradas de islas; en las laderas boscosas; los taludes que se adivinan como avanzadas de ignotas fortalezas; las chimeneas humeantes; las casucas blancas colgando como nidos al borde de las aguas...

—Mr. Solar—le llama una voz a su espalda—el contador dice que Ud. no ha llenado todavía el formulario de entrada.

Uno de los camareros ofrecía a Carlos un extenso pliego.

Rápidamente leyó.

—¿Hay que responder a todas estas preguntas?

—Sí, señor.

Bajó a la biblioteca. Varias señoras y caballeros, inclinados sobre las minutas, reflexionaban dificultosamente antes de estampar sus declaraciones. Unos cuantos colombianos renegaban en voz alta y en español de una tarea que estimaban atentatoria contra su libertad.

Buscó Carlos un rincón en donde escribir y sin apresurarse, principió a perjeñar sus respuestas:

Carlos Solar Donoso.—Nacido en La Serena, Chile, América del Sur, el 7 de Agosto de 1889.—Profesión: ingeniero de minas por la Universidad de Chile.—Soltero.—Católico de nacimiento.—(Sonrió al leer la pregunta siguiente: ¿Monógamo o polígamo?). Polígamo, estuvo a punto de escribir, todos los son más o menos en Chile; pero, recordando que soltero y polígamo no armonizaban bien, optó por el monógamo.—En seguida se demandaba la filiación. Altura: ¿Cómo? Era necesaria expresarla en pies? ¿Qué atrasados estos yanquis!—se dijo—y haciendo rápidamente la reducción, escribió con orgullo: 6 pies. (Siempre había sentido una secreta complacencia por su estatura).—Color: mate.—Cabellos: oscuros y ondulados.—Ojos: pardos. ¿Qué perfil de nariz tengo yo? Ciertamente no soy un Cyrano! Digamos: nariz proporcionada, lo cual es tan insulso como este mismo formulario.—¿Bigotes y barba?—Nó.—Señales especiales de identificación: una cicatriz pequeña en la frente, sobre el ojo izquierdo.—¿A qué viene a los Estados Unidos? ¿A qué? ¿A pasear? Nó; porque tengo el propósito de hacer algo útil. Diré a estudiar. ¿Vie-

ne enviado por algún gobierno, una corporación o una persona? Es mi padre quien me envía, recordó; pero para los efectos legales él viajaba por su propia cuenta y así hubo de estamparlo.

¡Todavía quedaban por llenar unos veinte casilleros! Carlos se armó de paciencia, escribiólos con toda la ligereza que supo, y lanzando un suspiro de alivio fué a hacer la entrega del papel.

Coquetamente acicalados para el desembarco, los pasajeros miraban incansables el puerto magnífico, cerrado por el telón de fondo de la ciudad. Resonaban las bocinas, los pitazos, el murmullo de las aguas, el voltear de las hélices, las voces rudas de los marineros saludándose de un barco a otro en frases de todos los idiomas.

Conversando con dos damas, una americana y otra francesa, el Honorable Mr. Hunt saludó a Carlos desde lejos, invitándole a acercarse.

—Qué tal? amigo mío. Le decepciona Nueva York?

—Nó; pero tampoco me entusiasma. Me

da la impresión de algo que yo hubiera visto muchas veces...

—La fotografía y la película arrebatan toda virginidad de impresiones, interpuso con voz cristalina Mme. Lacourt.

—Sin embargo, Mr. Solar, adujo la americana, esta bahía...

—No hay duda, Mrs. Harris. Es un lago florido, una rada maravillosamente dispuesta para abrigar un puerto colosal.

—*The greatest in the world!*—concluyó la americana, envanecida.

Mme. Lacourt miró a Carlos con sonrisa de inteligencia. Ya sabían ellos de memoria los ditirambos con que Mrs. Harris loaba a su patria en todos los instantes. América (ella no decía jamás Estados Unidos) era el país más rico, el más progresista, el más sano, el más honesto, el más inteligente, el más bello y sobre todo el más libre en la faz de la tierra.

—¿Por qué tardamos tanto en atracar?—interpuso Mme. Lacourt, un tanto impaciente.

—Supongo que deben pasarnos revista sanitaria y que esos dos transatlánticos nos han ganado la delantera. Señalaba Mr. Hunt

dos barcos genoveses repletos de carne humana, de carne de miseria que soñaba, sin embargo, hallar en el nuevo mundo el lote de ilusiones que no había podido ofrecerle su tierra empobrecida.

Levemente viró el navío y apareció de improviso, como si emergiera del fondo del océano, la Estatua de la Libertad.

¡Cuán distinta, pensó el muchacho, saturado de recuerdos clásicos, de esa otra diosa que en los tiempos helénicos surgiera también de las ondas! Con la diestra armada de la tea simbólica, el gesto severo, el rostro adusto, ésta no parecía acoger sino desafiar.

Al fin, llegaron a un muelle enorme y solitario en que unas cuantas personas, perdidas en la oquedad de la barraca, aguardaban a sus deudos o amigos. Atracó la nave; echaron un puentecillo y los pasajeros principiaron a desfilir camino de la aduana.

Diez enormes maletas-mundos, amén de un alto de cajas complicadas, eran el equipaje de Mrs. Harris que volvía a su patria después de cuatro años de ausencia.

Los empleados de la aduana, hundiéndose en

ellas sus brazos, deshacían paquetes; mostraban al descubierto los encajes, las holandas, las sedas y las pieles.

—¿Y las joyas?

—Son las que he declarado y que llevo en este maletín.

Pero el vista no estaba conforme; su experiencia parecía asegurarle que tan elegante dama traía al país alhajas más valiosas que las contenidas en el pequeño saco de mano. Revolvía las maletas; tentaba los fondos; buscaba los resquicios.

Mrs. Harris perdía visiblemente la calma.

—¿Ha concluído Ud?

—Nó, señora. ¿Todos estos trajes son de su uso?

—Todos.

—Son muchos. No admitimos tantos efectos personales. Ud. importa más de 2,000 dollars que no ha declarado.

—Ud. no es el llamado a avaluarlos.

—Nó, es el jefe.

Mme. Lacourt trataba en vano de tranquilizar a su amiga.

Llegó el jefe; extrajo prendas de vestir ínti-

mas, suntuosas tenidas de baile, batistas finísimas y perfumadas; las revisó, cotizándolas mentalmente una a una y en seguida, dirigiéndose a la señora, expuso con voz fría y cortante:

—Ud. trae mas equipaje que el que ha declarado, y más del que puede entrar libre de derechos. Pagará, por lo tanto, una multa de 500 dollars.

Y se retiró sin una palabra más.

Mrs. Harris miraba a sus compañeros de viaje, involuntarios testigos de la escena. Palabras acerbadas pugnaban por escapársele...

—El país de la libertad, insinuó con voz tenue Mme. Lacourt al muchacho extranjero que le oía. Y ambos entraron a la Cosmópolis Alta con un mismo sentimiento de desconfianza y de duda.

II

George W. Hunt, el excelente amigo de Carlos y su compañero de viaje, había tenido que abandonar Nueva York la mañana siguiente del arribo del *Magdalena*, camino de Washington, en donde daría cuenta de la misión confidencial que le encomendara el Presidente cerca de los países de la América Latina.

Sin más relaciones que las superficiales creadas en el barco con unos cuantos colombianos que venían a Nueva York con fines revolucionarios y con quienes no trataba siquiera de simpatizar, Carlos sufría por vez primera la angustia de la soledad en medio de una enorme ciudad desconocida.

Era un secreto e inconfesado pavor ante la vorágine de esa humanidad indiferente u hostil, mezclado en su corazón con el afán sombrío de conocerla, de desentrañar sus arcanos, de arrancarle sus misterios, de vivir aquella vida en toda su intensidad, apurando, si fuese necesario, las heces del placer o de la muerte.

Broadway le atrajo entonces más que ninguna otra cosa. Rodaba por sus aceras a toda hora del día o de la noche una avalancha humana incontenible: hombres y mujeres de toda especie: semblantes contraídos por las pasiones, mejillas pintadas de carmín, frentes torvas bajo el peso de una obsesión, ojos angelicales de muchachas rubias, caras negras, sudorosas, de fealdad repugnante; todos marchando de prisa tras una meta eternamente desconocida.

Y zarandeado por ellos como la hoja del álamo por el viento del otoño, el muchacho se embriagaba en el amargo placer de juzgarse un átomo insignificante, arrastrado hasta allí por la mano invisible de un burlesco destino; de saberse tanto más solitario cuanto más densa era la muchedumbre que le cercaba!

Caminaba al acaso, sin más finalidad que la de empapar sus sentidos en las sensaciones de ese mundo nuevo. Las bocinas de los automóviles, el ajetreo de los trenes elevados, la algarabía de las lenguas asaltaban su oído; en lo alto, sobre las cornisas de los rasca-cielos, los colores detonantes de los avisos herían sus ojos; mientras que a su lado, al alcance de la mano, las vitrinas cuajadas de joyas, rutilantes de telas, lujosas de trajes, atiborradas de muebles, de artículos alimenticios, de cuadros chillones, le ofrecían la feria de un comercio insaciable.

¡Qué remotas las horas infantiles en que fuera una ilusión, más acariciada cuanto más lejana, la de «correr tierras» y conocer mundo! Merecía esta gente que él hubiese venido del otro polo para conocerla? Acaso no era en el fondo, igual a la que siempre había visto?

Excepto el habla forastera y los cabellos rubios, ¿no sería esta muchedumbre idéntica a la que se pavoneaba engreída por la calle de Huérfanos en su ciudad remota? Por qué había de ser esta civilización, que había erigido los rasca-cielos y creado los trusts, menos brutal

o más sensible que la que guardaba el adobe y mantenía el inquilinato?

Cansado de vagar sin rumbo, volvía al hotel para encontrarse solo otra vez ante los cuatro muros de una habitación anónima. Solo en el torbellino de la muchedumbre; solo en su cuarto inhospitalario, solo! Su padre se había empeñado en que conociera estas tierras extrañas, estas tierras hoscas en que no había hallado ni un solo chileno con quien recordar la lengua nativa, en que no tenía conocidos, en que no contaba con amigos, en que todo aparecía a sus ojos latinos, desaforado, inarmónico, falto de gracia y de espíritu. Ningún sacrificio creía entonces que su amor filial podría ofrendar más grande, que éste de vivir un año... un año por lo menos... en medio de seres con quienes no simpatizaba y con los cuales no sentiría jamás afinidad alguna.

III

Después de unas semanas de recorrer museos, de asistir a teatros, de vagar por los parques y las avenidas y de hacer durante todo el tiempo vida de restaurant, Carlos despertó una mañana sintiéndose saturado de *spleen* y corroído de melancolías. ¿Qué tentar? ¿A dónde ir que no fuese lo mismo que ayer y que todos los días de su breve estada en la metrópolis? ¿A la Universidad, como le aconsejara su buen padre al darle el último abrazo a bordo del *Orita*? ¿Podría enseñarle algo de nuevo? Las instituciones yanquis eran una fanfarronada. Un fraude colosal y hábilmente calculado para engañar a los ingenuos del mundo en-

tero. Fraude como su civilización, como su riqueza, como su moralidad. No sería tan iluso que fuera a estas universidades por aprender!

De mala gana y lentamente se vistió. ¿Dónde dirigirse? Quién sabe si el roce estudiantil pudiera darle oportunidades de conocer gente, de llenar con algo la vaciedad de sus horas. Nunca había sido un estudioso, pero fué a la Universidad, porque no hallaba otro medio de disipar su acre aburrimiento.

Cuando a las once del día salió del tren subterráneo a la claridad de Broadway, su malestar anímico no había concluído. Ensimismado en sus pensamientos, siguió la calle que, según las instrucciones recibidas en el hotel, le llevaría a las puertas de COLUMBIA. Sólo que en vez de un rasca-cielos como él lo había imaginado, de estilo pretencioso y de líneas pedantescas, se abrió a su paso la piedra blanca de una amplia escalinata. A su frente se extendía una serie de edificios que rodeaban a uno más hermoso y más alto, en cuyos portales las columnas dóricas ponían el sello de una belleza inmortal.

En mitad de la ascensión, la estatua de una

mujer con los brazos estendidos en actitud de bienvenida, acogía al visitante. En el zócalo se leían estas únicas palabras: ALMA MATER.

Absolutamente desorientado, Carlos se dirigió a la primera persona que encontró, preguntándole en dónde estaba la Escuela de Ciencias Sociales. El mozo, al parecer estudiante, se ofreció a acompañarle.

—¿Es Ud. extranjero? fué en seguida su pregunta.

—Sí; soy chileno.

—Americano del Sur? inquirió el otro en la duda de si Chile estaría en ese continente.

—Sí.

Atravesaron por prados minúsculos serpenteados por caminitos de madera que separaban las variadas escuelas universitarias.

—Aquí es. A cuál profesor desea ver Ud.?

—A Robert W. Mathews.

—Tome Ud. el ascensor. En el tercer piso está su oficina. Yo soy alumno de él y si Ud. viene a Columbia me agradecerá oír lo que me cuente de su país. Soy Jack Lewis, de Michigan.

Y se alejó con un rápido saludo.

Encontró al profesor en su estudio, rodeado de estantes que rebosaban folletos, libros, casilleros para notas y papeles. Carlos extendió la carta que su padre enviaba a Mathews, a quien conociera en los viajes de instrucción que éste venía efectuando a la América del Sur desde hacía algunos años.

—¿Es Ud. el hijo de don Francisco Solar, de la Serena? ¡Cuánto me alegro de conocerlo!

Por vez primera, desde que habitaba en Yankilandia, oía hablar castellano. Se ensanchó su corazón como ante una caricia, y sus ojos pardos brillaron de alegría.

La charla comenzó.

Mathews era un hombre de rostro afable que escondía bajo los gruesos lentes una mirada maliciosa, que hacía gentil contraste con la nieve de sus cabellos prematuramente encanecidos.

—Ud. no estaba en «El Romeral» cuando yo fuí. No recuerdo haberlo visto entonces.

—Nó, señor. Yo estaba en Santiago en el «Internado».

—¿Progresó «La Fortuna»?

—Nada. Desde que se tocaron unas co-

rrientes subterráneas todas las oficinas del asiento minero paralizaron sus faenas, incluso las de mi padre.

—Y no las han desecado desde entonces?

—Hasta ahora no ha sido posible. Los propietarios no concluyen de ponerse de acuerdo para la empresa, que solamente puede hacerse en común.

—Qué lástima; cuánta riqueza perdida! Y ahora, qué va a hacer Ud.?

—No lo sé bien. Querría seguir algún curso de metalurgia del cobre.

—Cierto que las minas de su padre son cupríferas. Y nada más?

—Nada más.

Reflexionó un momento Mr. Mathews y luego habló:

—Me permite Ud. un consejo, amigo mío?

—Los que guste.

—Ud. que es un hombre rico o que lo va a ser, tendrá en su país un puesto prominente. ¿Por qué no se prepara Ud. para él? Para aumentar su fortuna, y ennoblecer su vida y servir a su país, Ud. debe aprender a organizar las voluntades que estarán a su servicio, a ad-

ministrar los intereses suyos, armonizándolos con los de la comunidad. Siga usted cursos de metalurgia, pero no olvide los de organización de comunidades, los de administración de grandes asociaciones industriales y sobre todo, los de economía social y política.

Esto diciendo, tomó de la estantería un libro que abrió ante Carlos. El joven le miraba cohibido, sin atreverse a decirle que nunca creyera necesario estudiar economía política para administrar bien una empresa minera.

—He aquí el catálogo de la «Escuela de minas, ingeniería y química», prosiguió Mathews con un habla del más puro acento castizo.

Hojeó.

—Ingeniería de minas... Nó, esto es elemental; ingeniería civil... tampoco; ingeniería mecánica... eléctrica... metalurgia... Aquí estamos. Acerque usted su silla, señor Solar; curso 111: metalurgia del cobre; núm. 118: curso avanzado: Tratamiento de minerales de ley pobre.

—Justo, dijo Carlos; eso es lo que yo necesito.

El profesor siguió leyendo:

...Tratamiento de minerales de ley pobre y de la plata y el cobre por medio de la lixiviación. Extracción del cobre contenido en las aguas minas. Utilización del gas de los hornos para la producción del ácido sulfúrico. Núm. 148: Electrometallurgia; construcción de refinerías electrolíticas.

Y en cuanto a administración, aquí encuentra, Mr. Solar. Núm. 171: Administración de comunidades mineras. El profesor es un hombre de grandes alcances; minero él mismo y presidente del Kentucky Copper Limited. Si a esto, usted añade uno o dos cursos de economía social en mi departamento, tendrá usted un programa completo.

Y antes de que Carlos pudiera formular las objeciones que ya pensaba hacer, prosiguió:

—¿Dónde vive Ud. ahora?

—En el Astoria Hotel.

—Véngase Ud. a este barrio. Venga Ud. a vivir con nosotros: los profesores y los estudiantes. Las mejores lecciones que dan las aulas suelen ser las que se prodigan en un

contacto íntimo los hombres que van tras los mismos ideales.

Le dió en seguida todas las indicaciones necesarias para formalizar su ingreso a Columbia y no le abandonó hasta que Carlos hubo escogido entre las casas de pensión recomendadas por la Universidad, una cómoda y agradable en que acogerse.

—Y ahora, Mr. Solar, recurra Ud. a mí en cualquiera emergencia. Su padre es un hombre a quien aprecio altamente y a quien debo una hospitalidad más gentil que la que nosotros sabemos ofrecer. Venga Ud. también a mi casa. Mrs. Mathews tendrá un placer en conocerle.

Le estendió su mano y estrechó la de Carlos en un vigoroso y fornido apretón.

Cuando salió a la calle, el sol otoñal lucía sus fulgores meridianos.

Un airecillo penetrante arremolinaba las hojas del parque universitario y ponía en la piel un escozor friolero que animaba a moverse de prisa, a andar, a respirar a plenos pulmones.

Había desaparecido su fastidio; pero no se alegraba de este rápido giro que había hecho

su vida. Extrajo de su cartera los papeles que había firmado, su tarjeta de estudiante, el horario que él mismo aceptara y al ver cuántos casilleros estaban llenos con los números de los cursos que había pagado, se sonrió irónicamente. Él no creía en las universidades yanquis, y en su patria no había sido más que un mediocre alumno, trabajando para los exámenes antes que para su propio placer, ¿iría a entrar ahora a una vida de esfuerzos y de estudio? ¡Claro que nó! Pero tampoco era cosa de dejar mal el nombre de su patria que él creía ingenuamente representar en ese mundo en que el nombre de Chile era desconocido e ignorado en absoluto.

IV

En el comedor exiguo para la densa compañía, las voces, ora se entremezclaban, ora subían en acordes bulliciosos, ora bajaban para volver a ascender luego en arpeggios alegres, multiformes e ininterrumpidos.

Mesas pequeñas, calculadas estrechamente para cuatro personas, bordeaban los muros, mientras otras más amplias ocupaban el centro. Bombillas eléctricas, tamizadas de seda, irradiaban una luz difusa, que palidecía el fulgor demasiado pretencioso de la vajilla, ostentada bajo los cristales de las vitrinas que ocultaban los ángulos del coqueto refectorio.

Fámulas negras, de bellos caídos, anchas

narices y pupilas opacas, vestidas de limpísimo blanco, cubierta la cabeza motuda por un cendal caprichoso, mancha de irónica albura sobre el ébano graso de los cabellos, transitaban diligentes entre las mesas, rodeadas a la sazón por una cantidad de muchachos alborozados, por otras tantas estudiantes de variados tipos y por unas escasas personas de edad madura que venían buscando la alegría juvenil como el anciano aterido los rayos de un sol vivificante.

En la mesa de Carlos sólo había tres comensales más: a su vera, una joven de claros ojos, con cuyas maneras francas Carlos simpatizó desde el primer momento; a la derecha, un estudiante de leyes, ya entrado en años, meditabundo y silencioso casi siempre, y a la izquierda el mismo Jack Lewis, de Michigan, que había acompañado a Carlos a la oficina del profesor Mathews el primer día de su llegada a Columbia y que supo conseguir, a fuerza de jovialidad y buen humor, que el forastero olvidase parte de la reserva hosca y orgullosa en que se había encerrado en los primeros días de su novel existencia.

El comensal de la izquierda, el taciturno Mr. Graham, levantó los ojos que hasta entonces había mantenido fijos en la serie de menudos platos de legumbres que rodeaban su bistec encarnado y jugoso, y dirigió por vez primera la palabra durante la comida para interrogar a Carlos:

—*How do you like New York?*

Era la pregunta que a éste le fastidiaba más, porque no había americano que, al saberlo recién llegado, no se creyera en la obligación de formular.

—No sé, Mr. Graham. No he tenido tiempo ni oportunidad de formarme una idea aproximada...

—Pero los rasca-cielos no le parecen maravillosos?—demandó extrañada Miss Green.

—Absolutamente, son horribles.

—¡Qué herejía! irrumpió Jack. ¡Qué herejía!

—¿Lo dice Ud. en serio? pronunció extrañadísimo el futuro leguleyo.

—En serio.

—No puede ser, insinuó incrédula la niña.

—Los edificios más grandiosos del mundo!

The greatest in the world, arguyó entonces Jack.

—Grandiosos a juicio de los americanos.

—¡A juicio de todo el mundo, Mr. Solar!

—¡Siempre creen Uds. ser todo el mundo! Los rasca-cielos son pesados, rígidos, monstruosos.

—Tal vez a sus ojos no sean bellos, concluyó Mr. Graham; pero como ningún pueblo se ha atrevido a levantarlos tan altos, nosotros los creemos los más hermosos del mundo.

Sumergió en seguida sus pupilas miopes en una mermelada de frambuesa, extrajo lentamente una cucharada, la llevó a la boca y cortó incontinentemente un bocado de bistec para acompañarla.

—Si no los rasca-cielos, por lo menos Ud. concederá que ha admirado nuestras libérrimas instituciones.

Era el mismo Mr. Graham quien hablaba, herida su susceptibilidad por las afirmaciones rotundas del extranjero.

—¿A qué se refiere Ud.? demandó inmedia-

tamente el muchacho, deseando puntualizar la discusión que ya presentía.

—Al goce de la libertad individual.

—La libertad individual es mayor entre nosotros.

—Me refiero a la libertad ofrecida por la ley, adujo, un si es no es acremente el contendor

—Yo también.

—¡Entonces Uds. están muy adelantados! sonó la voz incrédula e irónica del otro.

—No es eso, repuso Carlos, ofendido de esa duda que a cada paso brotaba de los labios americanos cuando él hablaba de su país. Es que Uds. se han acostumbrado a medir sus libertades en comparación con la de aquellos pueblos que les envían la mayor corriente inmigratoria: Rusia, Austria, Italia, Siria, etc. Porque estos inmigrantes proclaman a los Estados Unidos el país de la libertad, Uds. han creído ser sus únicos poseedores.

—Es bastante aventurada su hipótesis, pero en todo caso nadie puede negar que mediante nuestro sistema de educación común, América ofrece la más alta manifestación de democracia.

¿En su país se da igual importancia a la cultura de todos?

—Sí.

—¿Qué porcentaje de analfabetos tienen?

—No recuerdo, repuso Carlos, ruborizándose. Lo sabía perfectamente; pero ¿cómo habría de mostrar a los extraños las llagas de su madre patria? E interiormente sufrió, por vez primera, la vergüenza de mentir para defender su suelo. Ocultando mal su sentimiento, repuso:

—Por término medio nuestra cultura es muy superior a la de Uds. en las clases cultivadas y bastante inferior en las clases bajas.

—Lo que ha de poner un abismo de diferencia entre ambas, adujo, interesada en la conversación, Edna Green.

—¡Me asombra entonces que Uds. puedan gozar de tantas libertades! concluyó Mr. Graham, triunfante.

El ruido de la conversación zumbaba en el comedor; risas broncas delataban la presencia de muchachos joviales, que celebraban sus menores gracias y las más ingenuas bromas, con un regocijo pueril que llamaba la atención del chileno descontentadizo y pesimista. Las

estudiantes eran más recogidas, de modales recatados; simpáticas y jóvenes casi todas. Algunas mesas eran ocupadas exclusivamente por ellas; en otras, alternaba con los mozos en una camaradería jovial, sin esa coquetería latina que consiste en actuar de tal modo, que parezca a los hombres que siempre ha podido haber una oculta intención, un sentido misterioso, una significación más honda en cada uno de nuestros menores y más insignificantes actos. El señuelo del misterio que siempre ha excitado la imaginación de la humanidad!

—Mr. Solar, ¿todos los chilenos tienen su tipo? inquirió su locuaz compañera de mesa.

—¿Cómo?

—Quiero decir si son blancos como Ud.

—¡Por supuesto! Todos los chilenos pertenecen a la raza blanca. Y como la niña abriera tamaños ojos de admiración, él prosiguió:

—Mi país no tiene, como el de Uds., una línea de color. No hay negros y los pocos indios que quedan, viven en el Sur.

—¡No tienen negros! repetía admirada e incrédula Miss Green. ¡Pues no saben Uds. que dicha poseen! Yo no soy neoyorkina, sino del

Sur, de Tennessee, donde la mayoría de la población es negra, desgraciadamente.

—Los negros y los judíos echan a perder esta tierra que es la bendición de Dios.

—¿Tampoco hay israelitas en su país? terció Jack, que hablaba poco, cuando se trataba de masticar.

—En número ínfimo; de tal modo que llegué aquí virgen de prejuicios en contra de ambas razas; pero ya en el vapor me lo infiltraban los pasajeros norteamericanos.

—Si Ud. reside aquí un buen tiempo, aprenderá a odiarlos, a los negros, sobre todo.

—Lo dudo, nunca podré excusar el linchamiento.

—Sí, lo excusará, Mr. Solar, dijo con absoluta convicción el jurisconsulto en ciérne. Es el único medio de amedrentarlos y castigar sus vicios.

—Nadie tiene derecho a martirizar a un semejante.

—¿Semejante? ¿Un negro? Mr. Solar, Ud. nos insulta. Los negros están más cerca de las bestias que de las gentes. No son nuestros semejantes—arguyó impetuosa la voz agracia-

da de Edna Green, la voz de tonos arrulladores con que Carlos la había oído pronunciar siempre cosas sensatas y amables.

—Pero Ud. tampoco martirizaría a un animal.

—Nó, porque son inofensivos y porque no pueden defenderse. Pero los negros son perversos y no escarmientan. ¿Sabe Ud. que en las plantaciones y en las ciudades del Sur una niña o una señora no se aventuran jamás solas después de la oración por temor a sus inmundos ataques? ¿Y que nuestros padres lo primero que nos enseñan es a huir de un negro como de una víbora ponzoñosa?

—¿De modo, Miss Green, que Ud. justifica el linchamiento?

—Plenamente.

—¡Qué horror! ¿Y Ud. se cree una persona civilizada?

—Si Ud. fuera americano, Mr. Solar, nos comprendería, dijo Jack con convicción.

—Linchar a un negro es hacer una obra de bien al país y a la humanidad, concluyó pacíficamente Mr. Graham.

En ese preciso momento, la criada servía las

tazas de café y alcanzó a oírlo. Su cara horrible se puso cárdena, los ojos se redondearon y parecieron salir de las órbitas, mientras la boca se contraía en una mueca de odio y de rencor feroz, sus manos temblaban y parte del café vino a vaciarse sobre el traje impecable del yanqui.

Con la astucia de la serpiente habituada a replegarse, la mujer de color ocultó su sentimiento y friamente balbuceó un: *Excuse me!* Y volvió al repostero.

—Esto pasa, explicó indignado Mr. Graham, mientras sacudía su vestón de ceremonia, por tener sirvientes negros. Son estúpidos; no sirven sino para hacer mal.

A lo que sus compañeros de mesa, excepto naturalmente Carlos, asintieron decididos.

Ya cerca del final de la merienda, la dueña de casa, la estirada y correctísima Mrs. Butler, acompañada de su hija, vino a ocupar la mesa central. El imprescindible compañero de ésta, un spaniel negro, sedoso y fino, las seguía.

El busto redondeado, la cintura estrecha, las caderas amplias, sugerían a una muchacha latina antes que a una sajona. Colocó a Ruby,

sobre una ménsula cercana, mientras Carlos detenía su mirar en el semblante pálido de esta Agnes Butler de ojos oscuros y sonrisa enigmática.

—¡Aló! Ruby! decía mimosa la dueña. Y Ruby, abriendo sus ojos fosforescentes, parecía sonreír.

Se retiró Carlos del comedor con el mismo sentimiento de desazón amarga que los días anteriores. Rehuyendo la compañía de Jack y la de los muchachos que después de comida iban a los salones a hacer tertulia a sus compañeras, dirigióse lentamente al parque cercano en la orilla del Hudson, Riverside.

Había descendido el sol a alumbrar otras tierras y a alegrar otras gentes. Sobre la turquesa del cielo, una mancha de nubes polícromas delataba la huella del astro; sus colores se miraban en el espejo rizado del Hudson en donde se repetían en franjas de nácar, de oro, de rosa. Un vapor de recreo, lento y blanco, al aire sus flámulas livianas, descendía la corriente; otros barcos más ligeros, más pequeños, de todas formas surcaban las aguas. Sobre las altas riberas opuestas, el bosque

era un nido de púrpura. Una luz tímida, diminuta, imperceptible casi, prendió en una ventana lejana, luego otra y otra...

En el parque, parejas juveniles pasaban conversando, mirándose a los ojos en absoluta indiferencia a todo lo que no fuera ellos mismos; estudiantes bulliciosos emergían de todas partes; señores graves daban el brazo a mujeres elegantes; buenos burgueses paseaban lentamente, deteniéndose a cada paso a admirar un automóvil más veloz que los otros o a una amazona jinete en un piafante corcel.

Estas visiones de la belleza de un paisaje extraño, de una vida de dicha que no era la suya, roían el corazón del expatriado. Un nudo apretaba su garganta mientras caminaba por Riverside desesperanzadamente. Sin quererlo, evocaba los tiempos en que era el centro de un grupo despreocupado y orgulloso que en las mañanas de su país, se apostaba en Huérfanos y Ahumada. ¿Pensarían sus compañeros ver dolorido al que entonces era indiferente e irónico?

El, que nunca sufrió, que nunca tuvo intranquilidades, que miró la vida con satisfecho egois-

mo! ¿Por qué esta vuelta en la senda ignorada para arribar a una tierra que no poseía significado alguno para él? Esta tierra habitada por hombres presuntuosos, vanos, infatuados por su progreso, hombres que tienen la ferocidad de los salvajes contra el que ayer fué su esclavo y que, sin embargo, se creen en la cúspide de la más refinada civilización. ¿Cuál sería su destino? Él no era un idealista, ni siquiera un soñador. Seis años en el Internado Nacional, lejos de su padre—a su madre, muerta muy joven, apenas la recordaba—yendo a «El Rome-ral» en cada vacación para encontrar que nada iguala en riqueza y hermosura a los valles de su tierra nativa, le habían labrado un carácter retraído, indiferente, rutinario casi. Estudió lo menos que fué menester para no dar a su padre el desagrado de un fracaso; no gastó sus energías en otra cosa que unos cuantos deportes y en uno que otro amorío liviano; porque tampoco idealizaba a las mujeres ni creía que el amor pudiera ser un factor importante en su vida. Había sido uno de tantos, uno de tantos a quienes la vida fácil de su país arrulla-

ba blandamente sin exigirles esfuerzos, ni inteligencia, ni cualidades excepcionales.

Yo seré toda la vida lo que llaman un hombre práctico, un hombre que tiene el buen sentido de evitar las exageraciones y vivir conforme a los demás, pensaba. De no mediar mi padre, que creyó manifestarme su cariño enviándome aquí, yo estaría ya en el Norte, sacudiendo la tierra para extraer el mineral; haciendo la misma vida que él: minero cuando sonríe la fortuna y hacendado cuando la veta se muestra casquivana; contento de una feliz medianía, sin hacer grandes esfuerzos para nada, dejando que los atrevidos, los inescrupulosos y los osados ensucien sus manos en la politiquería al uso, mientras alejado de todos, uno forja su vida apacible y serena.

¿Para qué vendría aquí? Esta ciudad le pesaba. Los americanos, con la única excepción de George W. Hunt le parecían bastos, vanidosos, ineptos. Le hería el patriotismo agresivo de ellos. ¿Por qué no sería Chile un país tan grande, tan conocido en el mundo como los Estados Unidos para cubrir las exageraciones yanquis con la verdad de la grandeza propia?

Seguía avanzando a la par que el río. En la ribera opuesta se diseñaron, entre el follaje oscurecido por el otoño y por las primeras sombras de la noche, rutilantes y enormes letreros eléctricos.

—¡Qué estúpidos son!—pensó Carlos. ¡No saben más que echar a perder un paisaje encantador!

A su lado, una voz conocida moduló:

—¡Aló, Ruby! ¡Ven, acá Ruby!

Agnes Butler, sola con su spaniel, pasó, haciendo al joven una ligera venia.

V

La temperatura sufrió uno de esos descensos bruscos tan frecuentes en Nueva York. Sobre la ciudad, el cierzo convertido en huracán, soplaba con extraordinaria violencia, doblgando a su paso los árboles que respondían al azote con un ruido trémulo cual un sollozo; gemía entre los empinados edificios; transía los cuerpos de los transeuntes y helaba el aliento de las pobres bestias esclavizadas por el trabajo diario.

Montones de nubes cárdenas cruzaban el firmamento.

Había recibido Carlos una tarjeta especial invitándole a la primera recepción de Mrs. Ma-

thews y no fuera cortés rehusar; por más que nada de placentero podía prometerse de una fiesta en casa del catedrático. Puntual, para no aparecer como un sudamericano perezoso, salía a las cinco de la tarde, camino de la casa de Mathews, distante apenas unas cuantas cuadras.

De pronto, aumentó la oscuridad de la tarde; una racha más afilada que las otras pasó silbando entre los altísimos frontis y un leve polvo blanco principió a llover sobre la tierra. Entonces, los árboles, los edificios y las calles comenzaron a diluir su tristeza gris en la albuza que les bendecía; y hasta la atmósfera misma pareció menos implacable. Luego, el polvo convirtiéndose en plumillas tenues que huían y se arremolinaban en alas del viento. Los transeuntes aligeraron el paso, los rapazuelos salían de todas las casas a deleitarse en la primera nieve y sus voces de regocijo eran como el canto de las almas puras a la virgen blanca del invierno.

Carlos sentíase igualmente alborozado; dentro de él algo cantaba de alegría también, porque la nieve era bella, porque la nieve era su

amiga lejana, la que había amado siempre por inaccesible sobre los picachos de los Andes.

Un pilluelo arrebujaado en su elástica abría las dos manos tratando de recibir en ellas la gracia que descendía a la tierra. Miró la cara alegre del jóven y adivinando algo en sus ojos que le alentaba, dijo:

—¡Qué gusto ¿no? La nieve! La nieve...

No obstante sus arreos invernales, Carlos llegó aterido al vestíbulo tapizado de felpas y cruzado de espejos del palacete en que, a orillas del Hudson, tenía su residencia el reputado sociólogo.

El ascensor le condujo al tercer piso y allí, el *elevator boy* le señaló la puerta del departamento de su huésped.

Adentro, una atmósfera tibia y perfumada envolvió agradablemente a Carlos. Al ser anunciado, el profesor salió a su encuentro y con marcada cordialidad fué a presentarlo a su señora.

Varios salones, antes grandes que pequeños, una sala de fumar, una biblioteca que parecía el cuarto de trabajo del investigador

contenían confortablemente a los invitados que charlaban de pie, en grupos reducidos. La tenida de los hombres oscilaba entre la levita y el frac; las toilettes femeninas, entre el traje lujoso de tarde y el de gran escote. A medida que tuvo oportunidad de conversar con los diversos grupos que se hacían y deshacían rápidamente, Carlos pudo apreciar la misma heterogeneidad en las profesiones, razas y condición de los invitados. Los esposos Mathews habían viajado largamente por el extranjero; además, la señora gustaba, como todas las americanas cultivadas, demostrar en cada momento su afición por las usanzas europeas; sus tertulias incluían una mezcla selecta de las numerosas relaciones cosmopolitas que había hecho en el transcurso de sus viajes y de sus años, que no eran muchos, pero que ya se acercaban a los cuarenta. Sin embargo, era todavía una bella mujer, de un tipo medio flamenco, con cabellos ticianescos y formas jugosas y amplias como las vénuses de Rubens.

Carlos, que había creído encontrarse con una de las frecuentes recepciones que los catedráticos ofrecen a sus alumnos para intimar con

ellos y conocerlos mejor: una recepción de rigor y casi obligada por la tradición universitaria, estaba grandemente suspenso de hallar en ésta un mundo de exótica variedad. Fué presentado por turno a una señorita que se dió a conocer ella misma como escritora de nota, al director de un gran diario de la tarde, a un tenor del Metropolitano, que gozaba, entonces, del apogeo de su fama, a la presidente de la asociación sufraguista de Nueva York, al crítico literario del *Times*, a un ex-ministro plenipotenciario de Estados Unidos en la Argentina, al gobernador del estado de Minnesota, cuya estatura y ademanes de *cow-boy* rabiaban contra el frac en que estaba embutido, al director de una asociación de banqueros alemanes, a un catedrático francés en visita a los Estados Unidos, a una dama rusa de histórico abolengo e historiada vida y a varias mujeres elegantes, sin otro título que el muy real de su belleza y su buen gusto.

En ese momento, una joven, casi una chiquilla, a quien Carlos recordaba haber visto en clase de ciencias sociales y sobre la cual hiciera diversas hipótesis, tratando de adivinar cuál

sería la causa de la marcada deferencia que el profesor le concedía, le fué presentada por la opulenta Mrs. Mathews.

—*Miss Eve Wright, Mr. Charles Solar, a Chilean gentleman.*

La muchacha saludó gentil y donosamente.

—Miss Eve Wright, siguió Mrs. Mathews, es una de las mujeres que ha sabido granjearse el reconocimiento de la sociedad.

Y como nuevos invitados aparecieran en la puerta, ella los dejó conversando.

Eva Wright poseía unos ojos azules, luminosos, profundos. Esos ojos vinca-pervinca en que el iris prolonga rayos oscuros sobre la turquesa diáfana de la pupila. Al sonreir, esos ojos irradiaban una gracia infantil y humilde que contrastaba con la gravedad de su amplia frente y el rictus dolorido de su boca.

Los cabellos rubios se anudaban con naturalidad sobre la nuca. El talle tenía el mismo carácter de su fisonomía: una mezcla de infancia y madurez y sus manos largas, delgadas y pálidas, selladas por una obscura amatista en el cordial, acusaban como su frente y como su boca, un alma sufridora y compasiva.

—Creo haberla visto a Ud., señorita, en clase del profesor Mathews.

—Yo también; pero no había supuesto que fuese sudamericano.

—Yo no soy sudamericano, señorita, soy chileno.

Eva sonrió. Carlos se apresuró a explicar:

—Los chilenos somos enteramente diferentes de los tropicales e isleños que ustedes conocen, y no querría que usted me confundiese con ellos. ¿No es verdad que usted cree también que todos los americanos del Sur somos igualmente faltos de sentido cívico, de control de la voluntad, ociosos, holgazanes y muelles, habituados a un sol de fuego y a languidecer de amores bajo las palmeras?

—Más o menos; pero yo sería la última persona en confundir a un chileno con cualquiera otro americano del Sur. Si empleé la palabra, fué porque es la más usual. Tengo lejanísimos primos en Chile.

—¿Es posible? ¡Qué honor para mí!

El semblante infantil volvió a ser iluminado por el fulgor de su sonrisa.

—Parientes muy lejanos. ¿Conoce usted a la familia Valdés Kirk?

—De oídas.

—Uno de mis abuelos era hermano de la señora Kirk. Ya ve usted que es una relación bien lejana; a pesar de lo cual, siempre nos hemos comunicado. Al través de sus cartas conozco un poco a su país.

—Es usted la primera persona, entre las muchas que he encontrado en Nueva York, que supiera la existencia de nuestro rincón de tierra. Le debo a usted una deliciosa sorpresa.

—Es usted muy amable, señor, y si lo que usted dice no fuera una galantería, yo respondería que para mí también ha sido ésta una grata oportunidad.

Carlos se inclinó cortesmente. Ella prosiguió:

—¿Cuánto tiempo há que abandonó su país?

—Tres meses solamente.

—¿Aun no se siente aclimatado?

—Por desgracia, nó.

—¿Le ha molestado mucho Nueva York?

—¿Molestado? ¿Por qué?

—Porque en la primera impresión nadie quiere conformarse a lo que es distinto de aquello a que estábamos habituados. En la primera impresión, los ingenuos se entusiasman a favor y los prudentes en contra de la novedad.

—¿Y usted me califica de prudente? Las apariencias engañan, como decimos en español.

Se aprestaba a responder, cuando la solícita dueña de casa se adelantó hacia ellos y después de conversales un momento, pidió excusas al joven por llevarle su compañera: deseaba presentarla a otros amigos que habían manifestado un deseo muy justo de conocerla.

Carlos aceptó un poco contristado. Había sido, en verdad, una alegría para su corazón nostálgico el encontrar una mirada luminosa y una voz cristalina que preguntara otras cosas que las insulceses de su compañero de mesa.

Buscó sobre las cabezas indiferentes aquella en que los cabellos dorados se anudaban con sencillez sobre una linda cabeza pequeña y después siguió con la vista, hasta que hubo desaparecido tras el recodo del salón, el talle

esbelto y firme, el cuerpo flexible, vestido de blanco, de la muchacha.

—Mr. Solar; voy a presentarle a usted a mi colega Mac Pherson, oyó decir tras de sí a una voz que cortó bruscamente el hilo de sus pensamientos.

Era el Dr. Mac Pherson un hombrecillo grueso, pequeño, redondo casi, que ostentaba sobre sus hombros de gnomo, una imponente calva ojival, una calva reluciente, tersa, perfecta, una calva de ocho reflejos. Gruesos lentes cabalgaban en la punta de su nariz, efectuando sobre ella equilibrios acrobáticos al menor movimiento del erudito. A poco hablar, ya le había explicado con detalles a su oyente, sus títulos, sus obras y las esperanzas ciertas, fundadas en su próximo libro: un estudio histórico-crítico sobre las Leyendas Nibelungas. Las estudiaba desde un punto de vista perfectamente nuevo y original; los resultados a que llegara eran sorprendentes, únicos; revolucionarían el arte moderno.

En oyéndolo, Carlos se demandaba si tenía frente a sí a un charlatán o a un ingenuo, o si sería costumbre americana la de exponer por

sí mismo los propios méritos, pues no era ésta la única vez que alguien, de buenas a primeras, le refería sus múltiples habilidades.

Aun entraban nuevos invitados. Una pareja: hermanos, tal vez, de apariencia inconfundiblemente latina: él, moreno, de grandes patillas rizadas; ella, pequeña, de color mate y cabellos oscuros, muy elegante y distinguida. Mrs. Mathews salió a su encuentro.

—¡Cuánto placer de verlos! Mr. Mathews y yo creíamos que nuestra invitación no les había llegado a tiempo. Sólo ayer supimos que ustedes se hospedaban en el «Plaza».

Les guió hacia el interior de los salones, pasando cerca del grupo en que Mac Pherson refería las maravillas de su obra.

—¡Ah! Mr. Solar! Hé aquí también unos amigos que son chilenos. ¿Supongo que ustedes se conocen?

—No tenemos el honor, respondieron a duo, mirándose con sorpresa.

—La Srta. y el Sr. Echaurren; el señor Solar.

Encontrar unos chilenos en casa del Profesor de Ciencias Sociales era lo menos que ha-

bían esperado ambos, a pesar de conocer las afinidades cosmopolitas del sabio, y sobre todo, de su esposa.

Alfredo Echaurren habló inmediatamente en castellano, en chileno, podría decirse, gracias a su acento y a la elección de sus vocablos, dejando que su hermana Alicia contara a Mrs. Mathews los incidentes de su travesía.

—¿Desde cuándo está aquí usted?

—Cerca de tres meses. ¿Y usted?

—Una semana. ¿Y como es posible que el Encargado de Negocios no supiera su existencia, hombre?

—¡Cómo así! Hace cuatro días que fuí a buscar a su oficina mi correspondencia que, sólo ahora, tiene la amabilidad de enviarme.

—¡Trompeta! Anteayer no más le pregunté si conocía otros chilenos en Nueva York y me contestó que muy pocos: gentes con las cuales él no se rolaba: ¡aventureros o bellacos!

—Ya sabe usted, entonces, entre quienes clasificarme! adujo Carlos con franca sonrisa.

—¡Y usted se rie, hombre! Porque ese Encargado de Negocios es un alcornoque! Hace seis años que está aquí y no sabe inglés, no

conoce la ciudad y se niega a dar la menor información que se le pida. ¡Qué representantes tiene nuestro pobre país! ¡Pero ya veremos cómo le va a ir conmigo en cuanto le vea! ¿Y qué hace usted en esta ciudad de fariseos?

—Me aburro, me entristezco a veces, echo mucho de menos mi tierra y para olvidar todo esto, sigo algunos cursos en Columbia. ¿Vienen ustedes directamente de Chile? ¿Qué nuevas dejaron?

—Nó, hombre; llegamos de Europa. Hace dos años que partimos de Chile. De modo que soy yo quien puede preguntarle qué nuevas dejó?

—¿Novedades? No sé; parece que desde mucho tiempo, allí no pasa nada de nuevo.

—¿Progresan Santiago? Porque yo supongo que usted viene de la capital.

—Sí; pero no soy santiaguino. La ciudad prospera muy lentamente.

—Poco a poco se va lejos.

—Y corriendo también se llega lejos y más pronto.

—No crea usted en esos progresos rápidos, son siempre superficiales.

—Por alguna parte debe principiarse, ya sea por la superficie, ya por el fondo.

Mrs. Mathews y Alicia hablaban entre tanto en un francés cristalino y musical, recordando con placer la temporada que hicieran juntas en Aix-les-Bains. Se acercaron a ellos Alfredo y Carlos y la charla giró entonces por toda la redondez del globo.

En pequeños grupos pasaban los invitados al comedor, en donde una íntima amiga de la huésped, Mrs. Harriet, esposa del director del *New York Evening Post* servía el té, sazonado con su chispeante y graciosa charla.

Al rededor de la mesa se encontraron nuevamente Eva Wright, Alicia y Carlos. Las dos primeras habían simpatizado desde el primer momento y juntas hilvanaban ahora una conversación en que las bellezas naturales de Chile triunfaban, segun Alicia, de las del resto del universo.

Mientras contestaba a las frases ingeniosas de Mrs. Harriet, Carlos las contemplaba con cierta ternura. Hacía apenas un momento que las había encontrado, mas ya la gracia infantil, los ojos luminosos y la frente pensadora

de Eva, y Alicia con su pequeña figura de innata distinción, le impresionaban como seres a quienes hubiese conocido hacía mucho tiempo, seres en quienes podría confiar su nostalgia y su patriotismo hipertrofiado por la distancia.

La conversación general recaía entonces sobre la cuestión palpitante en los círculos femeninos: el sufragismo y Miss Hopkins, la escritora de nota, era quien hablaba:

—¿Sabe usted cuáles son las peores enemigas de la causa? Las mujeres felices. Porque la vida les ha dado todo a su sabor, creen que las demás no padecen, ni luchan de verdad.

Carlos se dirigió a Eva.

—Y usted, señorita, ¿es también sufragista militante?

—Sufragista, sí; pero no militante.

—¿Cómo?

—No creo en el voto como panacea. Las leyes por sí solas no mejoran a la humanidad. Contestaba con una voz fresca y juvenil sin dar énfasis a sus palabras, deseando tal vez que pasaran inadvertidas.

—Ha oído usted Miss Hopkins, dijo, no obs-

tante, la gentil servidora de té. Miss Wright no cree que el voto va a ser un cúralo-todo.

—La opinión de Miss Wright no cuenta, repuso la interpelada.

—¿Qué dice usted? Posiblemente ella es la única que tiene derecho a exponerla.

—Nó, Mrs. Harriett, porque Eva Wright está fuera de lo común; sus opiniones no son la norma.

Eva se ruborizó, pero inmediatamente repuso:

—¿No teme usted, Miss Hopkins, que sus alabanzas inmerecidas me corrompan?

—Nó, porque usted ya ha demostrado su inmunidad.

—Su fantasía de novelista le adelanta a la época, Miss Hopkins. El suero contra la vanidad no ha sido descubierto aun.

Al mismo tiempo que Eva Wright, despidiéronse de sus huéspedes los tres compatriotas. Arrebujados por la nieve que seguía cayendo, marcharon de prisa; las dos muchachas, siguiendo una interrumpida conversación; los hombres, hablando de las últimas evoluciones de la política en el lejano terruño.

Estaba atento Carlos, aunque no podía apar-

tar sus ojos ni su mente del bellísimo paisaje. Bajo los focos eléctricos la nieve relucía blanca e interminable. Los árboles y las plantas de Riverside que en la mañana humillaran su ramaje desnudo bajo el azote del viento, esta noche habían florecido: cada rama ostentaba un copo delicado y blando. En las mansiones de la orilla del río, líneas blancas subrayaban los detalles arquitectónicos, y hasta el Hudson mismo parecía retardar su corriente para recibir la caricia del invierno. ¡Cuán bella y gentil! La nieve parecía un ser inteligente, cuyo secreto designio fuera sólo embellecer la tierra con la clámide de su pureza.

De pronto, Echaurren varió de conversación:

—Hombre, usted nos va a acompañar hasta el «Plaza» y allí nos hace el honor de aceptar nuestra invitación a comer. No se niegue; es un placer encontrar alguien con quien entenderse; no nos faltará ocasión de *pelar*, más no sea a ese inepto del Encargado de Negocios.

Aceptó Carlos, que él también sentía ansias de hablar en su propio idioma, de vol-

ver a encontrarse a sí mismo, de gozar de la compañía de alguien que le entendiera, que conociera los mismos lugares y las mismas costumbres, que tuviera con él entusiasmos y amores comunes.

El ferrocarril subterráneo iba como siempre repleto de pasajeros. Entrando los últimos, Eva y Carlos quedaron alejados de sus amigos.

—Ud. me preguntaba hace poco qué me molestaba más en New York, pronunció este titubeando, ¿se ofendería Ud. si yo dijese la verdad?

—De ningún modo. Lo estimaría como una franqueza que debe agradecerse.

—Pues bien. Casi no me atrevo a decirlo, pero es la verdad. Lo que más me ha chocado son los americanos mismos, salvo, por supuesto, honrosas excepciones.

—No tenía por qué hacer la salvedad, Mr. Solar. Creo comprender sus sentimientos; mas, a fuer de americana, Ud. me dejará abogar por mis compatriotas ¿no es así?

—¡Por supuesto! Y para facilitar su defensa, si Ud. me permite, detallaré mi juicio. Me parecen, prosiguió el joven, agresivos en su pa-

triotismo, exagerados en la contemplación de su país, faltos de medida, hipócritas en lo que se ha convenido en llamar moral, desprovistos de sentido estético, vanidosos, colectiva e individualmente, simplistas y superficiales en su concepción de la vida y de la civilización, creyendo que ésta puede basarse en grandezas materiales, jactándose de una democracia y de una libertad que no son mejores ni más amplias que las de cualquiera república.

Eva seguía con sus grandes ojos azules los movimientos del rostro de Carlos que, poco a poco, habíase excitado con sus propias palabras y levantaba inconscientemente la voz.

—Porque viven en hoteles con comodidades máximas, porque han levantado sobre un subsuelo de roca durísima, los edificios más altos del mundo, porque en cada uno de sus artefactos colocan la etiqueta «*the greatest in the world*», los americanos han llegado a creer que lo son en realidad y que a su lado los demás países son pigmeos ineptos e incapaces...

El tren deteníase en ese momento.

—Nó, no es esta la estación, explicó dulce-

mente Eva, al joven, que se había detenido también. Sin embargo, la presurosa entrada y salida de pasajeros reaccionó en contra de su efervescencia. La niña callaba, esperando que él continuase. Pero Carlos sólo dijo:

—Miss Wright, le ruego que excuse esta semi-confidencia; hacía mucho tiempo que no tenía oportunidad de decir francamente lo que pensaba y Ud. me ha inducido a la franqueza. Vea las consecuencias. Posiblemente yo he herido su patriotismo. La verdad debería prohibirse en el comercio del mundo.

—De ningún modo; no me ha herido, ni la verdad puede ser jamás un contrabando. Me ha asombrado un poco; eso es todo. Me ha asombrado que las imperfecciones que Ud. ve, nunca me hubieran parecido tales y las que yo percibo, Ud. no las haya nombrado. Hay muchos americanos, señor Solar, y yo me cuento entre ellos, que no quieren ocultar los defectos de su país, sino descubrirlos y curarlos.

—Páreceme que fueran la minoría.

—Desgraciadamente, sí. Mas, volviendo a sus opiniones, si a usted le parece no las discutiremos.

—¿Renuncia usted a ser la abogada de sus compatriotas?

—En manera alguna. Sólo que no confío en que mi palabra sirva de mucho. O uno se convence por sí mismo o nadie logra convencerle a fondo. ¿Cuánto tiempo va a permanecer aquí, Sr. Solar?

—No lo sé; posiblemente uno o dos años.

—Entonces usted tendrá tiempo para convertirse por sí solo.

—Me placería muchísimo más que usted me ayudara; de otra suerte no confío en el éxito, agregó galantemente el muchacho.

Un fulgor rojo iluminó las mejillas de la niña y desapareció fugaz como un relámpago.

—Espero que nos veremos alguna vez en la Universidad y que la oportunidad se me presente de mostrarle algunas faces mejores de nuestra vida, Sr. Solar.

Esta vez, sí, era la estación de la calle 59. Los Echaurren salieron y, junto con Carlos, despidiéronse de Eva que, viviendo en la parte más baja de la ciudad, continuaba en el tren.

Abriéronse las puertas del wagón; los tres

chilenos, arrastrados por una avalancha de pasajeros que salía también, dijeron sus últimos adioses a la extranjera. Un segundo después, el tren se perdía en la obscuridad.

Acabada la sobremesa, los tres compatriotas fueron a descansar a uno de los salones del «Plaza». Entre los cortinajes opulentos se columbraban otros salones y otras gentes. Las mujeres, luciendo en la garganta desnuda la policromía de sus joyas; los hombres, de correctísima tenida. Más que un hotel, ese segundo piso del «Plaza» parecía una magnífica sala de baile. Las armonías de la música se escuchaban apenas en el susurro de las conversaciones.

—A lo menos, uno no ve aquí mujeres mal vestidas, ni hombres mascando gomas.

Era Alfredo quien hablaba con tono despreciativo y casi insolente.

Carlos sonrió. Le hacían gracia las observaciones de su nuevo amigo, que no hallaba nada bueno en tierra de norteamericanos.

—Si mis negocios no me obligasen a permanecer en Estados Unidos algún tiempo, los

yanquis no me contarían como su huésped. Me cargan.

Alicia escuchaba. Había una sonrisa imperceptible en su rostro. Carlos observara ya, que ella hablaba poco y que al parecer oía siempre con agrado y atención. Un gran afecto se traslucía en las palabras y relaciones de los dos hermanos, afecto casi maternal de parte de Alicia que era, no obstante, la menor de los dos. Carlos, al contemplarla, pensaba cuán delicioso sería tener una hermana semejante, y ella, como si adivinara sus ideas, preguntó:

—No tiene Ud. hermanos?

—Nó, señorita. Soy hijo único. Y mi padre lo fué también, de suerte que mi familia es muy reducida. Madre murió siendo yo un niño y no recuerdo su rostro. La visión que tengo de ella es la que me he formado al través de un gran retrato que mi padre tiene en su escritorio. Quienes la conocieron afirman que guarda un asombroso parecido. No sé por qué las manos de Miss Wright me recordaron inmediatamente las de mi madre. Son igualmente largas, finas y palpitantes, y en el retrato, ella

también lleva una gran amatista en el cordial derecho.

—Miss Wright me ha parecido la más decente de todas las huéspedes de Charlotte Mathews, dijo Alfredo. Entre las demás no había un pan que rebanar: cuál más, cuál menos, todas eran marisabidillas, sufragistas. Dante debió haber previsto esta plaga y dándole lugar en su Infierno.

—Y quién es Miss Wright? inquirió Alicia. Carlos repuso:

—Es una trabajadora social, lo que llaman aquí una «*social worker*». Muy simpática ¿no?

—Dejemos a un lado a las americanas, Alicia—concluyó su hermano.—Aunque sea la mismísima Eva Wright, no vale la pena de que nos ocupemos mucho de ella.

Y dirigiéndose a Carlos, añadió:

—¿Sabe que me ha quedado resonando lo que usted dijo denantes?

—¿Qué?

—Que de seguro habría más chilenos en Nueva York.

—¡Ya lo creo! Por de pronto, me parece

que en los cursos nocturnos de la Universidad hay uno; he visto su nombre en el registro.

—Y de cierto encontraremos más; sólo que nuestro Encargado de Negocios se encarga de esconderlos unos a otros. ¿Y si los buscáramos? Yo no puedo vivir sin ellos. Aunque sean unos crápulas, los necesito. Si usted no quiere tenerme todos los días en su casa, debe ayudarme a descubrirlos.

—¿Quién le ha dicho a usted que no me encantaría que nos encontráramos a diario?

—Una cosa no impide la otra. Entre tanto, le escribiremos a nuestro joven nocturno y puede que él sepa de algunos más.

Cuando Carlos se despidió de los Echaurren, se sentía tan amigo de ellos como si los hubiera conocido años y años. La facilidad con que los compatriotas se ligan en aquellos países extranjeros que no atraen una colonia numerosa, y se entregan sin recelos al hombre de la misma tierra, era algo que Carlos ignoraba, pero cuyos efectos ya principiaba a sentir. Su nostalgia no le parecía tan acerba, ahora que tenía con quien compartirla.

Fuera, la nieve seguía cayendo silenciosa-

mente. La ciudad entera vestía de blanco, tal una desposada. ¡La primera nieve! La primera nieve sería su amiga: ella le había traído los ojos luminosos de Eva y el afecto confortante de los Echaurren. ¡Qué de sucesos inesperados en una tarde! La nieve, la nieve seguiría siendo su buena amiga. La nieve, que de muchacho, adorara como a una novia inaccesible en los picachos de su montaña.

VI

Al principio, los compañeros de laboratorio le miraron con cierto desdén. ¡Era un sudamericano! Carlos hubo de advertirlo en la primera repartición de útiles para los experimentos. Se le dejaban los peores, porque se temía que ni supiera utilizarlos. Mas, en vez de ir a incrementar la fila de tropicales que esa misma desconfianza había tornado recelosos, procuró con secreto afán demostrar que su raza poseía otro nervio y otra mente. Los esfuerzos que nunca llegara a efectuar en su país, principió a desarrollarlos entonces, dispuesto a rivalizar con los mejores, a sobrepujar a los muchachos americanos que extraían

fatigosamente el máximun de sus posibilidades intelectuales.

Antes de dos meses de un trabajo duro y constante, los alumnos comenzaron a distinguirlo y a elevarle visiblemente en su estimación. Se le preguntaba de dónde venía, cuáles eran sus intenciones, sus recursos, sus ensueños, y él, a su turno, interrogaba e iba paulatinamente ahondando en el alma de los estudiantes llegados a la gran universidad desde los distritos auríferos de California, desde las plantaciones meridionales de algodón o desde la misma urbe inquietante que le albergaba.

Veía cuán afanosos eran todos de sobrepasarse a ellos mismos, cuán ingenuamente esforzados, cuán optimistas en sus concepciones para el futuro. Observándoles, los comparaba con su pueblo, principiando inconscientemente a analizar las virtudes y los vicios de éste a la luz de otro mundo.

Entonces, la vida universitaria fué cogiéndole poco a poco entre sus redes. Desde que el catedrático no pontificaba ante la pasividad absurda del educando, las clases cobraron una significación que ignoraba en su tierra. Iba a

ellas con el regocijo de quien va a oír y a tomar parte en la más estimulante de las discusiones, cierto de que volvería después a la biblioteca o a su laboratorio a cavilar con mayor unción, a proseguir sus experiencias por más seguros derroteros.

Esa tarde, los cuatro estudiantes del *College*, que ocupaban una de las mesas centrales del comedor, y que gritaban ellos solos más que todo el resto de los pensionistas, le invitaron por primera vez a subir a su habitación para conversar un rato al amor de la lumbre.

Eran cuatro y no tenían más que un solo aposento en el quinto piso. Tapizaban las paredes, fotografías, cuadros, flámulas triangulares con los colores universitarios. Cuatro raquetas colocadas sobre uno de los catres plegadizos, alternaban con un *banjo* que descansaba sobre otro lecho, que de día afectaba la forma de un estante cubierto de cortinas. El inevitable diván se desperezaba en un ángulo, y aquí y allá, mesas con libros, con útiles de trabajo, con figuritas de arte, con ceniceros y cachimbos, interceptaban el paso.

Se le recibió con abierta jovialidad y a la

primera insinuación de Carlos, Tom se apresuró a tañer el banjo y a entonar en su honor una canción del sur, de notas largas, altas y melancólicas.

—Me recuerda las tonadas de mi tierra, explicó el jóven, cuando el otro hubo concluído.

—Estas son canciones de negros—aclaró Tom. En su país probablemente las cantarán también.

—Nosotros no tenemos gente de color.

Y ante la renovada sorpresa de los muchachos, él protestó de que se confundiese a los chilenos con los pueblos latinos contiguos a los yanquis: los mejicanos, los cubanos, los isleños, a la medida de los cuales se juzgaba el resto del continente. Explicó por qué éramos distintos, por qué no teníamos revoluciones, por qué habíamos aprendido, antes que todos los demás, la ciencia del gobierno autónomo y pacífico. Carlos no sabía cómo ni cuándo se forjara en la mente un resumen de la historia nuestra, una síntesis muy diferente de la que aprendiera en el Liceo. No tenía completa certeza de que ese resumen reflejase la verdad de todos, pero seguramente era *su*

verdad y, tal como la sentía, la repitió a sus nuevos amigos:

—Durante la conquista y la colonia, sólo se atrevieron a penetrar a Chile los más esforzados, los más bravos y tenaces de los capitanes o aventureros castellanos, porque el país era pobre y la guerra florecía todos los años con la primavera. Vinieron pocas mujeres: una Marina de Gaete o una Inés de Suárez, valiente como su amante capitán y hacendosa como su posterior marido. Las madres fueron las indígenas. La raza se formó así, homogénea, llevando la herencia materna del araucano indómito y el atavismo paterno del español de entonces: el conquistador del mundo.

Después de la independencia continuamos siendo el pueblo animoso, para quien no existen frutas tropicales de que alimentarse con sólo extender la mano, ni minerales de oro a flor de tierra. A fuer de pobres, no pudimos comprar esclavos y nos salvamos así de este problema negro, el más grande de todos los que a ustedes les amenazan. Como tuvimos poquísima riqueza que disputarnos, trabajamos y vivimos en paz; nos constituimos en repú-

blica sólida y estable antes que ninguna otra de Sud-América y, cuando las revoluciones agitaban a las demás, nosotros ofrecíamos el único puerto de salud y refugio en todo el continente meridional. Y así crecimos, huraños, recios, orgullosos, prestos a defender con la vida los fueros de nuestro pequeño país. Eramos, sin disputa, el primer pueblo de Sud-América. La contienda provocada por la confederación Perú-boliviana, nos llevó a la guerra sin miedo ni vacilaciones. Con los laureles del triunfo recogimos un botín precioso. Despertamos ricos de la noche a la mañana y las condiciones de vida cambiaron.

La revolución del 91, la única en más de medio siglo, se diferencia esencialmente de todas las otras de Sud-América en que no fué provocada por la ambición de un caudillo ni por intereses bastardos, sino que fué una lucha por un ideal: significó la defensa de nuestros viejos preceptos constitucionales. Sin embargo, la generación presente la estima un error colectivo, cuyos efectos todavía padecemos. Pasamos hoy por un período de crisis agudísima, en que tal vez sea necesario recons-

truir sobre nuevas bases el manejo de la república entera, pero hay ya quienes edifican con tesón y con fe los cimientos de un porvenir grandioso.

—¡Hurra, Mr. Solar! El patriotismo es la savia de los pueblos en crecimiento. Si yo fuera Wilson, haría un tratado de paz y amistad con Chile—afirmaba Dick, poniendo una de sus manos sobre el hombro de Carlos.

—Le cobraré la palabra cuando Ud. viva en el Capitolio.

—Para entonces yo no trataré sino de potencia a potencia y usted habrá de ser Presidente de su República.

—No aspiro a tanto.

—¿Por qué? Hay que aspirar a todo, incluso a lo imposible. Un hombre sin ambición es un pájaro sin alas. No podrá jamás remontarse a las alturas, sino patullar como un polluelo infeliz entre la turba de aquí abajo.

Entonces, los muchachos se espontanearon. Cada uno tenía un objetivo claro y magnífico y lo expresaba sin rubores, sin temor de que se le creyera presuntuoso, como si las ambi-

ciones juveniles fueran la manifestación de una vida normal.

Dick era hijo de una lavandera viuda. Para llegar al aula universitaria debió doblegarse bajo el hacha del leñador, servir de conductor de tranvías, de mozo en una oficina, de secretario de un inventor, y ahora ocupaba una plaza de bibliotecario nocturno que dificultosamente le permitía cubrir sus estipendios colegiales.

—La vida no me ha dado cosa alguna hecha—dijo.—Cuanto tengo, cuanto soy, es fruto de un esfuerzo mío personal.

Carlos, al compararse *in mente* con el muchacho, entreveía el por qué de su estéril existencia.

—Acaso esas dificultades le han beneficiado a Ud.—repuso.

—¿Qué duda cabe?

Tocaron a la puerta. Una criada avisó que un caballero esperaba en el salón a Mr. Solar.

Se despidió, prometiendo volver pronto.

Echaurren le aguardaba.

—¿Ha esperado Ud. mucho rato?

—Nó, amigo. ¿Le escribió usted a Smith?

—Sí, ayer, justamente. ¿Ha obtenido Ud. otras noticias?

—¡Como nó! Después de mucho sonsacarle al Encargado de Negocios, me confesó que había un tal Juan Blanco, chileno, que tiene un negocio en el barrio bajo. Pero no sabe ni el número ni la calle.

—¡Famoso! ¿Y cómo lo vamos a encontrar?

—Dice que es al rededor del parque de Battery.

—¡Tenemos para rato!

—No se descorazone, Solar. Vamos a buscarlo.

—¿Inmediatamente?

—¡Claro que nó! Después de Pascuas. ¿Le parece?

—Muy bien; entonces no tendré clases y podré acompañarlo todo el día, si quiere.

En ese momento atravesaba los salones Agnes Butler seguida, naturalmente, de su spaniel. El traje sastre, ceñido y corto, dibujaba atrevidamente sus formas ondulantes, mientras que el alto peinado realzaba los ojos profundos y misteriosos.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó en el acto Alfredo.

Carlos le contó lo poquísimo que sabía de ella.

—¿Quiere usted que se la presente?

—Las americanas no me agradan, pero ésta parece interesante. Yo no comienzo a saborear los encantos de una ciudad extranjera, hasta que no he podido conocer de cerca a algunas de sus mujeres.

Sonrió Carlos y luego adujo:

—Es posible que Agnes haya bajado en busca de alguna revista; si es así, deberá volver por aquí mismo.

En efecto, entre los cortinajes que separaban los salones se dejó ver de nuevo la figura pálida de la muchacha. Traía un número del *Cosmopolitan* en la mano.

Carlos se dirigió a su encuentro con el desenfado que la familiaridad del pupilaje permitía.

—Miss Butler, me han dicho que a Ud. le place todo lo exótico. Mi amigo sólo ama lo que nació en su tierruca, lo cual me induce a presentarlos para que prueben Uds. la fuerza

irresistible de los contrastes. Este es el señor Alfredo Echaurren, de Chile, y ésta, la amable hija de mi huésped, la Srta. Agnes Butler.

Extendió su mano regordeta, y después de contestar al saludo de Echaurren, Agnes dirigióse al joven:

—Ud. se ha equivocado al suponer que, gustando de lo extranjero, me place también la gente exótica. El hombre es igual en todas partes.

Nadie habría sido capaz de medir en su pupila inescrutable cuánta era la ironía y cuánta la verdad.

Conversaron, discutieron unos momentos y a la postre, Echaurren quedó invitado a visitar el «estudio» de Agnes cuando le pluguiera.

VII

... «de una familia puritana venida a Nueva Inglaterra en el Mayflower».

Era Eva Wright quien lo decía mientras caminaba lentamente al lado de Carlos, bajo los árboles sin sombra de Riverside, a la hora de los opulentos crepúsculos invernales y ante las colinas tapizadas de nieve de Pallisades.

Sin haberlo premeditado, contrajeron el hábito de venirse juntos por las orillas del Hudson, después de la clase del Profesor Mathews. Andaban por espacio de una hora, para cruzar en seguida a Broadway y tomar el tren subterráneo que llevaría a Eva a la parte baja de

la Cosmópolis y a Carlos a su hospedería estudiantil de la calle 117.

A pesar del frío, del viento y del hielo que cubría los senderos, el parque estaba lleno de bebés paseando en sus cochecillos conducidos por las mismas madres, de galopines de toda edad que aprovechaban cualquiera inflexión del terreno para dejarse caer, bravamente tendidos sobre sus trineos, de jóvenes que transitaban solos o en parejas y de una muchedumbre en que se hacían notar los negros y los judíos de tipos inconfundibles.

—Mi madre fué una amiga íntima de Jane Addams, y de joven quiso dedicar su vida al mejoramiento de los otros, en una cruzada parecida a la que Jane lleva a cabo en Chicago; pero se encontró con mi padre y sus energías se consagraron por entero a la dicha de su hogar. Jane nos venía a visitar de cuando en cuando; a veces, a descansar entre nosotros después de alguna de sus difíciles campañas. Mis padres la admiraban y crecimos nosotros en el sentimiento de su veneración. Cuando nuestro hogar se derrumbó con la muerte casi coetánea de mis padres, y mis her-

manos se dirigieron al oeste como hombres de política y de negocios, yo me fuí al lado de Jane a ayudarle e inspirarme en su vida. Estuve en Chicago dos años, sirviéndole de compañera y de secretaria. Al cumplir los 18 y recibir mi patrimonio, pensé que era tiempo de realizar el anhelo de mi juventud y me vine a Nueva York a estudiar e iniciarme en los trabajos de mejoramiento y protección de los niños desvalidos.

Estaban en ese período de la amistad, en que es un placer descubrirse, hablar de sí mismo, de la propia vida, acaso más como se concibe que como es en realidad, de los ensueños, de las visiones pasadas, ofreciéndolas como un don inestimable a quien ayer fué un desconocido, uno de tantos seres humanos que se mueven y gesticulan lejos de nosotros, como si habitaran en otro planeta y que, porque nos han cruzado un instante en la angulosa senda, se les entrega parte del yo y parte del tesoro escondido que cada cual lleva como un fardo o un consuelo en el lento peregrinaje del vivir.

—Y usted, señor Solar ¿qué amigas ha tenido?

—Ninguna.

—¿Cómo?—preguntó asombrada.

—Nuestras muchachas no reciben la educación de ustedes y la sociedad mira con recelo cualquier compañerismo con ellas.

Pidió más detalles: no podía comprender. Carlos hubo de hablar de la institución colonial de la familia chilena, de la clausura que la tradición ha impuesto a la mujer; de la falta de confraternidad en el hogar y en los colegios, de la separación absoluta de niños y niñas a causa de temores de toda índole, y como resultado de ello, una carencia absoluta de confianza entre los dos sexos.

—¿De modo que usted no podría acompañar a una señorita a un paseo, a un teatro o a un baile?

—Sola, nó.—Y añadió en seguida:—Usted es mi primera amiga.

—¡Qué extraño!—moduló ella, y enrojeció intensamente para empalidecer después.

El explicó:

—Yo he notado que los sajones no desconfían por método y costumbre; al contrario, creo que piensan bien de los demás,

hasta que la evidencia no les señala su error. En mi país es al revés: todos desconfiamos de todos y sólo pensamos bien cuando la evidencia nos muestra irrecusablemente que nuestros prejuicios eran falsos, y aun así, todavía estamos listos para reincidir, apenas las apariencias sean dudosas. No creemos en la bondad ajena... y a veces, ni en la propia.

—Pero es una ofensa dudar de la honradez de todos los otros.

—Lo que usted dice es producto de la herencia puritana. Nosotros no la hemos recibido.

Eva reflexionó un momento y luego dijo con su voz de inflexiones riquísimas:

—En nuestro caso hay también otra influencia: la era industrial por que atravesamos. Las grandes industrias necesitan del hombre y de la mujer y destruyen la antigua subordinación basada en nuestra incapacidad económica. La independencia económica es la base de todas las demás. Y Ud. ¿no ha hecho nunca obra altruista? ¿La política de su país no le ha interesado?

—Mi padre abjuró siempre de los politique-

ros; no quiso mezclar jamás su honradez con los teje-maneges lugareños y, a pesar de las invitaciones de mis compañeros universitarios, tampoco yo me mezclé. En mi país, suele hacerse más politiquería que alta política.

—Como en muchos de nuestros Estados; pero entonces hay una razón más para desear mejorarla.

Habían abandonado Riverside y se dirigían a la estación del ferrocarril.

—Alguna vez, siguió el joven—animado por la mirada infantil de la blanca niña—sentí la necesidad de hacer grandes cosas por los demás y por mi país, allá por los años de la adolescencia; pero mi padre me descorazonó y mis profesores no se preocuparon jamás de averiguar mis ensueños, que tal vez ellos hubieran podido fomentar. Después, me he convencido de que yo no poseo ni la fe, ni el entusiasmo necesario a las empresas altruistas.

Entraban a la estación.

—Muchas veces los hombres no se conocen—concluyó suavemente Eva—ni siquiera tienen idea de las virtudes latentes que guardan en su corazón. Necesitan de un cambio brusco

de medio o algún cataclismo de vida, para que irrumpa en ellos su dormida personalidad.

No hubo tiempo de responder. El expreso se detenía.

—¡Hasta el Martes!

Las puertas corredizas se cerraron; al través de las ventanillas del vagón, divisó a Eva que, de pie en el pasillo, movía en alto su mano, despidiéndose de él a la usanza yanqui.

Mientras su tren le devolvía a la parte alta de la ciudad, Carlos traía a la memoria la conversación con Eva, deleitándose en recordar sus palabras, sus ojos azules, su gracia pensativa y silenciosa, los cambios de su fisonomía, sus rápidos rubores, que después de encenderle el rostro, le dejaban con una palidez de lirio. ¡Qué de cosas inesperadas aguardan al que sale por el ancho mundo! El nunca imaginara ser el compañero, el amigo de ninguna mujer; jamás había supuesto que hablaría de sus ensueños con una que supiera comprenderlos. Y de pronto, las veleidades del azar, traíanlo a descubrir su nueva conciencia ante los ojos luminosos de una amiga extraña.

VIII

Era la víspera de Navidad. Un sol descolorido alargaba sus vislumbres hasta el aposento de Carlos, como si sus rayos, que fueron en los días estivales manantial de regocijo y calor, buscasen hoy un abrigo en la atmósfera tibia de las viviendas humanas.

Sentado frente a su reducido escritorio, el muchacho preparaba el trabajo que debía entregar al iniciarse nuevamente las tareas escolares, después de estas vacaciones de Pascuas. Quería hacer de esas páginas, antes que un resumen de las fórmulas encontradas por él en su laboratorio, un exponente claro de las posibilidades que divisaba en la refinación de los

minerales cupríferos de ley pobre, mediante un procedimiento eléctrico que hasta entonces había fracasado al usarlo en grande escala. Mas, las palabras rebeldes no venían a la mente y la pluma quedaba en suspenso en medio de las divagaciones.

Hacía días ya que la bandada alegre de los estudiantes estaba dispersa. El descanso de Navidad les había atraído a sus lejanos hogares, dejando las aulas vacías, los pupilajes, las bibliotecas, las canchas, solitarias. Sobre el parque escolar la nieve yacía desmayada e im-poluta; los senderillos de tablas que iban de uno a otro edificio, no crujían bajo las pisadas presurosas de los alumnos ni bajo los pasos lentos de los eruditos.

Dentro de la casa, idéntico abandono. La visión de un *Christmas* en familia, al lado de la chimenea crepitante del hogar y del afecto de los padres, había tendido un hechizo de ilusiones en el alma de los escolares. Cada uno se despidió de la ciudad con el corazón florecido de promesas y sólo quedó en la hospedería aquel cuyo hogar confinaba con el mundo.

Cesó de nevar, pero el frío no menguaba.

Carlos ya no intentó zurcir una frase tras otra, sino que, abandonando la pluma, miraba al través de los cristales, la calle gris.

Si pudiera ir a la universidad, encontrarse allí con Eva Wright y caminar con ella a lo largo de Riverside, dejando que desde lo profundo de su alma emergieran los pensamientos! Pero hoy no había clases ni estaba autorizado para llamarla. Los Echaurren se encontraban fuera de la ciudad y él estaba solo, solo otra vez. Dentro de su corazón la melancolía empezó a lloviznar persistentemente.

Estar en Diciembre, en la tarde de Noche-Buena y no ver el sol fulgente de nuestras Pascuas, ni aspirar la fragancia de la albahaca y el clavel! Allá en el terruño, las nieves se habrían derretido en las montañas; los valles encajonados y ondulantes vestirían sus más lindas flores; las viñas extenderían su follaje cesposo; los floripondios darían al aire sus blancas campanas repletas de perfumes; el trigo maduro sería un tapiz de oro bajo el cielo más límpido y más azul que nunca... Su padre, paseando tal vez bajo las sombras de *El Romeral*

pensaría que su hijo estaba gozando de los primores de una cosmópolis maravillosa, su hijo, que sentía más intensamente que nunca la congoja de la soledad y de la nostalgia.

«Si yo volar pudiera una mañana
por la orilla del mar como gaviota,
me echaría a volar tras la ligera
y alegre tierra donde el sauco brota...»

Repetía inconscientemente los versos del compatriota, y mientras sus ojos se perdían en el gris de la calle y miraban sin ver otras tierras y otras gentes, algo había en su garganta que pugnaba por ahogarle.

Bajo las ventanas de Carlos, cuadradas y desnudas, un organillo principió a sonar.

Era una música gemebunda, lenta y casi discordante, que hablaba de miserias y de penas también. Cada nota emergía trabajosamente de la caja vetusta y suspiraba de dolor al morir en el aire glacial. Carlos se aproximó al balcón y tras los vidrios empañados pudo divisar una anciana, de sórdida vestidura, cubierta la cabeza por un pañuelo a cuadros de co-

lores italianos y que con aire de cansancio, volvía el manubrio de un viejo organillo desvenado. Los ojos opacos de la mujer, se alzaban a todos los balcones en un súplica muda y elocuente.

¡Oh, la angustia de esa música callejera y pobre, mendigando en las oraciones de un día de gloria! Ella condensó las angustias del joven y puso en el vaso de su dolor la última gota!

Cuando las notas postreras se desgranaron en la calle solitaria, los ojos altivos y oscuros del gran muchacho estaban humedecidos...

Pero al instante, un dolor simpatizó con el otro. Carlos se acercó de nuevo al balcón, echó mano a su bolsillo y sacando de él una gruesa moneda de plata, la arrojó por la ventana a la pobre mujer desconocida.

*
* *

Al día siguiente, al bajar al desayuno, en el comedor abandonado, Mrs. Butler, su hija y el imprescindible Ruby, vinieron a desearle las más

felices Pascuas. En su sitio de costumbre, una abundante correspondencia le aguardaba. Eran tarjetas de saludo: unas en serio, otras en broma, pero todas afectuosas, que venían de Kentucky, de Kansas, de Boston, firmadas por compañeros de curso y por los camaradas de hospedaje. Había pequeños envoltorios también. Abrió el primero: un panorama de La Serena con sus casas coloniales de anchas puertas y ferradas ventanas, con sus iglesias de todo género, elevando sus torres por encima de la ciudad florida. ¿Cómo había llegado esa emanación del hogar a su *boarding house* de Nueva York? Dos nombres en uno de los ángulos lo explicaba: Alicia y Alfredo Echaurren.

—¿Mermelada o jalea?—inquiría la criada.

Carlos alzó los ojos. La mujer, más negra y reluciente que nunca, rebosaba de satisfacción. También le había recordado a ella Santa Claus —el anciano de luengas barbas que en su choza de nieve, allá en el cielo, se ocupa de fabricar durante todo el año los obsequios que en la noche de Pascua, conduce sobre su trineo a los niños y a los humildes.—Antes que el

mozo hubiera tenido tiempo de desearle unas pascuas muy alegres, la sirviente le había enumerado sus aguinaldos. Mrs. Butler donó cinco dollars extra a todas las doncellas de servicio; la señorita le dió un alfiler con una esmeralda; su compañera Bessie, una blusa de encajes...

—Yo no habría sabido hallarle nada de su gusto, Roy, de modo que aquí tiene usted estos billetes, para que compre lo que más le plazca.

Roy no sabía cómo expresar su gratitud...

Siguió Carlos descubriendo su correspondencia. En una caja forrada de terciopelo color de miel, un volúmen sobriamente empastado: *The Midsummer night's Dream* por Guillermo Shakespeare. Bajo la cubierta una tarjeta decía: «Eva Wright al Sr. Carlos Solar en su primera Navidad en los E. U., deseando que la lectura de esta alada concepción del gran poeta, sea parte a disipar su nostalgia».

La tarde no fué menos fecunda en regocijos. Julián Smith Gálvez, el muchacho chileno estudiante en uno de los cursos nocturnos de la universidad, vino a verle. Estuvo también el

Honorable George W. Hunt y apenas llegado éste, entraron Alicia y Alfredo Echaurren que habían vuelto a la ciudad esa misma mañana.

Santa Claus no le había olvidado...

IX

Caminaban por la parte más baja y antigua de la ciudad, por ese triángulo de Battery en que las calles se entrecruzan, serpentean, oscilan y se pierden en vericuetos ensombrecidos por la altura gigantesca de los rasca-cielos: cauces profundísimos y torvos en que van a desembocar las avenidas lujosas y las calles mercantiles, fundiéndose en una sola corriente de humanidad turbia, pobre y triste.

Estaban en las postrimerías de Diciembre. La luz solar, desleída por el gris metálico de las nubes, se reflejaba en la costra de hielo de las aceras, porque la blancura de la nieve, mancillada por las huellas de los hombres, es-

taba convertida desde días atrás en un cristal obscuro, opaco, resbaladizo que ponía frío en el cuerpo y melancolía en el corazón.

—La nostalgia—decía Carlos a Echaurren—me induce a mirar a mi país de un modo diferente. En mi tierra yo no sentía un afecto especial por ella; habría ido a la contienda y peleado con denuedo, porque esa es la tradición, pero en tiempo de paz no creía deberle ninguna consagración particular. Sin embargo, desde que no me abrigo al lado de sus montañas ni bajo su cielo muy azul, comprendo que esa indiferencia era el óxido que corroía el metal.

—Es lo que nos acontece a todos los chilenos que vagamos por el globo—repuso Echaurren.

—Tal vez—masculló Solar, como si reflexionara para sí mismo.—Raza de marinos por un lado y de montañeses por el otro, nos entusiasmos con las errancias a las cuales nos invita el ancho océano, y todos soñamos de niños en correr mundos y rodar tierras; pero desde que estamos lejos de las agrias cordilleras que cierran nuestro horizonte, sentimos que su mole

infinita nos atrae, nos llama y exalta con su recuerdo el dormido patriotismo.

Confundidos entre la multitud cosmopolita que hormigueaba en la estrechísima acera, marchaban despacio, fijándose en todos los rótulos, atisbando cada tenducho en el afán de encontrar al Juan Blanco del cual hablara el Encargado de Negocios. Sin conocer esas callejas, enderezaban su derrota por la primera que se les ofrecía y, mientras Carlos domeñaba mal la necesidad de analizar sus nuevos sentimientos, Echaurren interrumpía a cada instante con observaciones pueriles acerca de cuanto le rodeaba.

—Mire esa mujer que atraviesa la calle. ¡Es una pajarera la que lleva de sombrero! ¡Yanqui al fin! Fíjese en ésta que viene hacia nosotros: ¡nos mira con más arrojo! ¡Ha reparado usted en la mirada de las yanquis? Desconocen el pudor. Ese modo de ruborizarse o de abatir los párpados cuando uno las observa, que hechiza en nuestras latinas, no lo tienen. Repare en el desaseo de estas callejuelas, Solar. Tanto que dicen que Santiago es sucio. Nueva York no le va en zaga.

Al atravesar una boca-calle divisaron a un tiempo mismo una muestra en castellano: «Importación de productos tropicales».

—Eso no me sugiere nada—explicó Carlos, un poco desilusionado—su dueño debe ser algún colombiano.

—Nada perdemos con preguntar.

Se acercaron, y titubeaban si entrar o nó, cuando razgó sus tímpanos el chillido de un papagallo que gritaba descompasadamente.

Dieron media vuelta y riéndose de ellos mismos, siguieron su camino.

Al lado de los compatriotas, una mujer bizarra, arrebujaada en un abrigo de nutria, guardadas las manos en un manguito de la misma piel, pasó rápida y provocativa.

—Brava hembra, amigo—prorrumpió entusiasmado Alfredo—si dejáramos la caza para otro día y nos fuéramos a ésta?

—No se desanime tan pronto, compañero. Esta otra caza no presenta dificultades en Nueva York.

Y la conversación principió a rodar sobre mujeres, tema que Echaurren trataba inagotablemente.

Aumentaba la obscuridad, y a cada minuto el frío era más agudo, más penetrante. Sintién-dose cansado de la infructuosa caminata, Carlos sugirió la idea de ir a comer juntos a «La Chorrera», un restaurant español que estaba por allí cerca, y abandonar la busca hasta obtener más puntualizadas referencias.

—De todos modos, vámonos por otro camino, puede que la suerte se nos muestre más favorable.

—Ud. que es tan afortunado en amores, no debe pedirle mucho a la suerte, Echaurren.

—No es gran cosa rogarle que nos depare un compatriota a la vuelta de la esquina.

—¿Aquí? ¡Me parece que lo es!

Y no obstante, volvieron por la misma esquina que Alfredo señaló con su bastón.

Anduvieron unos minutos todavía.

—¡Hombre! ¡Mire ese letrero!

Echaurren leyó en voz alta: «Gran lavandería modelo». «Limpia, fija y da esplendor».

—Esta debe ser una sucursal de la Academia Española, adujo Alfredo, riéndose del título, y, de seguro, es un español el dueño.

—Al contrario, un castellano sería más respetuoso.

—¿Entramos?—preguntó dudoso Echaurren.

—¡Al avío!

Una mujer rubia, de agraciado semblante, les salió al encuentro.

Alfredo demandó en castellano:

—¿Querría decirnos quién es el dueño de este negocio?

La mujeruca habló también en la misma lengua, pero con marcado acento americano:

—Mi esposo, Mr. Juan Blanco.

Los amigos se miraron complacidos.

—¿Podríamos hablar con él?—interrogó Echaurren.

—Voy a llamarlo.

A poco, un hombre de cara tostada, de abundante bigote y nariz aguileña, de ojos muy oscuros y muy vivos, de estatura mediana y más bien ancho que delgado, estuvo ante los chilenos bajo la luz oscilante del mechero de gas.

—Buenas noches, caballeros. ¿En qué puedo servirles?

Hablaba con el más puro acento castizo, subrayando las *dees* y resonando las *eses*.

—Hombre, disculpe que le hayamos molestado. Nos habían dicho que Ud. era chileno y queríamos conocerlo.

—Pues sí, caballeros, soy chileno por la gracia de Dios.

Carlos le quedó mirando receloso, porque el acento de su habla era muy distinto al de la tierra.

El otro comprendió inmediatamente.

—Es que he estado algún tiempo en las Españas, donde todo un académico de la Real gastó años en pulir mi atropellada y tartamuda lengua.

Lo decía con un tono malicioso y cazurro, como si al mismo tiempo riérase de quién había emprendido tan magna obra y de él mismo que se había dejado limar pacientemente.

Todas las simpatías de Echaurren estaban ya por Juan Blanco, pero Carlos dudaba aun. Sabía que en tierras extranjeras las estafas ingeniadas sobre las afecciones patrióticas eran mui socorridas por las gentes de oficio, de

modo que apenas hubo concluído el hombre-cillo, él demandó:

—¿Y de dónde es usted?

—De Rengo, caballero, de la tierra del ají, del chacolí y de los caballos topeadores. Empero, honren ustedes, señores, mi rústico albergue, que no nos faltará pan que yantar ni vino con que brindar por la patria ausente.

Y como a todo esto, la mujer abriera tamaños ojos, Juan Blanco prosiguió.

—Esta es mi esposa. La disculparán, señores, si maltrata la divina lengua de Cervantes: mis métodos de educación han fracasado en la intimidad!

Rieron de buena gana y estrecharon en seguida la mano de la tímida cónyuge.

Habían salido de aventuras y estaban con ánimo de llevar ésta a feliz término. Entraron, por consiguiente, a una salita minúscula muy aseada y bien tenida. Sobre la repisa de la chimenea el perfil aquilino de Balmaceda, vaciado en el molde de un yeso barato, emergía entre los bustos graves de Washington y de Franklin. En los muros, varios grabados de periódicos chilenos, que reproducían el com-

bate de Iquique y la abdicación de O'Higgins, estaban cuidadosamente encuadrados en marcos de caoba. La guitarra dormía sobre una mesa, entre los pliegues descoloridos de una bandera tricolor.

Echaurren se apresuró a hablar. Explicó que no había podido creer que hubiese tan pocos chilenos en una ciudad tan populosa y comercial como Nueva York y que averiguándole a Vial, el Encargado de Negocios, supo la existencia de un Juan Blanco a quien se había propuesto conocer.

—Nadie sabe qué sorpresas guarda el destino, hombre, y para afrontarlas no hay nada mejor que tener un compatriota a mano. Además, yo no puedo vivir sin ellos.

Gracias a la verbosidad socarrona de Juan Blanco, la conversación se hilvanó entre donaires y gracejos. Hasta Carlos salía de su retraimiento habitual para inquirir, charlar y regocijarse de los chistes espirituales del *roto*. Toda frialdad desapareció.

—¿No ha estado usted en Rengo, señor Solar?

—Una sola vez. ¿Es usted del pueblo?

—Nací en el fundo «Los pasos» de don Jacinto Echazarreta. Pero antes de proseguir; permítame que les ofrezca un aloque...

—Gracias, Blanco, interrumpió el joven. Echaurren y yo habíamos pensado comer en «La Chorrera» y Ud. nos proporcionará un placer si nos acompaña.

—Los señores honran demasiado a este humilde servidor, dijo el hombre, poniendo la mano extendida sobre el pecho e inclinando su cabellera tupida. Mas—prosiguió sonriendo—¿quién se niega a tan gentil comedimiento?

Despidiéronse de la mujer y de una graciosa chiquillita que Blanco presentó como su Carmen, la única hija, y salieron los tres camino del restaurant.

Luego que estuvieron instalados, la conversación principió de nuevo a burbujear, como la espuma de una *baya* en Abril.

Carlos y Alfredo relataron pronto lo poco de sus existencias que querían contar, naturalmente curiosos de conocer la historia del hombrecillo de figura sarracena que tenían delante.

Ante el tufo especioso de unas salchichas a la española, Echaurren preguntó:

—¿Y cómo ha venido usted a parar a esta Yanquilandia?

—Largo de contar sería,—repuso el interpelado—que por tantas y tan diversas aventuras he pasado que no sería imposible que algunas olvidase y de otras no quisiera acordarme.

—Bebamos este clarete por su salud, Blanco, y en seguida comience usted por donde quiera, con tal que sea por el principio.

Con impecable ademán el hombre levantó la copa y bebió lentamente. Se encandilaron sus ojos en una mirada vivaz y luego principió:

—Mi madre era la más linda zagala del fundo «Los pasos».—La voz del roto se tornó grave y, sin quererlo, los ojos perdieron su malicioso brillo.—Y por supuesto, pagó antes que nadie su tributo al hacendado. Nací. Casáronla luego con otro inquilino y yo me crié al lado de ellos, sin aprender otra cosa que montar a caballo, manejar el lazo y arriar las vacas. Nadie hacía un misterio de mi proce-

dencia que yo también conocía. No era muy consolador saber que los otros hijos del patrón estaban en Santiago, en los mejores colegios y que en las vacaciones paseaban de arriba a abajo por el fundo, bien comidos y mejor trajeados, mientras que yo, y algunos cuantos como yo, nuestra pala al hombro, salíamos al rayar el sol a la faena. Pero los que vivimos junto a la tierra, aprendemos de ella la resignación, señores. Se acabaron mis penas, cuando supe rasguitar la guitarra y logré fama de ser la mejor voz de esos contornos. La vihuela ha sido mi fiel amante, la que se hace carne del propio corazón!

—Cuando le vayamos a dejar a su casa, Ud. nos cantará, Blanco—pidió Echaurren.

—Lo haré por complacerle, caballero, pero aunque se diga que por el hilo se saca el ovillo, este hilo de voz que me queda, no les dará a Uds. idea alguna de lo que fué.

Suspiró tristemente y continuó:

—A los dieciseis años me marché del fundo que principiaba a hacérseme odioso y senté plaza de soldado. Me deleitaba con la idea de cargar el uniforme, pero ¡ay! otra cosa es con

guitarra! Esta no es conmigo, me dije. Para algo me han de servir mis donaires. Junté los cuatro reales que tenía y merqué una vihuela. En la tarde, todo el regimiento estaba arrobado oyéndome. Mi Capitán y mi Mayor me disputaron por asistente, y aunque el Capitán era un arrogante soldado, opté por el Mayor, que nunca hay que quedarse corto cuando la suerte es rumbosa.

En el cuartel desbastaron mi cerril ignorancia. Aprendí a leer, escribir y sacar cuentas. Mis progresos colmaban de contento a mi Mayor, cuando estalló la revolución del 91. A fuer de balmacedistas nos batimos como buenos en Concón y la Placilla; pero la suerte nos hizo una desconocida. Hubimos de transmontar a pie la cordillera. En Mendoza nos separamos. En una noche de jolgorio me encontré con un gaucho payador. ¡Qué de payas y corridas entonamos! A lo humano y lo divino, y aunque él era viejo ducho en justas y torneos, aun no se ha visto que un cuyano pueda vencer a un roto! No era vengativo el gaucho y, concluídos los festejos, me invitó a

que fuera con él, tentándome con el señuelo de unos nacionales que deberíamos ganar *sacando* payas en bodas y carnestolendas. Juntos recorrimos la pampa desde Patagonia al Chaco, a caballo, con nuestras guitarras al hombro y el mate en las alforjas. Pero antes del año, yo estaba cansado de esas eternas errancias. Un día, camino de Rosario, nos disputamos; él exaltaba el sol de Mayo; yo, la estrella solitaria, aunque pensando los dos en unas mismas sayas moradas que entreviéramos en el camino. Se soltaron las lenguas, entre-metiéronse los corvos y el gaucho y su guitarra quedaron tendidos al sol. Yo lo sentí mucho, que era buen hombre el payador y no merecía morir sin confesión, pero quién sabe si Dios lo tendría así destinado...

Carlos escanció vino. Juan Blanco alzó su copa a la altura de los ojos. Hubo un momento de silencio que el mismo Juan interrumpió con un:

—Salud, señores. Esta será a la de Uds., dando gracias al destino que no les hizo venir al mundo en los ranchos de una hacienda...

Había ironía, dolor y también una acre re

signación en sus palabras, mas con el nuevo beber, su tono cambió y prosiguió con desenfado:

—Llegué a Buenos Aires cuando se principiaban a edificar los barrios modernos y el trabajo abundaba. Mas, a trueque de no quedarme en la ciudad, me embarqué de prisa en el *Reina Cristina*, dispuesto a rodar tierras y conocer mundos.

Me habían admitido en el barco como pinche de cocina. ¡Cuán poco me conocían! En la noche y antes de que los pasajeros de primera se retirasen a sus camarotes me escabullí del mayordomo, subí a cubierta, templé mi vihuela y principié a cantar, primero, unas tonadas para hacer honor a mi tierra, y en seguida unas vidalitas y después lo que se me vino a la mente.

Atisbaba yo con el rabo del ojo la gente que se acercaba a escucharme. Entre ellas había una rapaza que no pasaba de quince, hermosa como el lucero y que del brazo de un señor de colgante vientre, no me perdía nota.

«Quien canta su mal espanta
quien llora los aumenta:
yo canto por ahuyentar
un dolor que me atormenta!...»

decía yo, y la pobrecilla se estremecía de compasión.

Entonces, me olvidé de todos los que me rodeaban y no canté sino para ella, busqué las coplas más deleitosas de mi repertorio y mi voz, compitiendo con el arrullo de las olas, era algo que tocaba el corazón, no diré de la pobre chiquilla, sino hasta de los viejos mascarones de proa.

Al día siguiente, el señor de vientre obeso venía a informarse sobre mi modestísima persona y gracias a los ojos del lucero, fuí elevado de un salto, de pinche a criado del Excmo. Ministro Diplomático y Enviado Extraordinario de la República Argentina ante la corte de Madrid.

La cuyanita era un ángel. Yo inventaba tonada tras tonada a su boca diminuta, y durante la travesía me convertí en su humilde sombra. La pobrecilla no podía pasar sin mí, pero

aunque era un truhán no he sido jamás un desalmado.

—La ocasión hace al ladrón—interrumpió solemnemente Echaurren.

—Sí, señor, y en arca abierta el justo peca. Ella era sola, su madre había muerto, no tenía hermanas y el gandul de su padre no sabía otra cosa que discutir sobre política internacional. Y para no caer en tentación y para que Dios me tuviera algo en cuenta, apenas llegamos a la coronada villa del oso y del madroño, le dije adiós, con harto dolor de mi alma.

—¡Bravo! hombre—interrumpió Carlos.

—¿Y después?—apuró Echaurren inmediatamente, temeroso de que la conversación se desviara.

—Sin oficio ni beneficio vagué meses enteros a orillas del Manzanares. Me acomodé con pícaros y vagabundos y si hubiera vivido en los tiempos clásicos, de mí habría podido decir el gran manco que: «Había andado por diversas partes del mundo buscando aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, las Ventillas de Toledo y otras diversas partes

donde había ejercitado la ligereza de mis pies y sutileza de mis manos».

Citaba el Quijote con la cachaza de un catedrático, pero mientras su voz era indiferente, sus pícaros ojos reían, reían delatando cómo saboreaba el ridículo que la erudición ponía en sus aventuras.

—Y dígame, hombre, ¿de dónde cogió Ud. su clasicismo?—preguntó riendo Carlos.

—Pues, allá vamos, señor. Una noche en que fué menester poner pies en polvorosa con más rapidez que de ordinario solía, caí en la cuenta que no tenía gracia alguna concluir mi corta existencia al servicio del rey; determiné, pues, abandonar a mis camaradas y buscar un amo.

Quiso mi buena estrella que un librero de viejo me aceptase para desempolvar sus libros. Era la tenducha una arca de Noé donde toda especie de alimaña literaria tenía su alojamiento. En los ratos de ocio me dí a leer los libros que parecían menos viejos, pero éstos eran de tal mocedad, que hubiera podido afirmarse que el sol se había parado allí desde el siglo XVII.

Por esta misma razón, visitaba frecuentemente el cuchitril un señor académico, el Conde de Florida Villa, que a la sazón compilaba una obra sobre los romances tradicionales. ¿Romances? soplé para mi capote. Yo también tengo mi archivo. Y con mucha maña fuí haciéndoselos saber al miembro de la Real.

Era Su Excelencia un ratón de bibliotecas, más erudito que un jesuita y más bendito que un sacristán. Atraído por mis romances, me llevó a su casa, en donde me colocó primero de pendolista y poco después de secretario y lector.

—Eres, solía decirme, un brillante en bruto; debían haberte pulido con tiempo, porque después de tantos tumbos como has dado, de cierto has perdido tus mejores quilates.

No obstante, dedicó sus ocios, que eran muchos, a enderezar mi lengua y a limar mi espíritu.

Y como don Quijote a Sancho, antes que fuese a gobernar la ínsula, el académico me inició en el A B C de los usos sociales, indispensables, según él, en el gobierno del mundo.

Me enseñó a usar de mis manos i mis dedos,

a levantar con gracia mi sombrero, a vestirme con estilo y hasta trató de que hablara con medida delicada y cortesana...

Aproveché tan bien sus lecciones y tanto me apresuré a ponerlas en práctica, que la señora académica no pudo dejar de advertirlo.

De amanuense pasé a secretario, de comer en la mesa de los criados, pasé a ocupar un puesto en la del señor.

En las tardes, yo debía leer los clásicos y anteclassicos. De cada autor me hizo aprender de memoria algún trozo y así pasé de Juan Ruiz, mi grande y buen amigo, al marqués de Santillana y a ese gemebundo Jorge Manrique. Sólo que, cuando al concluir el siglo de oro, llegamos a Cervantes, mi maestro se negó a seguir más allá.

—He aquí, me dijo, la síntesis, compendio y resumen de toda nuestra literatura. Es la flor y el fruto de gloria; y si tú eres capaz de comprender sus conceptos sublimes y sus profundas razones, la lengua no tendrá misterios para ti.

Lo que por entonces no tenía misterios para mí no era precisamente el idioma...

La comida había concluido. Carlos pidió champagne, y ante el estupor de los habitúes de «La Chorrera», la baya francesa explotó bullangueramente.

—Blanco: por todos los compatriotas que hacen honor a la bandera—dijo Echaurren.

—Porque la suerte sea favorable a todos los chilenos que hoy vagamos por el mundo,—añadió Carlos.

—Y porque para todos ellos haya una mujer amante—concluyó Juan.

Y los tres vaciaron sus copas.

—¿Y dónde vamos ahora?—preguntó Echaurren con un cierto dejo malicioso.

—Vamos a mi casa, si ustedes son tan amables para aceptar una invitación mía—repuso Blanco.—Mi mujer está delicadilla—explicó con sencillez.

Aceptaron, y sin apresurarse, anduvieron las pocas cuadradas que les separaban de la lavandería modelo.

Carlos urgió:

—Pero, continúe Ud. contándonos su historia, Blanco.

—Ya no va muy larga.

—¿Y cómo se deshizo Ud. de su canonjía?

—El hastío, señores, es el gusano del placer. Hice lo que cualquiera otro que ama su libertad. Determiné poner el agua entre la Academia y yo, y de la noche a la mañana dejé al erudito sin amanuense y a su señora sin el más rendido de sus servidores. Me embarqué para los Estados Unidos dispuesto a hacer aquí mi fortuna para regresar después a Chile, rico, ilustrado y con campanillas, que tal será lo que ha de suceder, si Dios quiere.

No sabía una palabra de inglés y el castellano anteclásico no me servía aquí para maldita la cosa. Mis escudos 'cobraron alas antes de que yo hallase trabajo a la altura de mis deseos, que, poco a poco, se abatían miserablemente. Llegó el invierno sin que tuviera con qué abrigarme. Entonces conocí lo que es el hambre y el frío y el estar solo en una tierra extranjera. Al cabo, me recibieron de mozo en un hotel, pero ¿a quién le iría a cantar aquí mis tonadas y mis vidalitas? Mi amante me abandonaba. Hay que sacar fuerzas de flaquezas, colegía, y traté de cumplir mis obligaciones con el mayor celo. ¿Pero qué es el hombre

sin la mujer? Ellas me habían servido durante toda la vida, a ellas les debía yo todo lo que era. En el departamento de la lavandería había una niña a quien yo supe inspirar más lástima que la que merezco. Yo estaba en uno de esos momentos de decadencia y agotamiento en que toda debilidad es explicable. Y bien, casarse en protestante no es lo mismo que casarse por la santa iglesia católica, me dije. Y al avío: me casé, pues, señores.

Clara me enseñó el inglés, me dió parte de sus ahorros, establecimos una lavandería en este barrio cosmopolita, y en recuerdo de mi académico preceptor, la bautizamos con el nombre que sus mercedes conocen.

Alumbrando de nuevo mi buena estrella, obtuve un puesto de institutor de los hijos del Encargado de Negocios de Guatemala en esta ciudad. Clara, aunque a veces es testaruda como buena yanqui, ha resultado una maravilla para gobernar la hacienda. En verdad, no sé qué haré con ella cuando vuelva a Chile. Ya tengo 8,000 dólares en el Banco y espero completar los 10,000 para decirles adiós a todos

los americanos. Pero a ésta ¿quién sabe? Los hombres son animales de costumbres, señores.

Habían llegado frente al rótulo: «Limpia, fija y da esplendor.»

Fulguraron sus pupilas ladinas.

—Algunos españoles me han venido a ofrecer buenos pesos porque lo cambie; sin embargo, todos los sudamericanos del barrio son mis clientes, gracias a él.

—Además—comentó Echaurren—Ud. tiene perfecto derecho a usarlo!

Y entraron. Media hora más tarde los muros de la diminuta sala, se estremecían a los sonos de una tonada que Juan Blanco cantaba entusiasmadamente.

Echaurren, echado atrás en un sillón, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos en alto se entregaba a sus recuerdos. Carlos mecía sobre sus rodillas a la graciosa pequeña que seguía con mirada de orgullo los movimientos de su padre, listas sus manecitas para el aplauso y Mrs. Blanco, de pie al lado de la chimenea y ante el perfil aquilino de Balma-ceda, meneaba cariñosamente la cabeza como diciendo: ¡cuándo se formalizará este hombre!

X

¡Cuán presto el calor de los afectos disipa las brumas con que la melancolía anubla nuestro corazón!

De su última crisis de nostalgia, Carlos no sentía ya sino un dejo agri dulce que no encerraba amargor alguno en contra del país que le albergaba. Con la vuelta de los muchachos retozones y el comienzo del último trimestre escolar, su vida ingresó otra vez al cauce que sus nuevos hábitos le formaran y que él había, inconscientemente, principiado a amar. Además, un afán de trabajo intenso le consumía. Ya no era que necesitase afirmar con sus obras, la diferencia que existe entre un

sudamericano cualquiera y un chileno. Trabajaba porque esta vida universitaria, completamente nueva para él, en que se alternaban los deportes con las investigaciones propias y las clases con los experimentos originales, elevaban su resistencia y su rendimiento a un grado muy superior al más alto que hubiese llegado en su tierra y en su universidad. Sentía por vez primera el placer de estudiar, de sentirse avanzando en lo desconocido, de aumentar el dominio que sobre las cosas ejerce el conocimiento de sus leyes. Por otra parte, su ensayo sobre electrolisis del cobre mereció llamar la atención del Profesor Ferguson, en tal forma, que éste le llamó a su oficina. Después de enterarse de quién era y de dónde venía, le aseguró que tenía delante de sí un porvenir magnífico como investigador.

—Ud. ha tocado con extraordinaria lucidez, Mr. Solar, el punto débil de la práctica electrolítica en los minerales de ley pobre. Siga usted trabajando y si usted necesita aparatos nuevos, avísemelo: se adquirirán. Y sobre todo, no se desaliente si se demora en hallar la solución, porque en usted hay esa

intuición rápida y segura que es el nervio del descubrimiento.

Contó riendo esta conversación a Eva en cuanto se encontraron. Llovía, y en vez de dar su habitual paseo por las riberas del Hudson, se acogieron al salón de la Escuela de Ciencias Sociales. Había en un ángulo un grupo de alumnas charladoras agrupadas al rededor de una mesa de té; en los escritorios compulsaban textos unos cuantos escolares y frente a los altos ventanales, mirando caer la lluvia sobre el parque agostado, descansaban otros en las mullidas y amplias butacas.

Se sentaron ellos también de frente al jardín y Carlos siguió su interrumpida relación:

—Estoy cierto de que Ferguson me ha hablado así para estimularme, pero de todos modos se lo agradezco.

—¿Por qué no podría ser verdad?—arguyó la niña, extrayendo sus blancas manos del manguito que las abrigaba.

—No lo es. Yo no habría de tener aquí facultades que nunca se me han revelado.

—Es posible que usted no las necesitara antes o que el medio en que ha vivido las em-

botase. ¿No me ha dicho usted que en su niñez trabajaba antes por amor a su padre que por afición al estudio?

—Es que aquí en donde todos se esfuerzan por rendir el máximun de sus posibilidades, he tenido que hacer lo que los demás, so pena de sentirme despreciado. Pero no hablemos de mí. Cuénteme usted que ha hecho últimamente...

—Sigo mi vida. ¡Ah! me olvidaba! Nos han enviado un gran donativo para la obra. (Juntaba sus manos en actitud de regocijo infantil). Ochenta mil dólares con la cláusula de que yo pueda disponer de ellos a mi arbitrio. Imagínese: ¡ochenta mil dólares!

—¿Y quién es el donante?

—Desea dejar su nombre en el incógnito; pero naturalmente nosotros sabemos quién es. Se llama John Hart.

—¿Amigo de usted?—preguntó el muchacho.

—Sí.

—¡Ah!—pronunció Carlos, sintiendo que el gris del crepúsculo principiaba a contagiar-

le. Luego continuó con voz levemente alterada.

—¿Acaso los ochenta mil dólares son un homenaje a Ud. antes que a su obra, Miss Wright?

—¡Oh, no!—repuso rápidamente la joven, fijando en Carlos sus grandes pupilas azules. Yo deseaba desde hace mucho tiempo fundar un asilo-escuela para los niños cuyas madres, obligadas por la tarea diaria, los abandonan durante el día en los peligros de la calle y del vagabundaje. Mr. John Hart lo supo y ofreció la suma a la «Colonia universitaria» donde yo trabajo.

—Y naturalmente Ud. estará felicísima—continuó el muchacho. Sentía que la lluvia y el frío le habían entristecido.

—Por supuesto—respondió ella.—No obstante, mis compañeras y yo conocemos hace muy poco tiempo a Mr. John Hart, de modo que hemos creído conveniente depositar el dinero en un banco y no tocarlo hasta saber qué procedencia tiene.

Carlos no miraba ya a su linda amiga. Se-

guía con la vista vaga los surcos que la lluvia abría entre los prados. Observaba cuán dificultosa y lentamente una gota se abría paso y tras ella otra y otra, hasta que ahondaban el diminuto cauce y pasaban por él los hilillos plateados de las aguas....

XI

—Este es el primer ensayo mío que obtuvo una mención en el concurso anual de la «Sociedad de Artistas Americanos».

Mostraba una tela en que el spaniel de negras vedijas aullaba a un crepúsculo sangriento. El contraste entre la raza refinada hasta la decadencia de Ruby y la tendencia atávica que representaba su acto, reflejo inconsciente de la existencia primitiva, cuando su ascendiente lobo hululaba dolores inespresables ante el claror de una luna espectral, producía una emoción de belleza cruel y honda.

Alfredo lo sintió así, sin darse cuenta de que esa emoción fluía de la autora misma, del es-

tudio al cual le invitara como una valiosa deferencia, del mobiliario con que ella se rodeaba, del Budha de doble faz que cruzaba sus piernas sobre un taburete de bronce de Benares, de los tapices de colores cálidos que colgaban de los muros, de los innumerables estudios sobre Ruby que acechaban por doquiera y de Ruby mismo que, viviendo allí como un sultán, paseaba omnipotente entre las chucherías y los tapices.

Era el taller una perfecta sorpresa para Alfredo que no había supuesto que en la Cosmópolis del Oro hubiese alguien que se preocupara de otra cosa que de acapararlo hambrientamente. Fué Agnes, quien después de una conversación en compañía de Carlos, le había invitado a su estudio para las cuatro de la tarde del próximo día.

—Suba usted hasta el último piso; allí encontrará una puerta entornada. Entre sin golpear.

Cuando él apareció, Agnes concluía una carátula para el número de Noviembre del *Cosmopolitan*. Con un gesto le indicó que esperase y siguió pintando en absoluto mutismo por

espacio de un largo cuarto de hora. Al oír pasos, Ruby había levantado la cabeza, mirando al extranjero torvamente; lanzó un gruñido y como su ama le tocara con el rabo de un pincel, volvió a seguir con los ojos el movimiento de las manos de su dueña, sin preocuparse de nada más.

Alfredo examinó el taller. El techo angular de lo que antes había sido una buhardilla y la colocación de los tapices, evocaban una gran tienda plantada en medio de un desierto. Las alfombras, los divanes, los cojines, los esca- beles, una aherrumbrada pipa turca asomando en un rincón, un alfanje morisco y el perfume mismo que exhalaba la vivienda—una mezcla de ámbar y opio—incrementaban la ilusión del exotismo.

—*Wretched picture! at last you are finished!*—exclamó ella, arrojando los pinceles. Y en seguida, vino hacia Alfredo y le tendió la mano que él estrechó con fruición.

—¡Qué vida tan estúpida ésta que obliga a pintar carátulas para las revistillas!—dijo ella a modo de saludo.

Sentóse en un diván mullido y grande como

un lecho. Alfredo no necesitó de invitación para ir a hacerle compañía.

—¡Aló, Ruby!

De un salto, Ruby subió a las rodillas de su ama y se acurrucó en la falda.

—¿Acaso no le gusta a Ud. pintar, Miss Butler?

—Por supuesto, pero no carátulas. Y sin embargo, es lo único que me ha dado dinero suficiente para fabricarme este refugio y comprar algunas buenas acciones de bolsa.

Hablaba en voz baja, con un dejo de ira contenida, como si algo dentro de su alma impregnase su voz de un desprecio enorme por las cosas o los hombres. Sus manos pequeñas, de uñas brillantísimas, parecían más rosadas y blancas al jugar entre los vellones retintos de Ruby.

—Suponía que Nueva York era un buen mercado de cuadros—repuso por decir algo Alfredo.

—De telas extranjeras, con historias falsas o verídicas. Y mis cuadros, amén de ser indígenas, no tienen otra historia que la mía que no interesa a nadie.

—He ahí una afirmación que no acepto— interpuso inmediatamente Alfredo, pasando su mano por las ondulaciones de su barba, en un ademán acostumbrado e inconsciente.

—No se tome el trabajo de decirme galanterías, Mr. Echaurren. Son cosas del pasado. A su adulación despreciativa prefiero la agria verdad. (Sus ojos oscuros sonreían desdeñosamente).

—¡Refiriéndome a usted no podría serlo!

—¿Reincide? ¡Bien se conoce que usted es latino y español!

Iba Echaurren a protestar inmediatamente del tono en que fué pronunciada la frase, asegurando que era infinitas veces preferible ser un refinado latino, antes que un rudo sajón, pero se calló a tiempo. Cada vez que conversaba con Agnes sentía la impresión de estar actuando en un duelo en que ella estuviera siempre alerta para herir a fondo al primer descuido del adversario.

Agnes se levantó ágilmente, dejó a Ruby en el diván y se dirigió al ángulo del taller en donde reposaba una mesa de té. Sin solicitar ayuda, la levantó para transportarla cerca del

visitante. Él se puso de pie inmediatamente y fué a su encuentro.

—¿Por qué no me pidió que le ayudara?—
interrogó, tomando de sus manos el mueble de laca.

—Porque la ayuda de los hombres es generalmente muy interesada y por sistema prefiero hacer las cosas sin su intervención.

—¡Orgullosa!

—No es orgullo, es prudencia,

—Creía—dijo burlonamente Echaurren—
que la prudencia no era virtud de su agrado.

—En efecto, es disgustante: paciencia, prudencia, conformidad, todas esas virtudes que los hombres alaban tanto en las mujeres porque las dejan más indefensas, deberían ser arrojadas como lastre inútil en el vacío de los días!

Principiaba a preparar el té. Tintineaba la plata de la vajilla al contacto de las porcelanas y pronto, dos tazas japonesas, frágiles y transparentes estuvieron listas para recibir la bebida.

—¿Con limón?

—Nó, con azúcar.

—¿Por qué no lo bebe con limón? La azúcar vulgariza el sabor y la fragancia del té.

—Démelo entonces con limón. Por complacerle aceptaría toda clase de brevajes.

—Nó, gracias. Ud. no merece tomarlo con limón, no está bastante civilizado. Sírvaselo con azúcar. Eso corresponderá mejor a su temperamento tropical.

—Permítame, yo no tengo nada de tropical.

—¡Cómo! ¿no está su país en la zona tórrida?

—Gracias a Dios, nó.

—¿No ha nacido usted al arrullo de los turpiales, no tiene Ud. un temperamento de fuego, no ha vivido en las selvas vírgenes?

—Nada de eso.

—¡Qué desilusión! ¡Y yo que le creía un temperamento primitivo, un ave tropical tiritando de frío y de nostalgia en medio de esta civilización implacable y frígida!

Alfredo clavó en ella sus pupilas ensombrecidas.

—Lamento que sufra Ud. un desengaño; para mí Ud. no lo es todavía; cada vez me parece más refinada, más modernísima.

Ella tenía en su mano la taza de té que ofrecía a Echaurren.

—¡Tómelo Ud. como le plazca!—dijo sonriendo burlescamente—su última respuesta lo merece.

A la postre, se despidieron sin haber reñido. Él se creyó obligado a retribuir su invitación, convidándola al teatro.

—Me entusiasman las tablas, repuso ella. Estaré lista cuando Ud. desee.

Dos noches más tarde, Echaurren la fué a buscar para llevarla a *Kismet*, una de las grandes atracciones de la temporada. Agnes la eligió, asegurando que era lo más artístico que se representaba entonces.

Tenía razón. La obra se basa en alguna perdida leyenda de las «Mil y una noches» y posee todo el hechizo de las inmortales narraciones que han corrido por tantos siglos en la humanidad, como un filón de oro corre a lo largo de la montaña peñascosa.

El prólogo transcurre en silencio. Es una caravana. Cruza la orquesta por encima de un puente que comunica la platea con el prosce-nio. Guarnecidas de joyas preciosas, envuel-

tos en hopalandas persianas o en arábigos albornoces, a pie, en camellos, en el misterio recatado de los palanquines, desfilan las danzantes, los protagonistas, los partiquinos humildes y pobretes. Desfilan lentamente, gravemente, como si se dirigieran en ritual procesión a la Meca de sus devociones. Beduinos auténticos conducen los camellos, animándoles con los gritos largos, guturales, que de ordinario rasgan la oquedad de los vastos páramos africanos.

La caravana cumplía su simbólica misión. Cuando el último comparsa hubo desaparecido en un flanco del proscenio, sellado todavía por la lámina de asbesto, un puente estaba creado, entre el alma del público y el alma de la pieza.

La escena era complicada y el argumento también; pero la inevitable intriga de amor emergía victoriosa al través de los intereses opuestos, de los hechos de sangre, de las reclusiones en un lejano serrallo, de los obstáculos pueriles agigantados por la tradición: redes que ahogan a los pequeños amoríos, pero que a su vez, son despedazadas por las pasiones primitivas y profundas.

Leit-motiv de las escenas de amor era la presencia de una danzarina de pies desnudos y de aladas manos, cuyo arte elevaba todo entero un cántico a la voluptuosidad triunfante.

—Hace cinco años no habrían permitido la representación de esta obra en la ciudad—explicó Agnes.

—¿Por qué?

—Por esta danza, por estas escenas de serrallo, porque esa cosa añeja y estrecha que llaman conciencia puritana y que no es sino el miedo al triunfo de la vida, se habría sentido lastimada al ver en el arte algún signo de realidad.

—¿Cómo me place oírla hablar de ese modo! Fué el turno de ella para preguntar:

—¿Por qué?

—¡Porque la siento así menos americana y más cerca, por lo tanto, de los latinos y de mí!

—No se equivoque, Mr. Echaurren, soy perfectamente americana, americana como muchas de la última generación...

—Siendo así, Ud. me va a permitir que la invite a cenar.

—Naturalmente—contestó ella, sin dar a su respuesta la menor importancia.

Con perfecta mala intención, Echaurren pensó en el restaurant que sabía menos correcto entre los cuatro o cinco sitios elegantes de la ciudad: el *Maxim*. Y mientras el auto les conducía velozmente por calles y más calles, él pensaba en la psicología de esta mujer que, a pesar de la variada experiencia de él, le sabía a novedad. ¿Tendría el atrevimiento de creerse honrada la que a las doce de la noche y después de asistir a la representación de una pieza atrevida y sensual como *Kismet*, iba en la soledad discreta de un automóvil a cenar con un individuo que solamente conocía unos dos meses? ¡He aquí la decantada moralidad yanqui! —pensaba.

—¿Qué reflexiona usted tan hondamente?—inquirió la voz burlesca de Agnes.

—Que a pesar de todas sus osadías Ud. está aquí perfectamente desarmada, Miss Butler.

—¿Cree Ud.? Y sin embargo si—lo que no me parece,—Ud. no fuese un caballero, ya sabría yo defenderme.

—¿Cómo?

—¡Gracias a mis puños, primero!

Rió Echaurren con franca carcajada.

—Y además, prosiguió ella, tenemos tribunales en Nueva York. Me pagaría Ud. una indemnización tan alta como su fortuna lo permitiera, amén de que se abrigaría Ud. unos cuantos meses en Sin-Sin. De modo—concluyó mañosamente—que más le conviene refrenar sus ímpetus tropicales.

Habían llegado al *Maxim*.

Al observar la sala repleta, a la sazón, de comensales, Agnes fué saludada por un señor de mediana edad, moreno, vestido con ostentosa elegancia, que cenaba en compañía de una dama hermosísima.

—¡Linda mujer!—no pudo dejar de exclamar Echaurren

—Es Jane Hastings, la actriz más de moda hoy—explicó Agnes. Su acompañante es John Hart, un muchacho de Carolina del Sur que ha hecho una fortuna colosal en las refinerías de algodón. Fuimos muy amigos en la infancia.

Una gitanilla delgada y esbelta bailaba entre tanto al son de la jota de Sarasate.

De todas partes, ojos curiosos, ensangrentados algunos por las libaciones, semi-estúpidos estos, brillantes otros de excitación, seguían los giros rapidísimos del busto y las piernas de la chiquilla que se entregaba toda entera al frenesí de su danza. Una salva atornadora de aplauso marcó el final. La muchacha, en cuanto hubo dado las gracias con una sonrisa de linda coquetería, volvió la espalda al público, dejó con gesto de infinita displicencia la pandereta y, como si hubiese tenido una máscara en la cara y ahora apareciese la suya verdadera, se distendieron de fatiga sus músculos, se desencajaron sus ojos y jadeante y casi exánime, principió a subir al cuarto de los artistas, arrastrándose débilmente por la escalera.

Otras mujeres jóvenes, igualmente fatigadas, se sucedían en el canto y en la danza. No eran, sin embargo, el principal atractivo del *Maxim*: que éste lo constituía la concurrencia misma; porque la más grande variedad de gentes se congregaban allí: gentes premunidas

del «¡qué me importa!» del cosmopolitismo o de la fingida indiferencia de los que pretenden ser bastantes limpios para que ningún contacto logre mancillarlos. Y así, había cóntemplando a las danzarinas y a las cantantes, hombres de aspecto patriarcal, familias que trascendían a perfecto burgués; damas de continente discreto y elegante, cenando pacíficamente con sus maridos; mozas del partido solas o acompañadas, personajes de dudosa catadura, extranjeros mal guiados en la urbe. Las profesionales del canto y de la danza los rondaban, iban hasta lanzarles sus gorjeos en plena faz, sus contorsiones al alcance de las manos y era de ver cómo los que no recibían tales homenajes se inquietaban, se desesperaban de no ser los elegidos.

—Observe Ud., Mr. Echaurren, cómo después de tantos siglos de moralidad no se acallan las voces ancestrales de los brutos—decía Agnes, señalando a sus vecinos.—Los que se proponen mejorar la raza y modificar los instintos, son unos ilusos. No hay otra cosa que el arte que nos permita engañarnos por un ins-

tante y gozar la ilusión de actuar como seres superiores. ¡Bebamos por el arte!

—Beberé por una artista—dijo Echaurren, alzando su copa llena del licor pálido—beberé por su conversión a ideas más humanitarias.

—No me lo desee—arguyó ella, después de haber vaciado la suya hasta el fondo—no quiero serlo. Ser humanitaria significa ser humilde y ser piadosa y yo quiero permanecer insensible e implacable.

—Ud. no siente lo que dice.

—Y Ud. no es capaz de comprenderme.

Pero agregó, después de un instante en que ambos se midieron recelosamente:

—¿Cuál es su primer nombre?

—¿En castellano? Alfredo.

—Alfredo me gusta más que Fred y que Alfred. Suena más musical y más fuerte; además, ese sonido duro del final conviene mejor a la idea de hombre. ¿Quiere Ud. que le trate de Alfredo?

—Con muchísimo gusto. Y yo ¿cómo voy a llamarla?

—No me llame Agnes. Ese nombre es estúpido. Mis amigos me dicen Gemy.

—Bien, le llamaré Gema; en castellano quiere decir piedra preciosa.

—¡Encantada!

Cuando llegaron al núm. 514 oeste de la calle 117, eran las dos de la mañana. Ante el vestíbulo débilmente alumbrado, ella encontró unas cortas frases atentas para agradecer el *good time* que había tenido; después, recogiendo con grácil ademán la cola de su largo vestido de seda, hizo una reverencia y subió.

—¿No me da Ud. la mano?

Ella volvió la cabeza.

—¿Es de ritual?—preguntó con sorna.

—Sí.

Gemy extendió su mano pequeña, enguantada de blanco.

Alfredo hizo ademán de llevarla a los labios.

—Eso no se usa aquí—dijo ella presurosa y esquivó la mano. Iba a seguir su camino, pero volvió.

—Quiero estar por una vez de acuerdo con

las costumbres de mi país, explicó picarescamente y presentó la mejilla.

Se desasíó al punto de los brazos que la habían aprisionado, y burlona y veloz desapareció tras los cristales de la cancela.

—Adiós, señor tropical.

XII

Las claras quejas del agua; chasquidos de cuerpos que rebotan en ella; grifos turbulentos y cantarinos, música de voces juveniles, llegaban a Carlos mientras cambiaba su malla por el traje diario. Estaba alegre; le bullía ese bienestar físico que produce la natación o cualquier deporte seguido por un baño helado. Cuán ágiles los músculos, cuán alerta el pensamiento, y a flor de labio, bajo, bajito, una canción olvidada...

—¿Es Ud., Charles?

Le hablaban de la caseta paredaña, por encima del muro de mármol que les separaba.

—Sí, Jack.

—¿Concluyó de vestirse?

—Casi.

—Qué apretado estuvo el juego, Charles.
¡Pero Ud. es un magnífico goal-keeper!

Y comenzaron a desmenuzar las incidencias del match preparatorio para el torneo de la Copa clásica, con la Universidad de Yale.

Concluído de vestírse, Carlos abrió la puerta de la caseta que daba frente a la piscina de natación, y mientras aguardaba a Jack, echó una ojeada a la extensa superficie sembrada de cuerpos jóvenes que ondulaban y se sumergían en la caricia de esa agua temperada.

Salieron al *campus*. La proximidad de la primavera había derretido la costra de hielo de los senderillos; pero la brisa todavía guardaba su acritud invernal. El áureo manto del crepúsculo les envolvía.

Jack, las manos en los bolsillos, la cabeza echada atrás, marchaba de prisa, exhalando en sus palabras el regocijo físico que le embargaba.

—¡Qué bella, *old chap*, esta existencia colegiala! ¡Cuán largamente recompensa lo que se trabaja por lograrla! ¿No le reconcilia a Ud.

con el esfuerzo y con la lucha y con la vida intensa?

—¡Por supuesto! ¡Si yo mismo me siento otro!

—¿No es verdad? Y observe que Ud. no ha luchado por obtenerla, que nunca la miró como una meta tan distante como imposible! ¡Clarol! ¡Ud. no puede sentir como yo, ni amar con especial devoción cada uno de sus detalles! Cuando me veo en el laboratorio, cuando compulso en la biblioteca olvidados mamotreos, cuando me veo a punto de concluir un trabajo difícil y tengo a mi lado cientos y miles de muchachos como yo, fabricando en apretada colmena la cera y la miel del porvenir, hínchase una ola de orgullo y de amor en mi corazón. No le ofenda, Carlos, pero creo que sólo los americanos sentimos esta seguridad en el esfuerzo y esta fe en el empuje personal. No se ofenda, si creo en momentos como los presentes—por supuesto que también tengo ratos de pesimismo—que América es la sola cuna en que puede nacer una humanidad mejor.

—*¡Hello, boys!* ¿Ya de vuelta?

Edna Green estaba delante de ellos.

—Sí; ¿nos acompaña?

• —Por supuesto.

Edna solía encontrarlos de tarde en cuando y, a fuer de buenos camaradas, retornaban juntos, charla que te charla, hasta la hospedería.

—¿Ha recibido Ud. noticias de Gibbs and Co.?—preguntó con interés Carlos.

—Nada.

—Apostaría, exclamó Jack Lewis, que Ud. tiene fijas sus esperanzas en el resultado del concurso. ¡Y ya se ve creando telas y dibujos nuevos para las mujeres de toda América!

—¿Por qué había de negarlo? ¿No encuentra justo, Mr. Solar, que me ilusione la que va a ser mi profesión?

Edna era una muchacha huérfana de padre. Su único hermano, su madre y ella habían vivido sin mayores estrecheces del producto de unas propiedades legadas por el esfuerzo paterno. Mas los gastos de la educación de Archibaldo, a quien la madre acompañó a Francia para que realizara su ensueño de artista-arquitecto, iban tomando ya parte del capi-

tal. Edna, arrostrando sin miedo la situación, volvió a Estados Unidos para especializarse en un oficio que pudiera asegurarle el porvenir. Eligió el estudio del colorido y dibujo de telas en el departamento de Artes Industriales de Columbia.

—Pero si obtiene el empleo de Gibbs & Co. no podrá ir al sur, como proyectaba.

—¿Qué quiere Ud? Y piense que mi tutor me ha escrito ayer, reiterándome que le haga una visita. Me dice también que los niños de la escuela pública a quienes prestamos los jardines y las canchas de tennis de la casa, mientras mamá está en Europa, han plantado miles de rosas este año en nuestro suelo! ¡Y no voy a verlas! Sin embargo, si consigo el destino no lo sentiré. Y ¿por qué tan pensativo, Mr. Solar?

—Rumiaba lo que Jack y Ud. decían.

Penetraron a la casa y entretanto que llegaba la hora del yantar, Carlos subió a su aposento.

Había entrado a ese período en que la observación diaria, va destruyendo lentamente los prejuicios y creando una nueva compren-

• sión del mundo ya menos desconocido que nos rodea.

Yankilandia se le presentaba ahora como una selva inmensa, cuya la savia fuese tan potente que se la escuchaba ascender por los troncos y se veía a éstos, elevándose minuto a minuto, en una sed insaciable de luz.

Y al lado de esa visión gigantesca, cómo se le constreñía el corazón, con el recuerdo del terruño. Era casi un dolor físico de impotencia el que le apenaba a veces, al meditar sobre el porvenir de su país. Todo lo veía tenebroso, corrompido, mísero. Mas, lo que le sobrecogía hasta la emoción era sentirse culpable, él también, de un estado de cosas semejante. Él, que había sido uno de tantos, que llenan de rutina su existencia, creyendo de verdad que es vida la que no tiene ideal.

Cuando bajó al comedor, hacía rato que lo llenaba la jocunda comparsa. En su mesa y al lado de Edna, Eva Wright se sorprendió de verlo llegar.

--¿Ud. por aquí?—inquirió él al extenderle la mano.

Edna la había invitado. Eran antiguas amigas.

Por tomar asiento frente a ella, Carlos hubo de aceptar un puesto al lado del cachazudo Mr. Graham, con el que cultivaba una sorda antipatía.

El estudiante de derecho jamás dió crédito a las palabras de Carlos sobre Chile; era uno de esos americanos que se han criado con la fe en la superioridad irredargüible de su raza sobre todas las del orbe. Los elogios que el muchacho extranjero prodigaba a la tierra lejana, le ofendían como un insulto a la verdad, a la moral.

Había llegado a tal extremo esta antipatía recíproca que Mr. Graham se dedicaba ya a buscar estadísticas y datos que comprobasen la barbarie chilena y, por ende, la falsedad de Carlos. De no estar en medio Jack y Edna, alguno de los dos habría tenido que abandonar el hospedaje...

Como jamás hablaba antes de ingerir concienzudamente su sopa, los otros cuatro comensales olvidándose de que existía, parloteaban gozosamente.

Pero al concluir la última gota de caldo insípido, en que navegaban solitarias unas puntas de espárrago, aprovechóse de un hueco en la conversación para introducirse.

—Mr. Solar, ¿por qué tiene su país una mortalidad mayor que toda América, inclusive las regiones mortíferas de los trópicos?

Carlos le miró rencorosamente e iba a hablar, cuando Dick intervino:

—Mr. Graham, olvide los problemas serios mientras deglutimos. Ría y charle para no parar mientes en que nosotros, americanos del siglo XX, somos todavía los esclavos de esta viscera inferior, el estómago, y no hemos podido inventar cosa alguna con que satisfacerlo definitivamente y para siempre!

Carlos optó por no responder. Verdad que tampoco hallaba la respuesta que hubiera deseado lanzar como una catapulta a la faz del yanqui. A despecho de la presencia de Eva y de la amable camaradería de Edna, permaneció meditabundo y callado durante el resto de la comida.

Percibiendo la tristeza del muchacho, Eva, en su experiencia de enfermera de almas, prin-

cipió a consolarle sin rozar la herida. Habló de las miserias de los barrios bajos en que trabajaba, de las existencias entorpecidas por el vicio, diezmadas por el hambre, anegadas en la amargura de no haber realizado jamás una ilusión, de la explotación de la infancia, de la lucha que había que sostener en contra de los espoliadores protegidos por autoridades o corporaciones venales, de los enemigos que se creaba...

—¿Nunca has pensado, Eva, interrumpió su amiga, en lo expuesta que está tu vida?

—Nunca. Miles de muchachas trabajan como yo en los Estados Unidos, y si es verdad que hay quienes nos amenazan, hay muchos más que nos defienden.

—Pero suelen acontecer desgracias—interpuso siempre Edna.

—Si no hubiera peligros ni lucha, acaso el celo por el ideal sería menos intenso—repuso ella en el mismo tono infantil y ecuaníme con que hablaba siempre.

—A propósito de su obra, Miss Wright—expuso Carlos al pasar a los salones donde solían tertuliar—mi amigo Echaurren divisó el

otro día a su generoso donante, Mr. Hart, y supo que había hecho su fortuna en factorías de algodón en la Carolina del Sur.

—¿Sí?—inquirió ella interesadísima. Reflexionó un momento y luego añadió:

—Esas fábricas suelen ser nefandas para los niños. Será preciso mandar a alguien que las visite y averigüe sus condiciones.

Un pensamiento cruzó la mente del joven. El podría hacer averiguar quién era ese John Hart y desde cuándo databa su generosidad.

Edna, a pedido de los muchachos, comenzó a ejecutar una músicaailable.

Eva y Carlos se acogieron al vano de un balcón y mientras danzaban las parejas y había en cada ángulo de los salones grupos de escolares que discutían desde la encarnación de Brahma hasta las reglas fundamentales de la diferenciación matemática, sin hacer esfuerzo alguno, como si respondiera a una necesidad de su espíritu, el joven comenzó a decir:

—Yo no sabía lo que eran congojas del sentimiento nativo antes de alejarme de mi patria, antes de conocer la suya. Vine sin saber que ella me necesitaba a mí personalmente, como

necesita a todos y cada uno de mis compatriotas. Ahora me sobrecojo de impotencia al comprender que tal vez no sea capaz de darle todo lo que debo, ni de realizar para ella ninguno de mis ideales.

Hablaba sin mirarla, sumido sus ojos oscuros en una contemplación interior.

—Ningún hombre ha visto realizado su ideal, —habló ella con esa voz cristalina que se infiltraba en el alma como un hilo de agua clara.— Pero es el hecho de albergarlo, de sustentarlo, de luchar y de morir por él, lo único que puede redimirnos.

Al día siguiente, a primera hora, Carlos se dirigió a la «Gran Lavandería Modelo». Blanco estaba allí socarrón y despierto como siempre. Al enterarse de la comisión delicadísima que Carlos iba a confiarle, se restregó las manos de satisfacción. Todo su instinto de aventura brillaba rejuvenecido en sus ojos. ¡Viajecitos a él!

—Ahora mismo parto, don Carlos, a ver a esa Carolina del Sur.

XIII

Con la violencia de una fuerza contenida estalló la primavera. De la noche a la mañana el aire se entibió; los arbustos estiraron sus brotes, los árboles se tupieron de yemas y aun antes de que alcanzaran a aparecer las puntas tiernas de las hojas, blanquearon de flores los almendros y los jazmines. Después del largo y crudo invierno, sin transición alguna, la primavera apareció triunfante.

Pascua de Resurrección había llegado, estaba ya en la Cosmópolis del Oro; por ende, las muchachas hubieron de estrenar en ese día de ritual, lleno de perfumes y de brisas tiernas,

•
sus vestidos claros, sus sombreros florecidos de guirnaldas, sus sombrillas multicolores.

Las rítmicas campanas de los templos entonaban sus melodías divinas bajo la luz del sol. Carlos, acostumbrado al bronco y descompasado son de los esquilones de su tierra, oía encantado la plegaria musical de estas otras campanelas argentinas, que poblaban el aire de armonías y que despertaban en su alma, ecos de la infancia sencilla y piadosa. Iba por la Quinta Avenida en dirección al Plaza. La vista de tanta animación, de tanta mujer de gala, la idea de que el invierno había pasado y que la naturaleza entera estaba prometiéndole nueva vida, le infundían ese aliento de ilusiones difusas e informes que nacen quién sabe cómo, pero que irrumpen una mañana de primavera en el espíritu, floreciéndolo todo de esperanzas.

Por un momento creyó que transitaba por la calle del Dieciocho en las fiestas de Septiembre, que todas esas mujeres elegantes, vistosas, que estrenaban ese día su tenida primaveral, iban como él hacia algún festejo patriótico en gentil

procesión de hermosura, de promesas o de gracias.

Cuando llegó al Plaza, encontró a Echaurren indignadísimo en contra de Vial, el Encargado de Negocios, que no respondiera a un suelto publicado el día antes por el *New York Herald* y en el cual un conocido financista de Wall Street incitaba al Gobierno a concluir luego con esa «caldera de revoluciones» de Méjico, anexando, de una vez por todas, ese y los demás territorios del sur, indispensables al desarrollo expansivo de las industrias y del comercio americanos.

—En esos «demás territorios» estamos también nosotros, a juicio de la inmensa mayoría de yanquis ignorantes que no distinguen entre un país y otro de Sud-América, creyéndolos provincias de una gran República como sus estados lo son de *United States*—decía Echaurren iracundo—y Vial debió aprovechar esta emergencia para dar una lección de geografía, siquiera, a estos tragaleguas. Pero nuestro Encargado de Negocios no atiende más que a los suyos... .

Y se desencadenó en denuestos y palabras

gruesas en contra de la ineptia y la corrupción del Gobierno que enviaba de representantes, en ciudad de tamaño importancia como Nueva York, a tipos sin otros méritos que sus múltiples influencias.

Carlos le escuchaba como siempre, entre admirado y complacido. Le hacía bien el roce de un temperamento en que vibraban con tanta vehemencia las tradiciones del país.

Porque Alfredo Echaurren latía sólo bajo tres impulsos: primero, por el terruño; segundo, por la hermana Alicia, espejo a su parecer de todas las virtudes femeninas; y finalmente, pero no con menos intensidad, por las mujeres hermosas...

En su cartera guardaba siempre recortes de periódicos que, por uno u otro motivo, elogiaban a Chile; casi semanalmente recorría las librerías en busca de impresos nuevos que se relacionaran con él; se excitaba hasta la indignación cuando alguien no sabía o simulaba ignorar que los chilenos forman la raza de más recia idiosincracia en Sud-América, y al mismo tiempo—por una transición curiosísima—en cuanto una bella mujer aparecía en

el paisaje, se olvidaba de sus discusiones, de sus recortes y de sus libros, para entregarse, entusiasmado, a la idea de que él era irresistible.

Así fué cómo, después de agotar sus improperios en contra de Vial, a su ingenuo parecer el único culpable del desconocimiento que se tenía de Chile en Nueva York, principió a contar a su amigo sus últimos escarceos infructuosos con Agnes y algunas otras aventuras en que él había tomado la revancha.

Un lacayo apareció en la puerta. Sobre una bandejilla de plata entregó a Echaurren dos tarjetas.

—Roberto Cruz y Zoilo Castro—leyó en voz alta.—No sabía que Roberto estuviera aun en los Estados Unidos.

Eran dos muchachos caririentes. Rubio uno, de rostro ancho, ojos vivaces, hombros firmes y tórax robusto; el segundo enteco, magro, de ojos velados por unos lentes gruesos, montados en oro.

—¿Cómo estás, Roberto? ¿Tú por aquí?—saludó Alfredo al mayor de ellos.

—Sí, pues, hombre. Ví por azar tu aristo-

crático nombre en el diario, como huésped del *Plaza* y aquí me tienes, venido desde Pennsylvania a admirar tus lindas patillas.

Sonreía sin malicia, mostrando una fila de dientes blancos y apretados, en un semblante de chiquillo regalón.

Se hicieron las presentaciones.

Castro, hijo del diputado demócrata Bautista Castro, se inclinó con afectada distinción, mientras Roberto estrechaba campechanamente la mano de Carlos.

—Zoilo y yo, aprovechando estos días de Semana Santa, nos lanzamos ayer a Nueva York a olvidarnos de las matemáticas puras.

—¡Yo te hacía en Chile! ¿De modo que aun no te has recibido?

—No, pues, Alfredo. Aquí... *¡es saladito!* En la Escuela de ingeniería de Pennsylvania no se recibe nadie sin saber la materia...

—Y te habrán *rajado* de vez en cuando...

—¡Qué quieres! ¡Las muchachas! Hay muchachas preciosas cerca del *campus* ¿no es cierto, Zoilo?

—¡Hechiceras!—respondió el otro con una expresión de beatitud inmensa.

—Había oído su nombre, dijo Alfredo al último interpelado, ¿Ud. vivió aquí el año anterior?

—Sí, estuve en Columbia, pero perdí mi tiempo. No había nada nuevo para mí allí.

—¿Cuál era su especialidad?

—Petrografía.

—¿Y por qué petrografía?

—Porque era el curso más corto. Al fin de un año me darían el título de profesor y con él me iba a Chile a enseñar en la Universidad, con un sueldo de por vida.

—¿Y se recibió?

—Nó. Algunas empresas de gran importancia tomaron mi tiempo...

—No seas farsante, hombre,—interrumpió alegremente el otro mozo.—Dí que no sabías inglés bastante para dar el examen...

—Déjate de bromas, Roberto, repuso Castro seriamente amoscado.

—¿Un cigarro?—ofreció Alfredo, pasando su petaca de ricos habanos.

—Julian Smith me había hablado de Ud.—añadió Carlos.

—¿Smith?—repuso vagamente, como si no

le recordase—¡Ah!... un muchacho pobre que asiste a los cursos nocturnos.

—Un excelente sujeto—contestó con vivacidad Solar.

—¿Ud. es amigo de él?

—Nos vemos a menudo y el hecho sólo de que trabaje duramente en el día para costear sus cursos universitarios, lo eleva en mi estima.

Castro quedó silencioso, vacilante. Su compañero le observaba sonriendo...

—¡Preguntarle a Castro por algún Smith!—Lo miraba entre cariñosa y burlonamente.—¡Pero si este no conoce más que a la aristocracia!

—¡Qué impertinente eres!—replicó el aludido, con una voz que no sabía si ser enojada o cariñosa.

Para desviar la conversación, Carlos interrogó.

—¿A qué se dedica ahora, señor Castro?

—Asisto a algunos cursos especiales de la Universidad de Pennsylvania en donde he tenido la desgracia de conocer a este Barrabás—señalaba a Roberto—y en donde inicio algunas empresas de minería. Quiero organizar

una gran sociedad anónima con capitales yanquis para la explotación de los antiguos minerales de Chañarcillo.

—¿Los conoce Ud. personalmente?

—¡Oh! ¡muy bien!

Sentado un poco oblicuamente a Castro, Roberto hacía señas desesperadas para que no le creyesen.

Como Carlos y Alfredo sonreían, el ingeniero-empresario supuso lo que pasaba y miró sorprendidamente a su amigo.

Este disparó con una carcajada y en el tono más cariñoso del mundo le dijo:

—¡Te he repetido, Zoilo, que no voy a dejarte mentir! ¡Y tú no me lo crees! ¿Saben señores, lo que hace éste, mi colega de pensiones fiscales? Se pasea, se da buen tono, va contando a todo el que puede creerle sus grandes empresas comerciales, asiste a clase tarde mal y nunca, pero aprovecha a diario de los clubs de la universidad; le hace en mi compañía la corte a todas las muchachas y cuando recibimos la pensión, nos damos juntos una arrancadita a la gran ciudad. En el fondo, aña-

dió, un buen muchacho. Les recomiendo su excelente corazón.

Todos rieron, excepto el señor Castro, que no terminaba de decidirse por la *pose* que debía afectar.

—Eres insoportable, Roberto—concluyó por decir.

—En vez de lanzarme esos piropos, debías dar buenas razones para excusar tu conducta y la de tu servidor, siguió Roberto. Dí que con el famoso sistema de becas que tenemos, en Enero y Febrero, que es cuando aquí se debe estudiar más, estamos con el alma en un hilo: que si nos seguirán manteniendo, que si nos cortarán los víveres, que si se sublevarán los Señorías y no darán pensión a nadie, etc. Y en vez de estudiar, uno se lleva inventando recursos para satisfacer a la patrona, al sastre y a la lavandera, cuando no se dice: ¿para qué afanarse tanto, si no he de alcanzar a rendir exámenes? o ¿para qué estudio si llegando a Chile no sabrán que hacerse con uno? Eso debías decir y no insultarme.

Después, dirigiéndose a Carlos:

—¿Es Ud. pensionado?

—Gracias a Dios, nó.

—Hace bien en agradecersele, porque se necesita tener una voluntad muy firme, para no perder los estribos, no digo con las tentaciones, porque estas se encuentran en todas partes—¿no es cierto, Zoilo?—sino para tener tranquilidad y entereza de ánimo en el estudio, a despecho de nuestro sistema de pensiones, parecido al viejo método de aprender a nadar. Le echan a uno al agua que no ha visto nunca, y allá se las componga.

En ese momento llegaba Alicia; su figura frágil y delicada estaba envuelta en un traje gris de media estación y de toda ella se desprendía un aliento perfumado. Saludó a Carlos con aire afable y cariñoso. Se mostró muy agradablemente sorprendida de encontrar a Roberto Cruz, su amigo de la infancia, como decía, y después que su hermano le presentó al joven Castro, tomó asiento entre ellos. Preguntó naturalmente cómo habían sabido su paradero y desde cuándo estaban en la ciudad.

—Esta es la ventaja de las colonias pequeñas—decía ella después de unos cuantos vaivenes de la charla—como en Nueva York somos

muy pocos, todos los chilenos sentimos la necesidad de unirnos y de vernos. A pesar de lo que dice mi hermano, a mí me gusta más vivir aquí que en París, por ejemplo. Hay allí una colonia tan numerosa que naturalmente se forman círculos, rencillas, partidos, y en medio de la colonia se hace la misma vida de chismes y de enredos que en Santiago.

Entre tanto, Castro no apartaba de la joven sus ojos miopes: la contemplaba como embozado y desde que ella viniera a hacerles compañía, no articuló palabra.

Roberto siguió hablando, mitad en serio, mitad en broma; ya contaba aventuras universitarias, ya chascarrillos ingleses que él hacía más estúpidos y que Alicia celebraba con su risa vibradora y juvenil.

Se despidieron, prometiendo dejar a menudo las aulas para venir a presentarles sus homenajes.

—¡Qué muchachos!—exclamó tristemente Carlos, cuando los dos salieron.

XIV

Esa mañana, Echaurren había amanecido mal humorado y como si este menudo detalle bastara para atraerle toda suerte de malandanzas, perdió una cita de negocios a las diez de la mañana, porque el automóvil que le conducía atropelló a un vehículo mercenario; sus ostras favoritas le supieron a añejas en el almuerzo; después de medio día, Alicia se fué de compras y le dejó solo, y a las tres de la tarde una dama del gran mundo a quien había de encontrar en Wanamaker's no pareció por parte alguna. A las cuatro, aburridísimo, sin hallar otra cosa mejor que hacer, telefoneó a Agnes, preguntándole si podía recibirle.

—Antes de las cinco, imposible—fué la respuesta.

¿Qué tendrá que hacer? ¡Siempre sus misterios!

Mujerilla melindrosa y coqueta—rabiaba dentro de sí Echaurren, mesándose las patillas—insensible, calculadora, fría. ¡Cuánto más simpáticas son las latinas! Estas yanquis deben tener un pedazo de metal al lado izquierdo. Pero si Agnes cree que con sus artimañas y sus pretensiones de impasibilidad me va a conmovér, se equivoca de todo en todo.

Se dirigió al Central Park con intención de atravesarlo a pie y salir a la calle 117 después de pasear un rato bajo los árboles que orillean los mullidos prados.

El parque era un inmenso jardín de niños. Los había de todos los tamaños, desde el bebé rubicundo, hasta el hombrecito que diestramente volteaba las pelotas con su guante de *base-ball*; los había de todas las condiciones: desde el rapaz mal cubierto por su mame-luco de percal, hasta la linda chiquilla ataviada con sedas y randas de subidos precios; los había de todas las razas: orientales, alemanes,

turcos, chinos, italianos. A millares también, piaban las avecillas y venían hasta los prados y los senderos a recibir el alimento en las manos de las creaturas.

Miraban la idílica escena las ardillas de ojos vivaces y de enroscada cola y, celosas de la supremacía de las aves, venciendo su propia timidez, allegábanse también hasta los rapazuelos en busca de las nueces y del maní acostumbrado; huían después, subían por los arbustos con graciosa y picaresca desenvoltura y de un salto pasaban de rama en rama y de árbol en árbol, para volver de nuevo, confiadas y risueñas, a usufructuar con las aves del cariño infantil.

Parte del enfado de Echaurren se disipó en el ambiente de primavera dulzura que exhalaba el parque con sus bandadas de niños, a tal punto, que una sonrisa de amable olvido floreció en sus labios cuando el ascensor le llevaba hasta el sexto piso de la hospedería de Mrs. Butler.

Sin golpear, como era la consigna, abrió la puerta entornada. Al frente, Agnes, sentada en el diván, hundida la cabeza entre las manos y

los codos sobre las rodillas, meditaba intensamente. Hecho un solo copo de seda obscurísima, Ruby dormitaba a su lado.

—Buenas tardes, Gema.

Ella se incorporó asustada.

—¿No le dije que no podía recibirle antes de una hora?—fué su saludo.

—Y ya son las cinco.

—¡Ya!

Se adelantaba Echaurren, el sombrero en la mano, dispuesto a estrechar la que ella le tendiese y acaso hasta llevarla a sus labios; pero Gema no hizo el menor movimiento...

Todo el malestar de Echaurren recrudeció.

—¿Y se podrá saber por qué no quiso Ud. recibirme a las cuatro?

Lo miró fija, friamente, antes de contestar:

—¿Quién le ha dado derecho para preguntármelo?

—Ud. misma.

—Sufre Ud. una completa equivocación, querido amigo—repuso con voz en que temblaba la burla.—¿Cree Ud. que porque lo recibo y acepto de tarde en tarde el homenaje de su pasión, le he dado derecho alguno sobre mí?

—¿Pasión? ¿Pero que se ha figurado Ud., Agnes?

En el tono de su habla se acusaba toda la cólera sedimentada en su espíritu a lo largo del día.

—¿No es pasión?—rió ella entonces.—¿Prefiere Ud. llamarla de otro modo? No tengo inconveniente. ¿Cómo le vamos a llamar, Alfredo?

En vez de responder, Echaurren se levantó del diván y a grandes pasos recorrió el taller. Tenía unos deseos locos de hacerle daño, pero un daño físico, un dolor crudo a esa mujer a quien no sabía subyugar. De improviso, se paró delante de ella y cogiéndole los brazos cerca de los hombros, la atrajo rudamente hacia él.

Agnes en un movimiento agilísimo y rápido, se escabulló. Se había tornado un poco pálida.

—Mr. Echaurren—le dijo—Ud. merecía bien un bofetón y conste que sabría dárselo. Pero créame—añadió con sorna—que sus lindas patillas y su rostro mate me inspiran demasiado respeto para que yo intente descalabrarlos....

Y viendo que él tomaba su sombrero con intenciones de marcharse—¡Alfredo!—lo llamó con voz ligeramente afectuosa.

—No se vaya. Venga a mi lado y disipemos juntos nuestro mal humor.

Se levantó y pasando su brazo bajo el de Echaurren, entre grave y risueña lo obligó a sentarse.

Estaba él mohino todavía, y sin decir palabra. Ella principió de nuevo, picarescamente.

—¿No ha reconocido Ud. que soy una excelente *sport-woman*? Soy jugadora de *basket-ball*, de *tennis* y de *polo*. He hecho un poco de esgrima y un mucho de equitación, pero nada me entusiasma como los deportes en el agua.

—¡Sirena!—dijo Echaurren insidiosamente.

Sin darse por aludida, continuó, esta vez con acento en que palpitaba la verdad.

—¡Nadar! Arrojar desde la altura en una curva elegantísima hasta el fondo del mar y luego salir en ágil y seguro movimiento hasta la superficie; remar, bogar, navegar! Ir a la pesca con los viejos marineros, oír el zumbido de la tempestad que se acerca y can-

tar al son del viento una vieja balada como aquella:

*A wet sheet and a flowing sea,
A wind that follows fast,
And fills the white and rustling sail,
And bends the gallant mast...*

Una riqueza espiritual y física fluye de los deportes—continuó ella.—Haber ganado un campeonato de polo, saber manejar su propio automóvil, su lancha-motor, su yate, dominar todos y cada uno de los propios músculos y tener confianza en que ellos nos sacarán airoso de las más variadas y difíciles circunstancias; ir a la pesca de la ballena en los mares helados, a la caza del ciervo en los bosques de Maine, a la del bisonte y el búfalo donde quiera que se encuentren; he aquí lo que vale la pena de vivir: hacer belleza de la propia vida y hacer belleza de la obra creada; he aquí por qué necesito ser rica, ser rica y libre, sin que nadie domine mis sentimentalismos ni conozca los resquicios de esta armadura que he forjado con mis penas solitarias.

Era la primera vez que la veía dejar su tono zumbón, que sentía un acento de sinceridad en sus palabras. Y desprovista su máscara de la perenne ironía, los ojos arcanos tenían reflejos ardientes, su rostro provocativo, una lumbre de pasión.

Echaurren la miraba sorprendido. En el fondo se sentía también halagado de merecer sus confidencias, pero no olvidando su mal humor, se resistía a mostrarse tan fácilmente vencido.

—No simule Ud. un enfado que no siente, Alfredo—dijo ella. Si Ud. sonrie, así, un poquito y echa el mal humor por la ventana abajo, le prometo portarme a la altura de sus deseos. Me encontrará usted romántica, sentimental, le diré palabras de miel, oiré con una mano puesta en el corazón todos los juramentos de su repertorio y al fin, cuando la palabra sea inexpresiva, incolora e inhábil para expresar la grandeza del momento, yo públicamente entornaré mis ojos. Y si no le basta todo esto, aun podemos colocar a continuación una serie de puntos suspensivos...—terminó con una vibrante carcajada.

Echaurren sintió que toda su ira se levantaba de nuevo y para no cometer otro desaguisado, de un solo movimiento se encasquetó el sombrero y se marchó escalera abajo, asegurándole que nunca más vendría a verla, nunca más!

XV

Sus discusiones con Echaurren no tenían fin. Como la inmensa mayoría de los chilenos, Alfredo no sabía juzgar sino con criterio postizo y francés; el criterio aprendido en los libros y puesto de moda por nuestra indígena sumisión a los oropeles importados. Por ende, no hallando concordancia entre los hechos y las interpretaciones que él concebía, tildaba a la raza americana de hipócrita, a sus hombres de amasa-oro vulgares, a sus mujeres de falsamente melindrosas, cuando nó de libertinas. Un incidente personal, un detalle de perversión acusado por los periódicos, la corrupción política de algún Estado, le servían para basar

teorías generales que presentaba a Carlos con una fuerza que suponía aplastadora. En cambio, de las virtudes del pueblo, de su democracia, de su sed de progreso, de su confianza en el poder de la bondad y en la potencia del ideal, de su hábito de trabajar esforzadamente y hacer la más humilde tarea con la mayor perfección, de su acendrado amor por la patria, al engrandecimiento de la cual todos estaban conscientes de contribuir, Echaurren no quería oír hablar.

Invariablemente, las discusiones terminaban con esta frase:

—¡Hombre! ¡Ud. se está yanquizando!— pronunciada con un tono de amargo reproche, porque Alfredo no comprendía que se pudiese amar a Chile y admirar a otro país. Para él, el patriotismo consistía también en aplastar con la enumeración de sus defectos a todas las demás naciones del orbe.

Meditaba en esto Carlos, apoyado en un pretil del parque de Riverside, cuando una voz, que había llegado a serle familiar, sonó a su lado:

—Buenos días, Mr. Solar.

Eva, dulce y tierna como de costumbre, estaba delante.

—¿Cavilando siempre?

—¿Qué quiere Ud.? Parece que ha sonado el momento de hacerlo por todo lo que antes no lo hiciera, repuso él. Mas, las cavilaciones no me quitan la memoria: hace cerca de media hora que estoy aquí.

—Yo no me he atrasado.

—Nó, fué mi deseo de verla quién se adelantó.

Se ruborizó visiblemente y nada repuso.

—¿Tienen algo semejante a este *Memorial Day* en su país, Mr. Solar?—inquirió ella.

—Nó. Consagramos el 1.º de Noviembre a los difuntos, pero carecemos de una conmemoración especial para «los muertos por la patria». La costumbre de Uds. de celebrar esta fiesta en mitad de la primavera, me parece muy hermosa y significativa.

La muchedumbre que los cercaba hacía se por instantes más compacta; eran gentes en su mayoría burguesas, que llevaban a sus hijos con ellas. Todos lucían banderas estrelladas e insignias patrióticas. Damas y señoras elegan-

tes cruzaban la calzada en coches y automóviles y muchas ocupaban los balcones de las residencias señoriales que limitan la avenida.

No muy lejos, el monumento a los «Soldados y Marineros», con su blanca columnata cubierta de guirnaldas, florecía bajo el sol primaveral.

—¿Me dijo Ud. que Alicia Echaurren vendría?—preguntó la niña.

—Sí, quedamos de encontrarnos aquí.

En efecto, Alicia apareció un instante después, abriéndose paso entre la multitud. Zoilo Castro la acompañaba y tras de ellos, Echaurren conversaba animadamente con Roberto Cruz y un tercer personaje que Carlos no conocía y a quien luego se le presentó como Luis Garrido, de Chillán.

En ese instante pasaban los soldados que el Alcalde de la ciudad iba a revistar. El primero en aparecer fué un regimiento de caballería que, al grupo de chilenos habituados a la corrección automática de nuestro ejército, les pareció una mascarada. Dentro de las filas cada soldado iba como mejor le placía: unos llevaban el chambergo inclinado al lado izquierdo,

otros a la derecha, éste dejaba caer el fiador sobre la cara, aquel llevaba el dormán desabrochado y mostraba un fulgente chaleco color cereza; el de allá conversaba tan animadamente que, de cuando en cuando, al accionar, ponía la mano sobre el hombro de su compañero, el de acullá discutía con el camarada que iba en la fila delantera, varios fumaban pipas, los otros masticaban goma con sus mandíbulas cuadradas a fuerza de ejercicio.

—¡Qué ejército tan distinguido tienen Uds! ¿Piensan con él conquistar el mundo, Miss Wright?—era Echaurren el que hablaba con mal disimulado desdén.

—No necesitamos de ejército para conquistarlo—repuso ella en son de broma.

Seguía el desfile. Esta vez era un grupo de veteranos vestidos con sus viejos uniformes de la guerra separatista, el pecho cubierto de medallas. Portaban los estandartes descoloridos, perforados por el plomo y manchados por sangre de héroes. A su paso, los hombres se descubrían, las madres inducían a sus pequeños a agitar los tricolores y las damas mundanas de

los balcones les arrojaban las flores olorosas y frescas de la estación.

Los soldados desfilantes eran pocos; en cambio, el número de escuelas, colegios, sociedades y agrupaciones que marchaban, sonoros los clarines, a depositar coronas y guirnaldas en la tumba de Grant o en las estatuas de Washington, de Lincoln y demás héroes nacionales, no tenía fin.

—Antaño asistía más gente a estas fiestas,—observaba Eva a su amiga.

Echaurren, atento, no dejó perder la ocasión.

—¿Ha decaído el patriotismo, entonces?—demandó.

—No me parece, señor Echaurren. El patriotismo puede manifestarse en muchas formas. Y esta de paradas y procesiones a los héroes es una expresión que conviene a las naciones militarizadas, cuyo dominio se basa en la fuerza de las armas antes que en la potencia de la industria, en la capacidad de trabajo, en la fe en los propios destinos. Los hijos de estas otras naciones expresamos nuestra afección en términos diferentes. ¿No cree Ud. que tengo razón, señor Solar?

Alzaba los ojos a la alta figura del muchacho como buscando una protección. Carlos sabía que a ella le repugnaba argüir en público, que no tenía fe en las discusiones, cierta de que para convencer a una persona, el ejemplo y la educación lenta de las ideas, es lo único fructífero.

—¡Ah!—dijo Echaurren, antes que su amigo tuviera tiempo de responder—con el modo con que Ud. pide auxilio, hasta yo sería capaz de encontrarle razón.

Rieron todos.

Alicia rogaba a Eva que les acompañase a almorzar.

—Para mí sería un verdadero placer, pero tengo que estar a las doce en la estación.

—¿Para qué?—preguntó Alicia, admirada.

—Para recibir a los hijos de los huelguistas de Smithfield. La huelga ha durado ya seis meses y las verdaderas víctimas son los niños. Sus padres pidieron a las Colonias Universitarias que los acogiéramos, mientras se dilucidaban las dificultades con las grandes compañías y hoy nos llegan tres mil.

—¿Y hay hogares para todos?—inquirió la

niña, que sentía su alma de mujer apenada por la desgracia ajena.

—Sí; les hemos encontrado. Solamente los obreros de la Singer Company han ofrecido albergue para ochocientos. Nunca se pide en balde para los niños—concluyó suavemente.

La dejaron irse. Atravesó la avenida para desembocar en una de las calles y dirigirse a Broadway. Los ojos de Carlos la siguieron, siguieron las líneas de su cuerpo gentil y el movimiento elegante de su andar y aun después que desapareció entre las macizas construcciones, Carlos la seguía todavía con el pensamiento en su obra redentora profesada con fe en la labor personal de corazón a corazón, como ella había dicho alguna vez. ¡Si pudiera él tener algún día la fe, la certeza de que era útil a su país!

Entre tanto, Zoilo Castro cortejaba decididamente a Alicia. De sus ojos miopes emergía una mirada bovina que trataba en vano de ser sentimental, y de su labia fácil, una serie interminable de palabras que hacían reír encantadoramente a la joven.

—¿Se acostumbra Ud. a vivir tanto tiempo

fuera de su país?—demandó Carlos, después de un corto diálogo con Garrido, creyendo que todos los chilenos en Yankilandia padecían sus mismas inquietudes.

—¿A qué no se acostumbra uno, pues, hombre? Me habitué a barrer la nieve de las calles en un invierno que me encontró sin Cristo, y no voy a aceptar ahora mi situación!

—Mira, truhán—decía Echaurren a Roberto Cruz—tú me vas a ayudar en una empresa. Quiero que para el 18 de Septiembre nos reunamos todos los chilenos de Nueva York en un banquete. ¿Qué le parece, Carlos?

—Muy bien.

—Y tú, Roberto, invita desde luego a todo chileno con quien topes. ¡La casta no importa! ¡Por algo estamos en la tierra de la democracia!

—¡Espléndido! Nos divertiremos en grande.

Eran ya cerca de las doce. Los muchachos se despidieron y los dos amigos, escoltando a Alicia, se encaminaron al «Plaza».

Mientras la niña observaba la minuta que el mayordomo mismo le pasara con todo acatamiento, Carlos preguntó:

—¿Quién es ese Garrido, compañero?

—No sé otra cosa que lo que él mismo me refirió. Enviado por el Gobierno a estudiar matemáticas, el Año Nuevo lo encontró sin pensión; se la habían negado por que sí, por la misma razón porque antes se la concedieran. Pidió el dinero para regresar y en lugar de hacerlo, se quedó aquí, según parece, atado por un férvido enamoramiento que se resolvió en nada.

Concluído el dinero, principió la odisea para encontrar trabajo. Como buen pensionado, no sabía el inglés sino a medias y era inútil, por lo tanto, buscar empleo de oficina. Con mucha gracia, refiere que cuando no tenía un centavo se encontró con un alemán que quería editar un periódico en inglés, y naturalmente, él se ofreció como el hombre indispensable. ¡Imagínese, Carlos, qué hoja resultaría aquella y qué de artimañas no usaría Garrido para que el alemán no se percatase de su ignorancia! Pero fué inútil. Un maldito suscriptor se presentó ante el alemán con el periódico subrayado de rojo en cada falta de ortografía y en cada construcción vizcaína!

¡Y toda la página era una sola línea larga, de un granate subidísimo! Como dijo denantes, descendió tanto, que para no morir de hambre hubo de barrer la nieve de las calles. Pero entre tamaña miseria aprendió inglés y cuando ya lo supo para hablarlo y escribirlo correctamente, empezó por mozo de recados en una oficina comercial. El tipo no tiene un pelo de tonto: se hizo notar; lo ascendieron, ya que es política de estos yanquis impedir que una inteligencia se pierda: valorizan las ideas como las más preciada de las mercancías. Oficinista, riñó con medio mundo, dijo unas cuantas claridades al segundo jefe, razón por la cual el primero comprendió que, además de inteligente, era osado y atrevido, cualidades necesarias a un hombre de empresa. Hoy lo tiene Ud. de secretario-general de la Compañía.

—No me explico por qué no regresa al país, entonces—interpuso Alicia dulcemente.

—¡Qué inocente eres, hermana! Porque le ha sabido bien el oro y aspira ganar millones. A éste ahora le importa más su bolsillo que su patria.

—Y es probable que en Chile le negasen las oportunidades que aquí se le prodigan—concluyó Carlos.

—De buscarlas, las encontraría—arguyó inmediatamente Alfredo.—Pero no las podría aprovechar con igual tranquilidad, porque allá nuestro mundo es tan chiquito, que cualquiera que intenta elevarse, arroja sombra a los demás y se le hostiliza, se le dificulta e intercepta al paso hasta que, o triunfa de todos, o queda vencido y acaso muerto en el camino.

—¡Y después nos quejamos del déficit de hombres!—murmuró Carlos, mientras el mozo escanciaba el generoso Borgoña.

Se aprestaba a rebatir Echaurren, cuando Alicia, adivinando que iban a engolfarse en una discusión estéril, interpuso:

—¡Qué preciosa estaba Eva! ¡Cada día me gusta más!

—No le hables mucho a Solar de esa gringuita, Alicia—apuntó el hermano.

—¿Por qué nó?

—¡Ah! porque corre peligro de enamorarse de ella y la novia de Chile se moriría de dolor.

—No la tengo, Echaurren, y en segundo lu-

gar ¿ha visto Ud. que alguien se enamore de una amiga?

—Todo es posible en este endiablado país—suspiró Alfredo, pasando su mano bien cuidada por las patillas y recordando a Agnes, de los ojos arcanos.

—No haga caso a Alfredo—arguyó la joven. Son bromas que él mismo no cree.

—¡Ah!—dijo el aludido.—Lo que creo es que Castro te corteja indignamente.

—Verdad—sonrió Carlos—yo también lo observé.

—¿Crees tú que no soy ambiciosa y presumida, entonces? ¡Tu hermanita aguarda algo mejor!

—Bien por Alicia,—dijo Carlos, levantando su copa.—¡Por aquel que vendrá!

—Que no demore mucho, no más,—comentó ella,—sonrojándose de su audacia.

Y llevó el Borgoña a sus labios delicados.

El almuerzo, amenizado por la charla de los tres, fué un paréntesis alegre en medio de las inquietudes de Carlos. Al regresar a su casa, con el corazón liviano y la mente reposada, veía desde el tren suspendido desarrollarse la

ciudad como la cinta de un cinematógrafo: los grandes, los inmensos, los descomunales avisos, los muros enhiestos, las calles encajonadas, las filas de ventanas uniformes, cuadradas, simétricas, y junto con las visiones materiales, colocaba la de una muchachita de líneas purísimas y de andar elegante que se perdía entre las calles para ir a iluminar con su fe la sombra de los tugurios.

XVI

Después de largos días, Juan Blanco regresó a la Ciudad Alta, con alegre talante y no escasa satisfacción de haber salido airoso en la empresa que Carlos le encomendara. La misma noche de su entrada en Nueva York se dirigió al número 514 de la calle 117 y, punto por punto, refirió sus aventuras, las cuales fueron estimadas por el joven en tal forma, que inmediatamente telefoneó a Eva pidiéndola verla al día siguiente. Convinieron en que Carlos iría a la Colonia Universitaria a las dos de tarde.

Era un día enervante de principios de Junio. Sobre la urbe entera pesaba una atmós-

fera caliente en que el aire perdía su natural sutileza, para convertirse en un fluido caliginoso que entorpecía los músculos y desasosegaba el espíritu.

Ya en la parte baja de la ciudad, Carlos se dirigió al *East End*, en medio del cual, como faro en el islote de un océano proceloso, está construída la Colonia Universitaria.

Es un barrio de callejuelas estrechísimas, de casas sórdidas, con balcones de hierro en los cuales tremolan toda clase de prendas puestas a secar. Al ras del suelo se abren covachas heteróclitas en que inmigrantes, oriundos de los más apartados rincones del orbe, venden toda suerte de mercancías: ropa usada, hierro viejo, legumbres, pan ácimo, utensilios de cocina, muebles de ocasión, pescado mal oliente. Sobre los vidrios de las vitrinas, empañados por una costra espesa de polvo y mugre, se leen caracteres hebraicos, rusos, arábigos, chinos. De cuando en cuando, una cueva más negra que las otras abre una puerta medio cegada por la acera, y del fondo obscuro se adelantan hombres de caras asesinas, muchachas de ojeras cárdenas y labios pintarrajeados.

Un hedor acre, nauseabundo, se esparce entre la muchedumbre que fluye cubriendo con su pringue y su miseria la carretera en que van a mezclarse para formar una humanidad nueva, los detritus de todas las naciones decrepitas.

¡Qué heroísmo se necesita—pensaba Carlos—para vivir en esta atmósfera viscosa y pestilente!

Desde lejos, columbró la casa cuyos muros tapizaba la yedra y en que tiestos de flores alegraban los balcones.

Desde el vestíbulo mismo el ambiente cambiaba. La fragancia de las rosas, la nítida brillantez de los pisos, las voces infantiles que se alzaban allá adentro, sugerían un mundo diferente, explicaban bien el nombre de la obra: una colonia de paz, de amor, de bondad, de civilización, erigida en medio de la impureza y de la barbarie.

Le hicieron pasar a una sala grande, alumbrada por amplios ventanales cuyo cuadro de luz tamizaban los visillos claros. Un piano modesto ocupaba un ángulo; en el otro, una mesa redonda sustentaba la jardinera de porcelana,

rebosante de clarines multicolores; otras flores enderezaban su corola en vasos sencillos, colocados sobre dos estantes bajos cercanos a la puerta. Un ancho zócalo de madera oscura cubría el emplazamiento de los muros y formaba un mismo cuerpo con una banqueta de igual color y material, que circundaba la habitación. Aquí y allá, los cojines hospitalarios ofrecían su regazo. Sobre el zócalo, bellas copias de cuadros clásicos contrastaban con la blancura de la pared. En el piso reluciente, una alfombra tejida a mano y sobre ella, mecedoras de mimbre y sillones amplios.

Eva entró. Nunca le había visto más bella que ahora en su traje de casa, descubierta su cabeza pequeña, al aire sus cabellos de un rubio ardiente. Los ojos luminosos se abrían con una gracia infantil y sus manos largas y pálidas en que titilaban los reflejos misteriosos de la amatista, ungían de gracia todos sus ademanes.

Carlos no sabía cómo principiar. Habló del barrio que atravesara, preguntó detalles de la Colonia, retardando el momento en que debía confesar el motivo de su visita.

Comprendiendo su estado de ánimo, Eva le interrogó:

—¿Ud. tenía que comunicarme alguna noticia?

—En efecto—repuso el joven.—Sólo que ahora no sé cómo la va a recibir Ud. y hasta me pregunto si he hecho bien en venir a referírsela.

—¿Es algo desagradable?—preguntó, con ligero temblor.

—Sí.—Permaneció callado un momento y luego, como si recobrara de una vez toda su natural entereza, dijo:

—Yo no sé, Miss Wright, si me he inmiscuído en un asunto suyo en el cual yo no debí entrar. Le ruego que me excuse, si es así. Yo la siento a Ud. tan mi amiga, Ud. me ha prodigado tantos consuelos espirituales con sus palabras de aliento, que yo me creí en deuda de gratitud con Ud. y, para satisfacerla en parte, se me ocurrió, a raíz de nuestra conversación en la hospedería, hacer por mi cuenta las indagaciones a propósito de Mr. John Hart.

Sentada frente a él, ella le escuchaba reco-

gida. Al oír el nombre de John Hart sus párpados se alzaron y con precipitación inusitada, demandó:

—¿Y ha logrado Ud. saber algo? Las averiguaciones que nosotras hemos hecho no han tenido resultado.

—Sí—repuso él con voz grave.—Desgraciadamente, los informes no son buenos.

Por el vestíbulo, una porción de rapazuelos cruzó parloteando. Alguno de ellos, se atrevió a mirar hacia el salón y divisando a Eva la saludó, echando al aire su boina.

Carlos refirió quién era Juan Blanco y cómo le había comisionado para dirigirse a Carolina del Sur, a donde había ido con su chiquitina Carmen, llevándola más por instinto que por creerla, entonces, necesaria a sus pesquisas. Juan Blanco antes de salir de Nueva York, preguntando aquí, sonsacando allá, había llegado a saber que John Hart tenía su factoría en Newville y allí se marchó. Pero en la ciudad nadie sabía donde estaba la fábrica. Para todos, el nombre del millonario era conocido, pues su influencia política en la ciudad y en el estado era todopoderosa. A su amaño

se hacían y deshacían impuestos, se forjaban leyes, se elegían a los magistrados. Era el *boss*, el cacique omnipotente. En Newville no existía más que una sola e inmensa factoría de algodón que los vecinos llamaban por sus condiciones insalubres e inhumanas el «Pozo Negro». Ella acaparaba el algodón del estado desde que arruinó con su competencia a la pequeña industria.

—¿Su propietario? —interrogó inmediatamente Eva.

—Un tal Teddy Saxton, hombre de pésimos antecedentes.

—¡Ah!—respiró la niña.

—Aguarde Ud.—Juan Blanco, guiado por su instinto y su experiencia aventurera, trató de colocar a su Carmen, que apenas cuenta nueve años, de operaria en la fábrica. Sabía que dar trabajo a su chiquitina era ilegal; pero eso mismo le determinó a solicitarlo, presentándose en calidad de inmigrante. Se les hizo ir donde un empleado superior y éste le fabricó incontinenti un «permiso del alcalde» para trabajar «por encontrarse su familia en la indigencia».

Carlos lo extrajo de su cartera y lo entregó a Eva que escuchaba el relato dolorosamente sorprendida.

—Entre tanto, Juan Blanco siguió los pasos de Teddy Saxton. Lo conoció en un bar y desde entonces se declaró su entusiasta admirador. Jugaron *poker* juntos y se dejó ganar; bebieron *whisky and soda* en compañía y antes de un mes Juan supo dar tales pruebas de adhesión que logró oír de los mismos labios de Teddy, que John Hart era su patrón, que suya era la gran fábrica en que Carmen empalidecía y se extenuaba en medio de una atmósfera herméticamente cerrada para evitar que las corrientes de aire confundiesen los blancos copos ya separados, y en que millares de niños inmigrantes morían anualmente por falta de luz y de aire puro. Suyo era el fatídico «Pozo Negro» y suyas las influencias necesarias para falsificar certificados y contravenir las leyes.

—¿Es posible?—murmuró Eva.—¿No habrá alguna equivocación?

—Juan Blanco no sabía del donativo de John Hart—repuso Carlos.—Teddy Saxton le

refirió que para probar en caso necesario una coartada, el hombre de quien él era el brazo derecho, iba a ofrecer una cuantiosa ofrenda a una de las Colonias Universitarias de Nueva York.

—Juan—prosiguió el mozo—puede darle a Ud. más detalles. Si Ud. gusta, le diré que venga.

—Sí. Me haría Ud. un servicio. Y dígame que traiga a su Carmen ¡pobrecita!

Hubo un momento de silencio en que cada cual siguió el hilo de sus propias meditaciones. Desde el interior llegaban los dulces sonos de las voces infantiles que entonaban un himno litúrgico.

—Es doloroso convencerse de la maldad ajena—pronunció, al fin, la niña—porque ella nos quita una ilusión y nos deja, por lo tanto, más desarmados ante los ataques del egoísmo.

Un chiquitín moreno, de ojos pardos y cabellera turbulenta entró a la sala. Se dirigió a Eva.

—Madre quiere verte.—Y bajando la voz añadió, como si cometiera una infidencia:—Te

va a regalar unas flores muy lindas, porque me cuidaste cuando estuve enfermo.

Se le acercaba hasta tocar con sus risillos el rostro de Eva que se había inclinado a besarlo.

—En la huella de cada dolor florece una esperanza—murmuró ella, cuando el rapaz hubo partido.—Pero hay ocasiones en que no sabemos encontrarla.

Carlos sentía su corazón entristecido por una angustia sin causa. Por un momento, imaginó que hubiera sido mejor no haber enviado a Blanco, ni haber sabido nada de ese John Hart desconocido. Luego reaccionaba y comprendía que descubrir la verdad, por dolorosa que sea, constituye una seguridad para el porvenir. ¡No tener, como Eva, el optimismo, la confianza serena y reposada en el ideal! ¡Qué bella estaba en su traje blanco y cuán linda aparecía con su rostro de niña sufridora! Y, sin embargo, Carlos estaba triste, triste sin saber por qué.

XVII

Tom, Jack, Dick y Bob han enmudecido: nada de cantos, ni de farándulas, ni de tertulias. Llegó el fin del año escolar con su cortejo de preocupaciones y allí están todos, casi olvidados de sus ensueños, en medio de la brega dificultosa de la realidad.

De los estudiantes hay algunos, como Dick y Tom que, siendo *Seniors*, se aprestan para recibir el diploma de Bachiller, cuya significación está realzada ante sus ojos por el ceremonial complicado y legendario con que se la reviste: fiesta solemne, procesiones colegiales, banquetes, en que se lucirá por primera y acaso por única vez, el birrete y la hopalanda me-

dioevales. De los otros, aquellos que deben presentarse a pruebas orales o escritas, se desazonan, trasmitiendo a veces sus inquietudes a los alumnos superiores, entre los que se cuenta Carlos, y que a no ser por esta solidaridad nacida de la simpatía, vieran acercarse el término de la jornada con grata placidez, sabiendo que su nota final depende del éxito que ya le han asegurado sus investigaciones y memorias del transcurso del año.

Según iban desapareciendo las inquietudes de los exámenes, retornaban con mayor luz las esperanzas cifradas en las vacaciones: quien iría a Francia a cumplir un sueño querido; quien, a los lagos de Canadá a conocer de cerca la vida de los indígenas; quien asentaría de operario en una fábrica; quien, como Edna Green, estaba ya contratada para dirigir los dibujos de un gran telar. El profesor Ferguson que, amén de su cátedra, ocupaba el sitio de Presidente de la Kentucky Copper Limited, ofreció el último día de clase un puesto de ensayista a su discípulo.

—Ud. reemplazará a diversos ingenieros, a medida que vayan saliendo a vacaciones; cono-

cerá la vida de fábrica, Mr. Solar, y yo espero que continúe tratando de hallar el procedimiento electrolítico que nos hace falta para explotar ventajosamente los minerales cupríferos de ley mínima.

Carlos aceptó.

La comida de ese Sábado fué turbulenta; entre plato y plato se llegaba hasta organizar coros:

*Everybody is doing it,
doing it...*

Las muchachas que no cantaban seguían la cadencia de la copla con los brazos doblados en ángulo recto, agitándolos al mismo tiempo que los hombros y el busto, movimiento muy peculiar de los americanos y que da la sensación de que todo el cuerpo sigue el compas de la bullanguera música.

—Una idea, *ladies and gentlemen*—gritó de improviso el sonoro Jack—vamos mañana Domingo a Glenwood a celebrar con un pic-nic el retorno a la libertad.

—¡Bravo! ¡bravo! dijeron algunos.

—¿No se adhiere todo el mundo? ¿Nó? Son 50 centavos no más, billete de ida y vuelta: 50 centavos! La honorable Mrs. Butler nos proveerá de un pisco y los gastos, de acuerdo con nuestros bolsillos, quedarán reducidos al mínimun. El que se adhiera lance incontinenti un: ¡hurra!

Un solo grito, capaz de desenterrar a un difunto, estremeció el refectorio.

—¿Y Ud., Mr. Solar, por qué no acepta?

—Estoy comprometido a acompañar a una amiga mañana temprano, en una visita a los barrios chinos.

—Pero hay teléfonos en Nueva York, Mr. Solar. Llame a su amiga e invítela en nombre de todos a que vaya con nosotros a Glenwood —insinuó Edna que supuso de quién se trataba.

—¡Que se adhiera! —gritaron todos.

—Muy bien, trataré de hacerlo.

—De modo, Mrs. Butler —prosiguieron los estudiantes — que mañana Ud. nos da un succulento desayuno y prepara para cada cual un paquete de manjares exquisitos...

*
* *

Blanco y brillante el casco, de un rojo alegre la chimenea, los mástiles floridos con innumerables gallardetes de todos colores y dimensiones, el barco avanza lentamente; se contornea un poco, gira sobre sí y presenta el costado de babor al muelle lleno de ruidos y de impaciencia.

Tienden una pasarela y la corriente humana se precipita, ansiosa de tomar el sitio más cómodo en la cubierta. Presagia el sol la intensidad del verano. Un vientecillo cargado de tibia humedad acaricia los cabellos rizados de las muchachas y va después a contarle quién sabe qué historias misteriosas a la bandera estrellada que se agita en el palo mayor.

Dick abre la marcha, llevando del brazo a Edna Green, y tras de ellos viene Gladys Snow, otra compañera de pupilaje, locuaz y jocunda, acompañada del bueno de Tom, alto, descoyuntado, que anda mal porque le sobran piernas, al parecer, y no sabe qué hacerse de sus brazos interminables. Y junto a la figura erecta de

Solar va la de Eva, infantil y femenina a la vez. La vanguardia la componen Jack y Bob, llevando en medio al apático Mr. Graham, que tampoco ha rehusado ser de la compañía.

Se instalan sobre el puente lleno de excursionistas alegres por la gloria de la mañana y por la visión de un día pasado lejos de los rasca-cielos, de las calles áridas, del afán traginante de la semana. Son muchos, hay familias burguesas que van con sus hijos, hay ancianos metódicos que no dejan escapar el domingo sin ir al campo a hacer la hebdomedaria provisión de oxígeno; más, lo que abunda es el elemento joven: muchachas y mozos. Estos son estudiantes; los otros, oficinistas; aquellos, lobeznos de Wall Street; los de más allá elegantes de la Quinta Avenida empeñosos de olvidar las rigideces aristócratas—las muchachas que les acompañan son de su casta y se ve bien que miran el barco como su yate particular; los del extremo de popa son humildes horteras de Wanamaker o de Gimbel: juventud nivelada por su ánsia natural de alegría, de campo verde y aire libre!

Una murga con pretensiones de orquesta

deja oír las melodías de los inevitables *Kiss me, Mme. Cherry* y todas los vales populares de la estación. El vapor ha zarpado. La ciudad parece retroceder, alejarse, para volver a aparecer más cerca, detrás de un recodo del río. A ambos lados las calladas usinas miran pasar los barcos engalanados; altísimos castillos de madera, toneladas de carbón, montones inmensos de legumbres esperan rezagados. Una isla y otra y otra. Se dijeran jardines o parques flotantes: son sanatorios, cárceles modelos, casas de corrección, escuelas de anormales.

Y entre las islas y las riberas selváticas, una flota bulliciosa y movediza de barcos de recreo, de yates, de botes automóviles cruzando las ondas con la rapidez de un torpedo, de pontones balanceantes, de orcas ventrudas, de balandras ligeras, de canoas, de cargadas balsas. Los pitazos de las sirenas mezclados en la diafanidad de la mañana, despiertan la atención de los pilotos, se apuestan carreras improvisadas, y hasta los viejos capitanes salen de sus camarotes para aspirar sobre cubierta la frescura de la brisa y el aliento

de vida y regocijo, que irradia esa mañana primaveral.

Por fin, se abandona la ciudad. Las casas de campo aparecen circuidas de jardines y terrazas tapizadas de musgo, sobre las cuales señores de edad se entregan al reposado ejercicio del *golf*. Del río se pasa al estrecho que separa Manhattan de Long Island y la perspectiva se amplía y magnífica.

Las parejas se han formado a impulsos del afecto o del azar. Se cuentan historias, se hacen chistes, se juega a las cartas, se canta en perfecta libertad. Cuando la conversación languidece, Edna y Dick dan la señal de dispersión. El pretexto es dar un paseo por las distintas cubiertas. Uno a uno, van separándose, hasta que quedan solos Eva y Carlos.

Ella ha estado jovial, como nunca la había visto; nadie al oír su carcajada argentina, hubiera imaginado de cuántos pensamientos hondos era capaz su rubia cabecita.

Al igual que sus compañeros de antaño, Carlos no había imaginado a la mujer de intereses intelectuales, sino bajo la forma de un ser neutro, de pensamientos extravagantes, maneras

hombrunas y vestidos ridículos: el fantasma feminista popularizado por la caricatura.

Una sonrisa le contrajo los labios al imaginar el contraste entre aquella creación bastarda y esta muchacha suave, fina, de rostro sereno y de quien emanaba una gracia silenciosa y penetrante.

¿Qué decía Eva? La estaba oyendo, pero de la canción de sus palabras sólo escuchaba la música de la voz, su voz de tonos suaves, voz de mujer compasiva y sufridora...

—*Hello fellows!* Ya estamos frente a Sea Cliff. ¡Prepararse a bajar!

Era Tom quien se había plantado frente a ellos en ademán cómicamente amenazador.

Una playa limpia y arenosa ofrece liviano acceso a la costa que se eleva suavemente hasta alcanzar los límites de una colina. Las raíces de los pinos se advierten en las mismas arenas costaneras y el bosque refleja su verdura en las aguas tranquilas de la ría. Una aldehuela se agazapa en un claro del bosque, al lado del mar. El paisaje es idílico.

—¿A donde iremos?—pregunta Tom.

Se conviene que Mr. Graham y el interro-

gante vayan a la vanguardia, hácia donde más les plazca, a donde les guíe su instinto, añade uno, y todos los demás le seguirán.

Comienza el ascenso: se dejan atrás las casucas de madera festoneadas de flores, una plaza desguarnecida, un hotel arcaizado con el rótulo de venta y cuando el calor comienza a picar se arriba a la frescura de un bosque. El terreno es ondulado, aquí hay un barranco, más allá una colina. Se busca una fuente para establecerse a la vera del agua hospitalaria, y al cabo de una requisa en que sirven de guía las frondas abanicadas de los helechos, se llega a un arroyo pequeñín y canoro.

Previos tres hurras a los guías, la comparsa se apresta a merendar. Un *New York Times* de abundoso folio sirve de mantel y sobre él se vacía una avalancha de paquetes. Edna Green hace los honores de la improvisada mesa. Reparte las viandas como pide el larguísimo Tom, según la fórmula socialista: a cada cual según sus necesidades.

—Solicito una excepción—irrumpe Dick.

—Negada.

—No es para mí. Es para nuestra huésped,

Miss Wright. Si la alimentamos de acuerdo con su delicada apariencia, no le van a quedar deseos de volver a venir con nosotros. Ofrezco una ala de pollo extra para ella. ¿Quién da más?

—Yo presento la cuarta parte de mi sandwich.

—Y yo un pedazo de cerdo.

—¡Nada de ofrendas personales!

Las bromas continúan, se enmarañan las voces en una algarabía sonora. Las tortas y las frutas son la señal del canto.

Dick tiene una agradable voz de tenor.

*Pour out the Rhine wine: let it flow
Like a free and bounding river...*

—Se prohíben las alusiones dolorosas. ¿A quién se le ocurre mentar un imposible?

Dick recomienza:

*Never seek to tell thy love,
Love that never told can be;
For the gentle wind doth move
Silently, invisibly.*

Todos escuchan silenciosos el viejo canto

de amor; el trino de las aves interrumpe de cuando en cuando la melodía y una ardilla de mirada curiosa y ojos penetrantes arremanga su cola y se sienta circunspecta, no lejos del grupo juvenil.

Gladys recita después unas cuantas estrofas de *Kublakhan*, el inmortal poema de Coleridge, y Tom hace en seguida juegos de escamoteo.

Son las dos de la tarde cuando la caravana se pone de nuevo en movimiento. Por todas partes se hallan parejas de jóvenes sentados sobre el pasto, familias pacíficamente agrupadas a la sombra de una encina, muchachas solas que ríen como si se divirtieran inmensamente.

De improviso, la playa les sale al encuentro.

—Podemos ir por aquí hasta Glenwood— dice Jack y tomar allí el vapor de regreso.

Se acepta la indicación y por la playa desnuda de piedras, acompañada por un perfecto camino aceitado, se apuestan carreras en que todos, incluso Mr. Graham, toman parte.

Cuando la fatiga principia su obra la comparsa se deshace en parejas.

Dick y Edna se quedan un poco atrás, engolfados en una conversación. Gladys y Tom

hacen excelentes migas y, naturalmente, Carlos busca a Eva para cambiar impresiones.

—¿Está contenta de que alteráramos nuestro plan y viniésemos con estos amigos, Eva?

—Mucho.

—Igualmente yo. La alegría de los demás me regocija. Me creo más joven, más impulsivo, más esperanzado. Comprendo que la vida, a pesar de todo, vale la pena de ser vivida.

En efecto, siente que una extraña dulzura se le va entrando en el alma. Algo que llega de improviso a un sitio donde se le esperaba largamente, donde por lo tanto todo estaba dispuesto para la recepción.

Se diría que el aire está cargado de aromas, el cielo en que navegan blandamente bandadas de cirrus inmaculados, es más azul, el canto de las olas más acariciante. Un deseo se levanta, temeroso en un principio, insistente después: el deseo de caminar para siempre, en la misma compañía, bajo el mismo cielo, y al borde del mar. De vivir una vida desconocida, llena de optimismo, de fe, y de indefinidas proyecciones.

—Me olvidaba contarle—dijo Eva—que el

Directorio de las «Colonias Universitarias» acordó devolver su donativo a Mr. John Hart.

—¿Sí?—pronunció Carlos—¿Y qué contestó este?

—Se descubrió al amenazarnos—repuso la niña, sin dar mayor importancia a su declaración.

Por un segundo, un algo extraño e ilógico atravesó la mente de Carlos, sacudiéndole de temor; mas, el cielo era tan bello, el momento tan dulce...

Ella continuó:

—Vamos a crear también una Colonia en Newville para principiar una campaña de depuración. Vea Ud. cómo sirve la verdad.

Iba a responder Carlos, cuando un grito agudísimo y desesperado hendió el aire. Miraron a su alrededor. Allá, abajo, al borde del agua, una mujer angustiada clamaba por su niño que había envuelto la ola.

Corrieron; pero antes que llegaran Mr. Graham se había lanzado al agua y trataba de alcanzar al niño que ya a larga distancia de la playa, asomaba de tarde en tarde su manita trémula. Nadaba bien Mr. Graham, mas,

allí la rompiente de las olas era fortísima, de suerte que hubo de luchar prolongados minutos antes de alcanzar al pobre chiquitín.

Cuando regresó, la madre atendiendo sólo a palpar la vida en el corazón de su niño, no tuvo siquiera una mirada para el salvador.

Allí quedó Mr. Graham, chorreando agua de sus vestimentas, desgredado y sonriente.

Eva, entretanto, viendo que la pobre mujer no sabía cómo volver a su hijo, le tomó por su cuenta y principió a provocar en él la respiración.

De hinojos en la playa donde yacía el pequeño, sacudía rítmicamente los brazos amaratados del hijo ajeno, prodigando al mismo tiempo palabras de consuelo a la madre que, rodeada por todos los demás, la miraba con los ojos abiertos de pena, de admiración y de esperanza.

Volvió a la vida el pequeñín... Se buscó entonces a Mr. Graham, pero éste se había escabullido ya.



La orquesta tiene roncas sus notas desafinadas que el ruido del oleaje y el canto de los pasajeros apaga. El mar y el buque de recreo están saturados de vida y movimiento.

Carlos ha ido a apoyarse en la baranda, de codos sobre la cual contempla el crepúsculo que despliega en el poniente sus arreboles maravillosos. Hace una señal a Eva para que venga a juntarse a él y cuando los ojos celestes acarician los suyos oscuros, él dice:

—Mire esa vela blanca que se divisa allá lejos; mírela qué bella es... Y esa franja dorada que baja del cielo, acá, a nuestra derecha y que viene a besar las aguas... ¿Siente Ud. que la belleza del día entra en su alma y pone en ella un deseo intenso de vivir? ¡Qué felicidad sería ir en estos momentos, bogando en la tarde luminosa hacia un país desconocido! ir los dos, Ud. y yo, Eva, en un barco lleno de música, de belleza, de juventud!...

Ella no repuso inmediatamente. Hubo uno

de esos silencios cargados de misterio y de voces secretas...

—Cada uno puede crear su barco en la propia vida, un barco de ilusión, iluminado perpetuamente por una luz interior—repuso con lentitud.

Murió triunfalmente la tarde. Y cuando las primeras estrellas disputaban en el cielo y las luces de la ciudad derramaban su cascada de rayos, entraron a Nueva York por el muelle de la calle 35.

XVIII

Los negocios de Echaurren se alargaban. Vino a Yankilandia con intenciones de pasear, de conocer el país, de gastar unos meses de su existencia de hombre rico y afortunado y además, con el objeto práctico de comprar maquinarias para distintas industrias que deseaba instalar en su fundo cercano a Santiago. Sobre estas últimas, sus proyectos eran muchos, pero algo vagos y no poco confusos. A la postre, se decidió por la implantación de grandes frigoríficos, negocio que veía de porvenir cierto y pródigo en la patria donde toda industria estaba aun por explotar. Deci-

dido ya, determinó visitar algunos establecimientos similares en Nueva York y allí su primer tropiezo. En su feroz competencia los propietarios cerraban herméticamente las puertas a los extraños, por temor de que los procedimientos perfeccionados fueran conocidos por el competidor. A su turno, los artífices, anhelosos de que las fábricas mostrasen el funcionamiento de las maquinarias, para que resaltara la eficacia de sus marcas, insinuaron a Echaurren que pidiese al Encargado de Negocios un certificado como que él no iba a instalar esa industria en los Estados Unidos. Vial se negó rotundamente. ¿Cómo le constaban las intenciones de Echaurren? Fué inútil que éste le explicase que, estando el asiento de su fortuna en Chile, mal podría pensar en establecerse en otra parte. Fué inútil todo y Echaurren, convencido una vez más de la ignavia de nuestro representante, se dirigió esa misma tarde a ver a Carlos para contarle lo ocurrido y desahogar su bilis en contra del imponderable Vial.

Como de costumbre, subió al aposento, pero Carlos no estaba. En cambio, al bajar las es-

caleras, se encontró de manos a boca con Agnes que subía.

—¿Siempre enojado?—dijo ella al verlo y extendiéndole, sin otro saludo, su mano enguantada de seda.

Echaurren, que había soportado mal la ausencia de varios días, pues se resistió a verla desde la tarde en que sus burlas le desquiciaron, aprovechó la oportunidad de reconciliación que se le brindaba.

—¿Quién puede estar enojado con usted?—repuso galantemente.

—¿Qué progreso!—rió ella.—¿De modo que me acepta Ud. una taza de brevaaje amargo?

—El brevaaje, nó; pero lo que Ud. pensaba ofrecerme junto con él, sí.

—Es que todavía no sé lo que iba a ofrecerle—adujo ella picarescamente.

—¡Si no lo sabe, tanto mejor! Le ayudaré a encontrar lo que sea más de mi agrado.

—¡Hum!—murmuró.—Estoy cierta de que no lo encontrará.

Subieron al taller en que Ruby dominaba como un pachá insolente. El perfume de opio y de ámbar era penetrante. La luz velada por

los tapices de tonos cálidos producía gratas penumbras; el aire estaba pesado y caliente.

Gema encontró sus sonrisas y sus frases más deliciosas; disipó el mal humor de Alfredo relatándole anécdotas interesantísimas de personajes a la moda; le indujo diestramente a hablar de su juventud, de su niñez, de sus proyectos, de su fortuna, aun de su hermana Alicia, sin que Agnes diera a su turno ningún detalle sobre su familia ni sobre su pasado. Y cuando las primeras sombras comenzaban a invadir los ángulos de la tienda de semblanza oriental, ella se excusó ante Alfredo de tener que renunciar a su agradable compañía. Estaba invitada a comer *chez Martin*.

—¿Con quién?—fué la rápida pregunta de Alfredo.

—Amigo mío—repuso ella—le he dicho que no he dado a nadie derecho para interrogarme.

Sus ojos amables se tornaron inmediatamente altaneros.

Alfredo sintió que se había dejado coger ingenuamente. ¡Olvidar qué mujer era Agnes

porque en unos momentos se había presentado agradable y natural!

—Excuse Ud.—dijo friamente.—No volveré a preguntarle, porque nunca querré tener derecho alguno sobre su libre voluntad.

—Entonces, Alfredo—repuso ella, de nuevo zalamera—seremos los mejores, los mejores amigos. Y en prueba de ello, aquí tiene Ud. mi brazo para que me ayude a bajar.

Al despedirse, ella pidió.

—Venga Ud. más a menudo, amigo mío

—¿Para qué?—repuso él secamente.—¿No le basta a Ud. con Ruby, sus cuadros y los amigos que le invitan a comer *chez Martin*?

Su risa cromática sonó como una música en el pasillo.

—El otro día, Ud. no quiso que yo pusiera nombre a sus sentimientos, Alfredo. ¿A éstos, cómo les llama Ud?

—Algo más que indiferencia—repuso él en el mismo tono.

—Bien, señor; venga Ud. más a menudo a contarme sus indiferencias—volvió a reír ella, mientras dejaba que Alfredo llevase a sus labios la mano trémula que le tendía.

XIX

En el comedor, enrojecido por las últimas luces del crepúsculo estival, Carlos, solo en la mesa que durante el año compartiera con Jack, Edna y Mr. Graham, comía inapetente los guisos helados que Roy le iba ofreciendo.

Las aspas de los ventiladores no alcanzaban a refrescar el aire pesado, caliginoso, de esta tarde de Julio. El calor constante durante el día y la noche, desesperaba.

La mayoría de las mesas estaban desiertas. En otras, subía tímidamente la voz de los huéspedes recién llegados: estudiantes de los cursos de vacaciones, gente casi toda entrada en años, que venía a *Columbia* a refrescar sus conoci-

mientos, a modernizarlos, o a adquirirlos, después de haber practicado en cualquiera profesión durante el año.

Mirándolos, recordaba a sus compañeros dispersos y se detenía con especial delectación rememorando los últimos días pasados junto a ellos. ¡Cada curso apuró su ingenio inventando fiestas de despedida! ¡Y el *Commencement*! Carlos, que nunca había asistido a un acto semejante, quedó emocionado. Veía la mañana clara en que Edna, Jack, Mr. Graham y él salieron, revestidos de sus amplísimas togas, camino de Columbia. Edna y Jack se adelantaron. Mr. Graham le dijo entonces con su pesada franqueza:

—Yo no creía que Ud. llegase al fin del año con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque todos los sudamericanos que he conocido, aun cuando fueran muy hábiles, fracasaban a la larga. Su inteligencia podía despedir destellos casi geniales, pero intermitentes, incapaces de alumbrar esfuerzos continuos.

—Su prejuicio patriótico le engañaba, Mr. Graham.

—No lo creo. Admito, sí, que Ud. sea una excepción.

—¡Oh, nó!—había respondido con vivacidad—hay miles de muchachos que valen más que yo en mi país.

No concedió mayor interés a esta conversación, atraído por el espectáculo magnífico que presentaba el *campus*. Bajo la guía del Presidente de la Universidad, solemne y aparatosa precesión de funcionarios y estudiantes enca minabase lentamente al paraninfo para el discernimiento de grados. Allí, el discurso de algún decano, discurso que era como una entusiasta profesión de fe de toda la gente columbiana; la concesión de títulos honoríficos a gentes cargadas de años y de méritos, los juramentos de los doctores, el himno de la Universidad elevado al unísono por miles de voces fervientes; todo preparado para cautivar el alma de los muchachos en el lazo de imperecederos recuerdos. Y en la tarde, la farándula de los ex-alumnos. Hombres viejos, de las clases de 1870 ó 90, que ocupaban puestos prominentes en las industrias, en los ferrocarriles, en la banca, en la educación superior, venían al

campus un día en cada año para recordar sus algaradas de mozos, para estrechar la mano del compañero con el cual fantasearon juntos, creando un porvenir que la realidad ha torcido a su antojo.... Disfrazados con los trajes más cómicos, iban de los dormitorios a los comedores, a las bibliotecas donde alguno tenía su retrato en el puesto de honor, a los sitios que habían amado más, a los árboles que su clase había plantado cabe una placa conmemorativa, a donde quiera que bajo esos mismos techos, o a la sombra de esos mismos muros, habían forjado sus ensueños más dulces. ¿Hay un placer más humano y más divino a la vez, que el de sentirse revivir en los recuerdos?

Dispersáronse, por fin, los escolares, después de haberse divertido con igual fervor e idéntico entusiasmo al que habían empleado en el trabajo del año, y una vez solo, las palabras de Mr. Graham habían vuelto a su memoria. Su raza podía ser muy inteligente, pero carecía de constancia y sin ésta ¿qué se crea o se fabrica en el mundo?

La voz de Roy le trajo a la realidad:

—¿Le sirvo más helados?

—Gracias, Roy.

Para sustraerse a sus meditaciones, extendió un número de *El Mercurio*, llegado en el último correo. «Caída del Ministerio», «La irrigación de Tarapacá», «La roza de los bosques», «La nueva mayoría municipal», «Interpelación en el Senado a propósito del nombramiento de prefecto de Quinchao». ¡Siempre lo mismo! Pequeños intereses mezclados con problemas vitales y tratados con igual detenimiento... En medio de tantos países rivales que aspiraban a formarse una individualidad enérgica, una industria libre, una raza sana, solamente su pueblo, en otro tiempo esforzado y orgulloso, se consumía hoy en las mezquinas rencillas de partido, en el ocio, en el olvido de todo ideal. Sudamericanos inteligentes, pero sin las energías de la constancia ¿no irían a la larga a fracasar todos? A ser los esclavos de las razas tesoneras?

Arrojó a un lado el diario, bebió de un sorbo su café y salió a la calle, entristecido.

Una muchacha blanca y esbelta que pasaba le trajo violentamente a la memoria el recuerdo de Eva. ¡Qué deliciosamente extraña le es-

taba pareciendo su amistad! Él que no había conocido afectos de amigos, de hermanos ni de madre, que había sido profundamente ex-céptico en materia de virtudes femeninas, sentirse ahora tan ligado a esta niña de raza extranjera, tan ligado que ya principiaba a ser indispensable verla, oirla, llegar a ella como a un refugio para sus melancolías o como a una fuente en que abreviar sus ilusiones.

Miró el reloj. Eran las 8½. Dentro de poco llegaría. Lentamente se dirigió a la estación del ferrocarril elevado de la calle 110.

Acompañado de rechinamientos estridentes, el tren se detuvo sobre sus carriles suspendidos. Se desgranó la gente por los andenes: hombres con el vestón al brazo, niñas sin sombrero, vestidas con la más ligera gasa, pequeños de piernas desnudas, todos sofocados por el calor enervante. Allá, entre las postre-ras, columbró a Eva. La batista sutil de la blusa transparentaba los brazos de líneas puras y dejaba al descubierto su cuello bien torneado. En sus manos pálidas, la amatista cintilaba misteriosamente.

—¿Hacía rato que aguardaba?—preguntó.

—Tal vez una media hora. Acaso más. Siempre el tiempo de la espera es largo, Eva. (Desde el día de la excursión la llamaba por su nombre que él se complacía en pronunciar en castellano).

—Estuve a punto de no venir. Mis compañeras de la «Colonia» me han pedido que no salga sola de noche.

—¿Por qué?—pregunto extrañado Carlos.

—Están atemorizadas—sin razón a mi parecer—por la actitud de John Hart. Ud. recordará que yo era especialmente agraciada por su donativo y, al rehusarlo, asumí las responsabilidades.

El corazón le dió un vuelco. Detestaba hasta el nombre de ese individuo.

—Pero, ¿qué puede hacerle a Ud. John Hart?

—Lo mismo me pregunto—repuso la niña con su voz confiada.—Pretende que las Colonias Universitarias no den publicidad a su negativa y que no nos instalemos en Newville. Lo primero es posible, puesto que había presentado su ofrenda con el carácter de anónima; lo segundo, nó. Hay ya una veintena de jóvenes universitarias de Harvard, Yale y Colum-

bia que se han ofrecido para principiar la campaña de regeneración en Carolina del Sur.

Carlos no repuso. Principiaba a pesarle su intervención en este asunto.

—¿Con que Ud. va trabajar en la Kentucky Copper Lmd.?—preguntó ella, variando intencionadamente la conversación.

—Sí. Me ha cogido el medio, Eva, y voy a trabajar con placer, a pesar que estos calores sofocantes y húmedos de Nueva York me molestan lo indecible. Voy a trabajar de ingeniero ensayista y creo que si Ferguson me hubiera ofrecido un puesto de obrero, lo habría aceptado del mismo modo.

—¿Qué importa la posición gerárquica, si es la inteligencia y la energía que se colocan en un trabajo lo que le valoriza?—repuso Eva.

Carlos recordó inmediatamente su país en donde las gentes se miden por su gerarquía y en donde las establecemos en todas y en cada una de nuestras relaciones.

Llegaron a Riverside. En los oteros más espaciosos, familias enteras respiraban trabajosamente el aire cálido; en las pendientes umbrosas que bajan hacia el Hudson, recatados

entre los macizos de arbustos, buscaban soledad las parejas amorosas. Todos los escabños, collados y declives fáciles estaban repletos de gentes, y sólo de trecho en trecho había un banco solitario: el que alumbraba con odiosa indiscreción el foco luminoso.

Eva y Carlos paseaban lentamente, sufriendo ellos también la influencia del tórrido calor. Carlos se deleitaba como siempre ante la maravillosa perspectiva del río en donde cabrilleaban a la par las estrellas del cielo y las luces ciudadanas. Su alma, acariciada por la presencia de la blanca niña, olvidaba sus angustias y sus temores.

¡Cuántas cosas tenían que decirse, pero más gratos eran los silencios en que se elevaban calladamente las voces del alma!

De pronto, rompió la calma pesada de la noche un quejido lejanísimo.

Se miraron sorprendidos.

A los pocos momentos se repetía el mismo son, ya más perceptible.

—Es una tempestad que se aproxima—explicó Eva. Vámonos antes que nos coja.

—¡Tan pronto, Eva! Nunca he visto una tormenta de verano. Mirémosla venir.

Sentáronse frente al río en que las luces se deflocaban en hilillos luminosos. Por encima de los ribazos, avanzaba una masa de nubes cárdenas que al abrir sus entrañas con la espada del relámpago, profería un lamento atornador que iba a perderse en los confines de la tierra y de los cielos.

Envuelto en el hechizo sedante de Eva, Carlos no hablaba. Hubiera deseado oírla decir cosas íntimas, tener él mismo confidencias únicas que relatarle a media voz, secretos que quedaran entre ellos ignorados del resto del mundo, como un dulce lazo que les atara para siempre.

Se levantaba el viento. Los relámpagos se sucedieron con mayor frecuencia; uno tras otros retumbaron los truenos; los árboles de la Avenida se doblegaron al paso de una furiosa racha, y corrieron las gentes en busca de un refugio. Era un desbande general: de la sombra de los macizos emergían parejas ignoradas que, asidas de la mano, emprendían una carrera loca; los niños que triscaban en los jardines disper-

sáronse amedrentados. En las casas de la avenida cerrábanse con estrépito los vidrios de los balcones. La violencia del huracán, remediando los árboles, los doblaba hasta quebrarlos; desgajadas volaban por el aire las ramas y las hojas. Se rompía el cielo a cada instante en grietas lívidas, zigzagueantes, profundas, que emanaban una luz azulosa y deslumbradora, en tanto que el trueno rugía, y mil y mil veces retumbaban sus ecos en las concavidades del espacio.

—Vámonos—gimió Eva—vámonos.

—¿A dónde?

En verdad, ¿a dónde ir?

—Refugiémosnos en la puerta del monumento, propuso el mozo.

Señalaba el templete que honra la memoria de los marinos y soldados.

—No hay bastante espacio.

—Pero es lo que está más cerca.

Azotados por el vendaval y por las hojas arremolinadas, emprendieron la carrera. Carlos la llevaba de la mano, en contra del viento que apenas les dejaba marchar. Era liviana y

ágil y corría con la misma velocidad que él, pero a ambos parecía detenerlos a cada instante la garra invisible y poderosa del huracán. Antes que llegaran a la escalinata del monumento, la lluvia empezó a caer en gotas enormes, pesadas y calientes que sonaban como granizo sobre las hojas desprendidas. La tormenta estaba encima de la ciudad. Una tempestad de verano, formidable y veloz.

Llegaron a la cima. En el hueco de una puerta quedaron mal abrigados. Los vestidos de Eva, transparentes y ligeros, habían dejado pasar la lluvia y Carlos sentía que la mano que él conservaba aun, estaba temblando.

—¿Qué le sucede, Eva?

—No sé—replicó vacilante—siento como si mis nervios respondieran también a la tempestad.

Tiritaba, quién sabe si de frío—la lluvia inclinada por el huracán les bañaba ahora por completo—o si de debilidad ante la grandeza de la tormenta. Al través de la mano que estrechaba, sentía el muchacho que una corriente eléctrica le atravesaba también.

Un rayo se precipitó desde el cielo; su des-

lumbrante fuego iluminó por un momento la noche y el río y el parque, y fué en seguida a calcinar un árbol de la ribera opuesta. Hubo una llamarada azul que la lluvia apagó. Mujiente pareció desgranarse el trueno sobre la cabeza de ambos.

—Eva, Eva, no se asuste. Este es un refugio mejor que cualquier otro y nada podrá sucedernos.

—No tengo miedo—replicó ella con su voz suave.

El fulgor del rayo volvió a herir sus ojos, se abrió de nuevo el cielo y al iluminar la tierra, volvió a surgir, como creado por la luz, la forma indecisa de un mundo fantástico cruzado por un río de ensueño donde oscilaba la silueta de los barcos. El retumbar del trueno volvió a apagar el son de la lluvia que caía como si todas las nubes se deshicieran sobre la tierra.

Carlos dejó la mano que estrechaba y atrajo a Eva hacia sí. La abrazó con infinita ternura, como se acaricia a un niño en la desgracia. Junta a su alta estatura, Eva ligera y esbelta, parecía en efecto una infantina. La abrazó, guiado por su instinto protector y ella se

dejó oprimir, instintivamente también, sintiendo acaso que su condición femenina necesitaba protección. La sentía tiritar, estremecerse más a cada nuevo trueno o a cada rayo que caía sobre el río o sobre Pallasades. Las llamaradas de los incendios fulguraban en la lejanía.

Durante diez largos minutos el mujido del trueno y el troncharse de los árboles añadieron incansablemente su estruendo al fragor del huracán. Mas, para Carlos, ya no existía otra realidad que la de ese cuerpo juvenil, delgado y tibio, que él sentía delinearse bajo las ropas empapadas.

Lentamente los truenos comenzaron a espaciarse, el viento a amainar, la lluvia a caer con menos violencia. Eva se desasíó dulcemente de los brazos que aun la circundaban.

—La tempestad pasa, Carlos. ¿Quiere Ud. que bajemos? En la avenida podré encontrar un automóvil.

Silenciosamente iniciaron el descenso. Aun le quedaba en el alma el resabio dulce de la sensación anterior, esa sensación infinitamente conmovedora y única de haber estre-

chado contra su corazón el cuerpo palpitante de la niña que para él no tenía par.

—Permítame acompañarla hasta su casa— pronunció al fin, como si volviera de un ensueño.

—Nó, Carlos, muchas gracias, Ud. también tiene necesidad de llegar pronto a la suya.

No tardó en pasar un *taxi-cab*. Eva alargó la diestra que Carlos estrechó apasionadamente.

—Adiós, Carlos.

—Hasta luego, Eva.

Carlos, de pie en la acera, miró el automóvil que partía veloz. Le parecía que algo propio, algo que era carne de su carne le arrebatan.

XX

A fuer de galán afortunado, Echaurren no turbaba la placidez de su vivir con dolencias sentimentales que le eran desconocidas. El análisis de la pasión tampoco convenía a su concepto simplista de las mujeres y del amor, porque de éste, sólo pedía la delicia de un momento y de aquellas, una aquiescencia más codiciada cuanto más dificultosa. Por otra parte, su mayor placer no estribaba en el sabor de sus aventuras, sino en la posibilidad de referirlas con lujo de detalles. Agnes no ocupaba, pues, considerable porción de su existencia; al contrario, porque todos sus métodos de conquista se habían estrellado en la coraza de

perpetua ironía con que se escudaba Gema, principiaba a levantarse en su alma una desazón amarga y rencorosa en contra de ella. Sin embargo, iba a menudo a beber en su estudio el té que ella gustaba ofrendar; le invitaba él, a su turno, a teatros y restaurants, pero cuando no reñían abiertamente, sus conversaciones simulaban fintas de habilísimos y enconados adversarios.

Esa tarde, la había encontrado más hermosa que de costumbre en su ligerísimo traje de verano, y ante la mirada hosca de Ruby, Echaurren la contempló con mal disimulado despecho. Buscaba algo malévolo y doloroso que decirla.

—¿Cuántos años, Gema, a que Ud. juega al amor?

—Es el deporte menos variado, Alfredo: no me entusiasma. Sólo puede satisfacer a seres primitivos, como Ud.—concluyó Agnes con profunda displicencia.

Fué a la mesa del té y con estudiada calma, comenzó a prepararlo.

—No quiero té, ahora, Agnes.

—¿Por qué me dice así? ¿No sabe que me disgusta?

—Pues, precisamente para molestarla.

Fustigó el aire la risa burlesca de la muchacha, la risa que exasperaba a Echaurren hasta la ira y exclamó:

—Bien por la franqueza! Veamos, Alfredo, si con este tono, nuestros diálogos se tornan menos fatigantes.

El perfume capcioso de la infusión llenaba la angulosa tienda, cuando Echaurren preguntó con voz reconcentrada y grave:

—¿Es Ud., Gema, capaz de hablar a un hombre con entera franqueza?

—En cambio de moneda igual, sí—fué la lenta respuesta.

—¡Y bien! ¿No es verdad que Ud. no está ni remotamente enamorada de mí?

Comprendió Echaurren que su ataque era imprevisto y certero, porque ella tardó unos segundos en responder:

—Si fuera otra mujer le dejaría a Ud. en la duda—dijo al fin. Y continuó como si hiciera un esfuerzo:

—Nunca, nunca entregaré mi voluntad, mi soberano albedrío a un hombre, sea quien fuere.

—No obstante, Ud. ha pensado casarse—arguyó impetuosamente Echaurren, sin advertir que Gema no había contestado a su pregunta.

—Posiblemente—pronunció Agnes después de titubear otra vez.

—¡Ah! pero Ud. será la última mujer de quien un hombre se enamore! Ud., que se precia de exacerbar la violencia de su atracción, acaso para ejercer sobre su víctima un dominio despótico y absoluto.

Con la taza de té en la mano izquierda y la cucharilla en la diestra, Agnes trataba en vano de conservar su aire de suprema indiferencia.

—Mujer fría, calculadora, anormal—continuó él, irritado hasta la violencia, por la actitud hierática en que Agnes quería encastillarse.

Le interrumpió.

—¿Esa es la franqueza que saben emplear Uds?

¡Con qué gusto hubiera ido hacia ella y, to-

mándola de las muñecas, la sacudiera hasta hacerla gemir!

Ella vió en sus ojos el deseo amenazante.

—Cuidado, Mr. Echaurren—dijo, y en seguida, cambiando súbitamente de actitud, siguió:

—¿Por qué esperaba Ud. que yo fuese sensible, resignada, generosa? ¿Hay alguien que lo sea? ¿Hay alguien que vea a una mujer indefensa, sin tratar de aplastarla?

—Gema—dijo Echaurren, sorprendido de la sinceridad dolorosa que fluía de sus frases—¿cómo puede Ud. abrigar semejantes ideas?

—¿Cómo? ¿Por qué? Porque nacida en todo el esplendor de los millones, tuve un padre que al primer pánico que puso en bancarrota su fortuna, se suicidó para salvarse de compromisos, echándolos sobre las espaldas de mi madre y de mí, una muchacha de trece años; porque entonces no hubo un amigo que no nos abandonase, ni alguien que se apiadara de nosotros, porque de todo nuestro lujo no me quedó sino Ruby, el compañero de juegos, que escondí entre mis brazos para que no fuera rematado también con los galgos y lebreles de

mi padre. Y si he deseado casarme, es porque pienso que mi belleza vale bien los millones que me hacen falta y como no creo en las pasiones indomables, ni me rendiré jamás, porque el amor es debilidad, cobardía, renunciamento, era preferible condenarme a vivir con Ud., antes que con otro peor.

Sus ojos relampagueaban; la expresión arca de su rostro era ardiente y convencida ahora. Se conocía que por única vez hablaba la verdad, su verdad, contenida quién sabe cuántos años en el pecho.

Echaurren no sabía qué pensar, ni qué decir. Pero de su cólera sólo quedaba un sentimiento indefinible, que se condensó en una frase, murmurada apenas:

—¡Pobre Gema!

—No me compadezca Ud.—repuso ella inmediatamente.—No soy ni más ni menos infeliz que todas las mujeres. No me compadezca Ud. Tener piedad es sentirse superior, es donar una gracia que yo no admito.

—Gema—dijo él entonces—nunca sabemos las causas de la conducta extraña de los demás. La suya tiene una explicación; mis pala-

bras de hace un rato también la tienen. Ud. haría un mal negocio casándose conmigo; no soy tan rico como Ud. cree y a la mujer que sea mi esposa la estrecharé, la vigilaré, la celaré, la martirizaré, si es necesario, para que sea única y exclusivamente mía, mía en cuerpo y alma.

—Jamás—repuso ella sordamente.

Hubo un largo silencio. Echaurren lo interrumpió el primero, diciendo:

—Gema, desde ahora seamos amigos.

—¿Amigos?—repitió ella con una ironía acerba.—¿Una mujer que ha descubierto sus debilidades y un hombre que las conoce? Ud. no sabe lo que dice, Alfredo, y para que no seamos los enemigos más encarnizados, váyase, por favor: no vuelva, destiérreme de su recuerdo, que ojalá yo pueda hacer otro tanto!

Y tomando a Ruby en sus brazos, salió del taller, erguida, enjutos los ojos, pero con una mirada de trágica desolación en el rostro.

XXI

Semanas febriles e insomnes. Trepidaban, al isocróno latir de los calderos, los muros de la enorme fábrica, resoplaban los motores, ascendía por los alambres la fuerza aprisionada y mientras sometía el mineral a las reacciones purificadoras, poniendo toda la inteligencia de que era capaz al servicio de su obra, el corazón cantaba de júbilo, de esperanza, de amor! Su amistad por Eva, sus inquietudes patrióticas, su afán de estudio, y ahora la obsesión tenaz de solucionar el problema de la refinación de los minerales cupríferos de baja ley, no eran sino los leños en la pira que encendía su juventud. •

Mientras aguardaba al obrero, enviado por nuevo material para las experiencias, volvían a su mente las dulces imágenes. Dudó hasta el fin. Esa misma noche de la tempestad en que regresó a la hospedería ebrio de ilusiones, transfigurado por la sensación de haber oprimido contra su pecho el cuerpo trémulo y medroso de la niña, se preguntaba aun si acaso podía ser verdad que él, él, estuviese enamorado, enamorado de una extranjera, de una desconocida... En el recodo del camino de su vida, el amor, inesperadamente, le asaltaba; pero ¡cuán dulce era su herida y cuán deliciosamente deleitaba el alma! Ni por un momento se detuvo a pensar que podía no corresponderle. ¿No habían caminado juntos por el mismo sendero que insensiblemente, cautelosamente, les llevaba a fundirse en un mismo abrazo de ensueño y de voluptuosidad?

Durante un mes retardó día a día su declaración. ¿Timidez? ¿Lejano y no confesado temor de una negativa? Sí; pero sobre todo, porque el amor suyo era más complejo, más intenso que las fórmulas consagradas en que debía vaciarlo. Cuanto hablase de amor en los

•

términos vulgares, no diría nada del suyo propio, que era mucho más que fundirse en otra vida: una necesidad impetuosa de actuar enérgicamente, de superarse a sí mismo, de expresar cuanto hubiera de original en él para hacerse digno de la niña que adoraba y de ir junto con ella, vencedores de la muerte, por la ruta de la especie inmortal.

Llegó el obrero trayendo la materia pedida y volvió Carlos a sumirse en el hervor de sus elucubraciones físicas.

Repetía los ensayos probados sin éxito por Marchese y después por Siemens y Halske, pero usando como anodo nó el sulfato sino el cloruro de cobre. Las reacciones seguían a las reacciones, tentativas en las calderas en pequeño de su laboratorio, seguían a cálculos cifrados en los cuales agotaba todas las posibilidades de su imaginación, mas la incógnita, que por momentos parecía dejarse entrever, que se acercaba hasta al alcance de la mano, huía, huía siempre como un espejismo.

Las soluciones del catodo y del anodo se mezclaban rompiendo la membrana de sepa-

ración. A pesar de todo, la *idea*, con una vitalidad más poderosa que sus razonamientos en contra, volvía a aparecer; la rechazaba de nuevo para seguir la pista de otras y ella retornaba con mayor ahinco. Durante la noche, no reposó: en un sopor en que no sabía si dormía o velaba las soluciones del cobre se fundían, formaban ácidos quiméricos y desaparecían después en humos densos. Fué a la fábrica más temprano que de costumbre, afiebrado y lúcido al mismo tiempo. Pidió nuevos trozos de mineral en bruto y volvió a sus ensayos, esta vez determinado a seguir una sola ruta.

Eran las once de la mañana cuando salió del laboratorio, agitado, tambaleándose, los brazos pesados, la cabeza afiebrada y el rostro radiante. Había triunfado. Los millones de toneladas de cobre que yacían improductivas en su patria por desconocimiento de una fácil elaboración, podrían en adelante cubrir el país entero con una ola de prosperidad.

Faltaba, sin duda, ensayar el procedimiento en el yunque que ha decepcionado a tantos: la realidad; pero estaba seguro de que su des-

cubrimiento saldría airoso de la gran prueba, cierto de que el amor que le había impulsado le llevaría triunfante hacia el final. Pidió hablar con el secretario de la Compañía, único jefe con quien se entendiera desde el arribo a la fábrica.

Expuso los resultados de su trabajo con una sobriedad rayana en el laconismo, para concluir formulando su petición: que la fábrica le concediera oportunidades a fin de ensayar el procedimiento en mayor escala.

El rostro del secretario permaneció impasible.

—¿Quiere Ud. vendernos su invento?

—No he pensado en ello todavía.

—Aguarde Ud. un minuto; voy a consultar al Gerente.

Al cabo de unos instantes, el ugier se presentó a decirle que se sirviera pasar a la oficina del Gerente General. Se extrañó un poco. Sabía que empleados que trabajaban para la fábrica desde diez años y más, nunca habían visto la persona todopoderosa del Gerente que se guardaba en un *sancta sanctorum* al cual podían ascender sólo los elegidos. Apre-

ciaba, pues, en todo su valor esta deferencia excepcional.

Llegó a una oficina enorme, de fenestras amplísimas que tamizaban con sus encajes la luz estival. Agitaba el ventilador sus aspas en un ángulo y en el otro una columna sostenía el busto expresivo de Franklin. Un viejo de semblante rosado y patillas albas le saludó; a su lado quedaba de pie el secretario. Carlos tuvo que explicar por segunda vez el nuevo procedimiento y los medios de que se había servido para alcanzarlo.

—Ud. ha dicho que no ha pensado vender su invento ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Querría que lo explotaran capitales de mi país.

—El señor es chileno, de la América del Sur—se apresuró a explicar el secretario.

El anciano meditó un momento

—Ud. tiene razón; pero nosotros no podremos proporcionarle las oportunidades que nos pide, a menos que Ud. no se comprometa a venderlo a nuestra empresa.

—Lo único que podría aceptar, sería la obligación de entregarlo a la Kentucky Copper Limited, en el caso de que no se llegase a explotar en Chile.

El Gerente General, echado atrás en su sillón, meditó un segundo:

—Es bastante. ¿Querría Ud. firmar inmediatamente un contrato sobre esas bases?

—Sí.

Mientras el secretario lo escribía, el jefe observaba a Carlos de pies a cabeza.

—¿Ud. dice que es chileno?

—Sí, señor—contestó él con una leve nota de orgullo.

—¿Todos los chilenos son como Ud.?

Carlos lo miró, tratando de averiguar el sentido de la pregunta.

—¿Tipos fuertes?—prosiguió el jefe.

—Físicamente, sí.

—¿E inteligentes?

—Yo creo que nuestro pueblo es uno de los más inteligentes del globo.

—Ud. tiene fe en él—sonrió benignamente el anciano—hace bien, hace bien.

Concluída el acta, el secretario le dió lectura y Carlos, sereno ya, hubo de firmarla.

—Como Ud. ve, sus experimentos en grande no pueden realizarse aquí, de modo que el secretario escribirá al jefe del asiento minero de Woodberry para que le reciba. Parta tan pronto como guste; Ferguson me había hablado de Ud. y a fe que tuvo razón.

Se puso en pie y gravemente avanzó su mano que Carlos estrechó casi con reverencia. Sabía que tenía ante él a unos de esos hombres que después de haberse enriquecido fabulosamente, gracias a su inteligencia, ayudaba ahora a todos los que creía capaces de fomentar la evolución y el engrandecimiento de su raza.

XXII

De la rotonda luminosa se esparcían los acordes de la orquesta por el parque en sombras. Las estrellas se estremecían en lo alto y en la noche perfumada y tibia el aliento de la tierra ascendía hasta el cielo como el humo de un incensario. La muchedumbre recogida escuchaba el canto celestial de las walkyrias.

Sentados en el declive de un pequeño otero, distanciados del mundo y acunados por el murmullo de las notas lejanas, Eva y Carlos proseguían su conversación.

Relataba sus ensayos, la fiebre, el ansia, en que había vivido y, al fin, el éxito casi inesperado!

—¡Oh!—exclamó ella—¡qué contenta estoy!

Los ojos de Carlos la miraron apasionadamente.

—¿Verdad que Ud. se regocija de mi obra? Y había en su voz tal acento y en su mirada tal fulgor, que ella bajó sus ojos y tímidamente pronunció:

—Sí.

—¡Eva mía!—irrumpió incontenible Carlos, asiéndola de la mano—¿no es verdad que sabes que por tí luché, que por tí he triunfado, que es tu amor el impulso de mi vida entera y que yo te amo, Eva, y te necesito y te anso...

Algo pronunciaron los labios de la niña que los oídos de Carlos no oyeron, pero que acogió estremecido su corazón...

Y antes de que Eva inclinara ruborizada la cabeza, ya Carlos la había estrechado contra su pecho y buscado en sus labios la confirmación de su inmensa, de su divina felicidad.

Al himno triunfal de sus ilusiones acompañaban los sonos de la orquesta, vagos, melódicos, poemas realizados en el éter intangible.

Hablan, se confían a medias y balbuceando

esas cosas obscuras que se adivinan en el alma, se las repite, se las analiza y el silencio viene después, cargado de las palabras que no fueron dichas, de los pensamientos que pugnarón en vano por dejar su prisión.

El misterio del parque acogía el amor de una nueva pareja que se entregaba confiada en los brazos del ignoto destino.

—Antes iba caminando por un sendero gris, siempre igual, que me llevaba a la nada. Hoy siento que puedo servir de algo, que mi paso no será inútil, que hay en el mundo cosas ignoradas que me llaman. Tu fe se me ha comunicado, de tal suerte que ni en tu amor dudé, seguro de que llegado el día en que te lo expresara, tú lo acogerías, como lo haces hoy, con tu bella sonrisa silenciosa.

—No fué siempre así—dijo ella como si confesara humildemente una falta—he luchado largos días en contra de este sentimiento que sentía nacer: me sobrecogía tu alma extranjera.

—¿Y ahora?—pregunto él ansioso.

—Tu tierra será mi tierra...

—¡Eva mía! Vendrás conmigo. Te llevaré

a mi casa, a la hondonada que cercan los montes cobrizos, y allí, al lado de mi padre y ante la caricia de tus ojos, me verás trabajar, me verás dar vida a las minas yertas, y con el fruto de sus pródigos filones, los hombres que me acompañen contribuirán a labrar la grandeza de mi país. Tú amarás también a la gente de mi raza y tu bondad hará florecer nuevas esperanzas en el corazón de los pobres.

Había concluído el concierto y la gente se retiraba, aligerado el fardo de sus almas al soplo de las voces espirituales.

—Es hora de irme—murmuró Eva.

—Te acompañaré hasta la Colonia.

—En todo caso te lo habría pedido. Ya sabes que mis compañeras no olvidan las amenazas de John Hart.

Se pusieron en marcha, saliendo del *Central Park* por la puerta de la Quinta Avenida. La luna llena, bogando en el cenit, arrastraba por la ciudad su estela argentina, plateaba las hojas de los árboles y ponía su palidez de cirio en las flores inmóviles de las terrazas.

Tomados del brazo caminaban lentamente, poblando de ensueños su porvenir. La fuerza

ausencia producida por el viaje de Carlos a Woodberry no les atemorizaba. Tres o cuatro semanas en que se escribirían a menudo no significaban gran cosa cuando tenían ante sí el porvenir dilatado.

—Tú no sabes—dijo ella después de un largo silencio—que tu amor me había servido ya. No te lo dije entonces, pero ahora es menester que lo sepas. John Hart había pedido mi mano, a poco de ofrecer su donativo.

—¿Y tú lo habías aceptado?—preguntó él con voz trémula.

—¡Nó, por cierto! Sin embargo, no imaginas bajo que luz generosa se mostraba, ni cuán difícil era una infundada negativa. Cuando tú viniste a la Colonia, estuve a punto de decirte mi gratitud personal por el favor que inconscientemente me hacías, pero entonces tú eras sólo mi amigo...

—Yo no sé cuando dejé de ser tu amigo, Eva. Creo que todavía lo soy y que junto con mi amor, el afecto fraternal y tierno que me inspirabas continúa tan hondo y grande como siempre. Cuanto a John Hart, me molesta su recuerdo. Aquel día salí de la Colonia con

tanto desconsuelo, apenado tan hondamente de la tristeza que veía en tu semblante! No hablemos de él. Olvidémoslo; pensemos que jamás ha existido.

Sus voces se apagaban un momento; pero el ensueño seguía repicando sus campanillas de oro; la frases entrecortadas seguían entonces la hebra de una ilusión que había surgido en el reino silencioso.

—Dime, Eva, ¿habías soñado alguna vez que tu amor floreciera en medio del silencio de la noche, al abrigo de esta urbe a que has consagrado tu piedad de niña y ante un hombre extranjero que vendría de lejanos países y cruzado mares y montañas para llegar a tí?

—¡El destino! Antes tenía miedo de pensar en el amor. Es tan difícil que no sea egoísta.

—Difícil, pero no imposible. Tú eres la prueba.

Comenzaban a caminar por el *West End*, por las calles miserables que Carlos ya conocía. De la multitud que en el día transita en ellas sólo quedaban hombres de dudosa catadura, muchachas sin sombrero que ostentaban un

escote prolongado y generoso, policiales impasibles dentro de su alta estatura. Ya no se divisaba la luna en la franja de cielo que dejaban las hileras de edificios, pero su luz opalina envolvía la ciudad en un manto de paz.

—¿Y cuándo partes a Woodberry?

—El Lunes temprano. Me escribirás muy a menudo ¿no es así? y muy largamente. Mañana Domingo vendré a verte.

—Hasta mañana, entonces.

Estaban ya a la puerta de la Colonia. Eva estiró su mano larga, fina, sellada por la amatista.

—Hasta mañana, mía.

Carlos no la desasíó, sino que buscando en sus ojos un consentimiento de amor, la atrajo a sí y la besó en la boca.

—¡Cómo me fascinas! Y cuánto me cuesta separarme de tí!

XXIII

Mi buena amiga:

Junto con la mísera y lacónica esquela de Alfredo recibo la suya. ¿Acaso la escribió Ud. para compensar el mutismo holgazán de su querido hermano? Si es así, dígale, Alicia, que no pudo encontrar procedimiento que me supiera mejor. Gracias, pues, por su pródiga carta y por su cariñosa invitación para ir a reunirme con Uds. en esa isla que Ud. me pinta como una Arcadia milagrosa. Si mis experimentos concluyen pronto, iré a ver a Eva unos días y después me reuniré con Uds. para que regresemos juntos. No olvide que debemos estar en Nueva York antes del 15 de Septiembre para preparar nuestro banquete.

Woodberry es una aldea de cuatro a cinco mil almas. Protegida de una parte por un cerro de enmarañada vegetación tras el cual se esconden las turbinas y las chimeneas de la Woodberry Mining Co., alcanza de la otra hasta una colina redondeada y verdegueante que sostiene los airosos edificios de la pequeña universidad del pueblo. Entre ambas eminencias reposa el valle donde serpentea el Fierce Creek y en cuyas márgenes extiende el villorrio, sus calles irregulares, formadas al azar del tiempo. Las casas de madera, erigidas entre jardines y terrazas que no separa muro ni vallado alguno, se dirían habitaciones de recreo diseminadas en un parque común. Del lado de la universidad, sus varios pabellones se alzan en las praderas que las encinas sombrean de trecho en trecho y a cuyo abrigo, los rústicos bancos aguardan a los estudiantes por venir.

En el centro de la villa y sobresaliendo por encima de todos los edificios, la escuela pública, construida por suscripción popular, constituye el orgullo de los habitantes de Woodberry. Ninguno se olvida de relatarme que los organizadores de la suscripción pidieron al pueblo

50,000 dólares y que la asamblea compuesta de todos los hombres y mujeres del distrito dieron 80,000 para que a los planos modestos se agregara cuanto la pedagogía moderna requiere de una casa que es la cuna de todas las promesas.

Respecto a mi trabajo, he encontrado inesperadamente un auxiliar precioso en la persona del profesor Hamilton de esta universidad. Me ha abierto su laboratorio particular y dado detalles prolijos de un procedimiento semejante al que yo ensayo, efectuado sin éxito hace cortos años en Silesia. La diferencia que existe entre esa fórmula y la mía constituye la base de mi esperanza. Yo he dado en la solución más sencilla, aquella en que, por natural, nadie hubiese reparado.

Mis ocupaciones me han puesto en contacto con obreros, estudiantes, altos empleados, profesores, industriales, a quienes he podido ver en los talleres, o en medio de sus entretenimientos comunes; en el goce de sus apacibles existencias, o en los negocios públicos a los cuales contribuyen. Así he podido enterarme de

que siendo Vermont un estado blanco, es decir, en que todo tráfico de alcohol es prohibido, y conservando respetuosamente, además, sus tradiciones y prácticas puritanas, el crimen grande o pequeño es aquí un suceso extraordinario. Los moradores viven a puertas abiertas; dos piedras semi-enterradas en el césped, un árbol, una estaca de madera, marcan los deslindes de las propiedades.

A la herencia de los «peregrinos» añaden estos hombres la conquista de su democracia. Aquí todos se juzgan iguales: artesanos o catedráticos; las diferencias de fortuna y de posición social se consideran circunstancias aleatorias que no afectan la estimación del individuo, criterio reforzado naturalmente por el respeto que Ud. sabe que los americanos sienten por el trabajo en cualquiera de sus formas.

Los extranjeros que visitamos las grandes ciudades americanas, que nos complacemos en discutir sus vicios, su corrupción política, su desmembramiento social, su venalidad ante los *trusts*, no suponemos jamás que la gran masa del pueblo yanqui conserve sus tradiciones; y solemos iuculparlos de fatuidad e hipo-

cresía. No obstante, basta venir a las aldeas o al *farm* y ver a estos millones de hombres un poco primitivos para nuestra concepción latina, pero igualmente sanos y esforzados, para comprender que esta es la ignorada estofa en que la nación teje su maravillosa tapicería.

Ya me parece oír decir a Alfredo, al escuchar esta carta, que tan largo ditirambo es fruto sólo de mi enamoramiento. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe hasta qué punto las vendas del amor ciegan! A mí me parece que nunca mis ojos han sido más agudos, ni mis sentidos más despiertos, ni mi vida más bella.

Así, pues, que se apreste Alfredo para nuestras discusiones cuando vaya a visitarles. Entre tanto, sírvase darle a él mis afectuosos recuerdos y créame, Alicia, su devoto servidor.

Carlos Solar D.

Agosto 20

Amor mío:

Quince días sin oír la música deleitosa de tu voz ni sentirme bendecido por tus ojos ha-

brían sido interminables, de no tener el consuelo de tus cartas ni la obsesión de este trabajo que junto con tu recuerdo absorbe mis facultades. Los ensayos, como te contaba en mi última, hubieron de interrumpirse hasta no encontrar un reactivo menos poderoso que el que al principio empleé; esta mañana los he reanudado y ahora ya parece que alcanzo la meta de mis experiencias.

Gracias sean dadas a ti, Eva mía, si llego a verlos realizados con éxito. Ha sido tu amor quien ha inspirado esta fiebre mía de trabajo, esta ansia de igualarte en el servicio a los demás. Ahora mismo, releendo tus cartas plenas de tu bondad, me parece sentir que al través del espacio los efluvios de tu alma llegan hasta mí, trayéndome un mensaje infinitamente alentador y dulce. Me has dicho alguna vez los temores que abrigabas sobre nuestras incompatibilidades de raza. Si es tan difícil penetrar en el alma ajena, aun cuando se haya nacido bajo el mismo cielo y se haya bebido en la fuente de un idioma común, ¡cuánto más lo será, decías, en los seres cuyas razas les han marcado con distintos y profundos ata

vismos! Pero nó, extraños, extranjeros son los hermanos que cobijados por el mismo techo y alimentados del mismo seno, ignoran mutuamente el tesoro de sus pensamientos recónditos. Tú y yo hemos aprendido diversos modos de pensar, de sentir, de comprender el mundo. Pero ¡qué importa!, si tuya es la voluntad de entenderme y yo no tengo otra ambición que leer en tu espíritu como en un libro único cuyas páginas sólo para mí fueran abiertas? Tú has sido quién me ha iniciado en la comprensión de un mundo nuevo, tú quién me ha mostrado un ideal de vida que desconocía y hacia el cual de cierto mi alma aspiraba inconscientemente. Deben existir entre tú y yo afinidades más grandes que las que ahora suponemos. Ellas se nos revelarán en nuestra vida de esposos, cuando habitemos en mi país, que será el tuyo también, en medio de la belleza incomparable de nuestras sierras, y de la feracidad paradisiaca del valle que ha de abrigarnos y en el cual esparciremos las semillas de un nuevo ideal.

Cuando me entrego a la dulzura de mis ensueños futuros, nunca te veo en otra actitud

que en la de enseñar a mis obreros, a sus mujeres y a sus hijos la manera de embellecer la vida. No he pensado jamás como el poeta erigirte en madonna encerrándote en una hornacina para que allí reposes eternamente. Tal vez el período del amor contemplativo ha pasado. El ideal y la acción nos unieron, ellos serán parte también a ligarnos en el porvenir. Nada hay que pueda unir más a dos seres que trabajar juntos. Tu tarea no será igual a la mía, seguramente. Es mejor que se diferencie de acuerdo con tus instintos de mujer y con mis ambiciones de hombre, pero yo las veo armónicas, complementándose una a otra en dualidad perfecta. Tú tienes un evangelio de amor y de paz que yo no sabría propagar, ya que no poseo tu gracia silente ni la dulzura de miel de tus miradas. En cambio, trabajaré en las montañas, horadando la roca para entregar a mi patria una parte más de la naturaleza conquistada.

Tú me has revelado que no sólo los poetas pueden concebir y realizar salmos de amor y de belleza. Nunca como ahora la hermosura de la acción se me alcanza más potente, más

vívida. Forjar en cada hora una estrofa no pulimentada y corregida, sino una estrofa de hechos, nacida ante las infinitas variaciones de la existencia, imposible de enmendar ni de terjiversar, porque no hay poder humano que destruya un rastro del pasado; forjar un poema así, en que cada verso sea una acción y tú su eterno *leit-motiv* será mi solo ensueño, Eva mía!

Cuando pienso que hubiera podido enamorarme de una muchacha porque había llegado el momento en que la especie hablara en mí o porque una mujer hermosa me había mirado con ojos de sortilegio y hubiera podido vivir eternamente con esa pobre y menguada concepción del amor, me pregunto qué he hecho yo para que se me hayan abierto las puertas de un paraíso en que soñé quizás informemente, pero que nunca hubiera podido encontrar con mis solas fuerzas. Y esta existencia radiosa que vivo desde que te amo, este afán de engrandecerme, esta embriaguez de poesía, esta revelación del mundo y de sus infinitas posibilidades, todo, todo hubiese quedado sepultado entre tantas riquezas como duermen en el fondo de cada alma.

¡Cuántos son menos afortunados que yo! Cuántos seres existen que aspiran encontrar el alma hermana que no sabemos definir. Soñamos con ella inconscientemente, porque es nuestro secreto afán, pero no sabemos dónde vive, si existe o nó, ni qué hacer para encontrarla. Es la torturante aspiración que no halla palabras con que expresarse, y que careciendo de medios para llegar hasta el mundo externo, se abate dolorosamente antes de alcanzar su plenitud.

Gracias te sean dadas a ti, amor mío, que pusiste en mi alma tus anhelos y la bendijiste con las promesas de tu amor. Cuando vivamos juntos, cuando tratemos de realizar estos ensueños que hoy me embriagan como un vino generoso, cuando concluído los ensayos de mi invento te lleve a Chile, a la hacienda que vió mi infancia y verá entonces la apoteosis de mi juventud, creeré que la vida me ha reservado el mejor, el más escogido de sus lotes, que soy el hijo predilecto de ella y que nada que yo desee podrá dejar de convertirse en realidad, puesto que lo más grande que nunca osé soñar será entonces el maná celeste de mis días.

Llevo en mi mano tu anillo de amatista que quisiste prestarme en cambio del de nuestros esponsales. Qué obscuras y profundas parecen sus aguas y como me hablan de tí, de tus ojos, de tus manos delicadas, de tu futuro que será el mío. La miro largamente y no me tildes de profano si te confieso que la he besado con unción. Me parece que es algo de tu alma, esta amatista. Ha vivido tanto tiempo contigo, ha sentido tantas veces las palpitaciones de tu sangre y el temblor de tu corazón, sabe de tí tantas cosas que yo ignoro!...

Te amo, te amo

Carlos.

XXIV

Aquel fué un día de fiesta para Carlos. El procedimiento cuya fórmula persiguiera con tanto afán, probaba su eficacia. Entraba a la realidad, era su obra. Tres toneladas de mineral íntegramente purificadas ese día mediante su nuevo método, estaban allí, palpitantes aun de los procesos que sufrieran, asegurándole que su gran ilusión estaba incorporada de ahora para siempre al tesoro del mundo.

Sus amigos, los jefes, los obreros mismos venían a felicitarle y una emoción hondísima lo poseía. El regocijo fervoroso de esos instantes le parecía no más que el prólogo de sus planes futuros. Lejos de estimar la com-

probación de su invento como el fin de un proceso, lo sentía el primer eslabón de su vida nueva. Porque sólo ahora dejaba de ser un número en el rebaño uncido al carro de la especie, para convertirse en el hijo del hombre triunfador en la eterna lucha por el predominio de la naturaleza y el desentrañamiento del misterio. Su imaginación volaba a los montes que circundan su lejano valle nativo, a las aldeas muertas, a las minas que él resucitaría con el impulso de su patriótica ambición. Y se veía a sí mismo, satisfecho de la labor realizada, descansando en su hogar al lado de su padre y de Eva, quién sabe también si de pequeños retoños de sí mismo, que tendrían la mirada luminosa de la madre en los rasgos chilenos de él.

No solamente su vida habría de recibir los beneficios de su transformación.

Su ejemplo contagiaría a los vecinos, a los habitantes de la provincia, a sus compatriotas todos. Latentes e ignotas energías levantaríanse como Lázaro a los sonos del llamado nuevo. La Cordillera misma, poderoso espinazo de nuestra tierra, sentiría un estreme

cimiento recorrerla desde el Cabo de Hornos hasta el Tacora y de sus senos exprimidos por el hombre, fluiría la hulla blanca y el carbón y el hierro y el cobre y los metales preciosos que multitud de fábricas chilenas elaborarían, y que una escuadra de barcos, flameando en alto el tricolor, irían a repartir por la ancha superficie del mundo. De frente al Pacífico y resguardados por la montaña, los chilenos comprenderían que era su ineludible deber conquistar el océano cuyo dilatado litoral poseen, y siendo en la América el pueblo industrioso, el país inagotable, la nación mejor constituída, la raza más fuerte, recobrar su puesto de soberana preponderancia en todo el continente austral.

Llegó a su habitación ebrio aun por sus pensamientos. Aguardaba carta de Eva. Sorprendido de no encontrarla, llamó a la sirvienta en la esperanza de que ésta hubiese olvidado colocarla en su escritorio.

—*Any letter for me to-day?*

—*No, sir.*

Acaso llegaría en la mala de la noche. Antes de ir a casa del profesor Hamilton, que le

festejaba por su esplendido éxito, pasaría al correo.

—¡Pobre Eva!—pensaba.—Sus tareas no le dejan tiempo para escribirme.

Se aprestaba a salir, cuando William Harris golpeó a la puerta. Estaba invitado también a casa del catedrático y venía buscarlo. Era uno de sus amigos del pueblo, obrero, estudiante, y músico delicadísimo cuando tañía su violoncello.

—Deseo llegar hasta el Correo—dijo Carlos—¿Tendremos tiempo?

—Sin duda. Yo debo recibir también el *New York Herald*. Veremos las noticias antes de ir a la recepción.

Salieron. Sobre el manto violeta de la noche fulgía plateado y tenue el alfange de la luna nueva. De los cerros cercanos venía la brisa a cosquillear las hojas de los árboles y a susurrar amores entre las dalias floridas. Las notas de un piano vibraban a la distancia. Parejas de muchachos iban y venían por los caminos. El Fierce-Creek murmuraba dulcemente.

Desembocando por la calle principal a la

plaza, llegaron a la oficina de correos. Estaban distribuyendo la correspondencia.

—*¿Any letter for Mr. Solar?*

La niña repasó las cartas y en seguida contestó:

—*No, sir.*

William Harris abrió su diario.

—¿No ha recibido Ud. lo que esperaba?

—Nó.

—Lo siento. ¿Vamos entonces a casa del profesor?

—Como guste.

¡Qué raro, qué extraño, que Eva no le hubiese escrito! ¿Estaría enferma? ¿Habría tenido mucho que hacer? Caminaba abatido, olvidado de sus ensueños anteriores. William recorría las páginas del *Herald*.

—Otro crimen más en el East End—dijo, con los ojos fijos en las columnas que leía.

—¿En el East End?—repitió Carlos como un eco.

—Una joven que trabajaba en una Colonia de Ford Street...

Insufrible inquietud conmovió su corazón. Pero nó, era ridículo pensarlo.

—La han asesinado anoche.

—¿A quién? Por favor, William, déjeme leer.

Allí, a doble columna, con letras que le parecieron enormes, la realidad brutal saltó a sus ojos:

OTRO CRIMEN EN EL EAST END

UNA TRABAJADORA SOCIAL HA SIDO ASESINADA
ANOCHÉ

*La víctima es Miss Eva Wright de la
Colonia Universitaria de la calle Ford*

Maquinalmente se detuvo y quedó clavado en la acera, con el diario en la mano y mirando el vacío, sin una sola idea en la cabeza. Transcurrieron largos segundos antes de que se produjese una reacción. Volvió a leer los títulos del párrafo y sólo entonces notó que toda su sangre escapaba de las venas y que el corazón se le estrujaba en una dolorosa agonía.

Lívido, los ojos saltados, giró lentamente

sobre sí, paseando a su rededor una mirada estrábica y opaca.

—¿Qué le sucede?—interrogó anhelante Harris—¿algún accidente?

—Nó... No sé...

Su voz sonaba ronca y gutural.

Otra vez se empecinó en leer y otra vez sintió la vista turbia y el cerebro paralizado. Concluyó por alargar el periódico a su compañero, señalando con el dedo el pasaje fatídico.

—¿Conocía Ud. a esa niña?—inquirió temerosamente el muchacho.

Tuvo que emplear todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo para responder con entonación que intentaba ser calmada:

—Era mi novia.

Y no pudo más; el papel cayó de sus manos y por un momento el vértigo le precipitó en su piadosa obscuridad.

Su compañero, incapaz de decir una palabra, sintiendo que un irremediable dolor pasaba a su lado, le arrastró compasivamente hasta el banco de la plaza cercana.

Al cabo de minutos interminables, unos sonidos ásperos salieron de su boca.

—Lea, William.

El estudiante cogió de nuevo el *Herald* y comenzó a leer con una voz que él mismo desconocía, el artículo banal del gacetillero:

«A la una de la madrugada de hoy el policía número 1,795 descubrió en la esquina de las calles Cherry y Market»...

Sonajeaban las palabras en sus oídos y no apreciaba de ellas más que el ruido confuso. Su espíritu, incapaz de precisar la magnitud de su mortal desastre, flotaba en una especie de caos.

William seguía la lectura:

... «Se constató que la occisa era la señorita Eva Wright, directora de la Colonia Universitaria de la calle Ford y muy conocida en los círculos sociales y filantrópicos de la ciudad. Descendiente del caballero James Wright, «el buen puritano» como lo llaman las crónicas del *Mayflower*...

Algunas frases quedaban engarfiadas en su mente, que las seguía repitiendo sin acabar de comprenderlas y como obsesionado por su extraño ritmo.

... «Se desprende que a Miss Wright la han

llamado de parte de Miss Brown. El hecho es que ella salió, avisando a la portera que volvería pronto. El asesino debió esperarla escondido tras el ángulo que hace la calle Cherry al cruzar con la de Market.»

«Sus compañeras conservan algunos anónimos recibidos últimamente por Miss Wright, en los cuales se le amenazaba de muerte si no detenía los preparativos para la campaña de purificación que iba a llevarse a cabo en Newville, Carolina del Sur».

Al nombre de la ciudad, un estremecimiento brusco lo recorrió todo entero y al instante su mente torpe supo unir los hechos con el eslabón de siniestros remordimientos. Los codos en las rodillas, hundida la cabeza entre sus manos, trató de reconstruir con todos los incidentes del pasado, el proceso de su propia culpabilidad.

«...El cadáver ha sido trasladado a la «Colonia» y mañana se efectuarán sus funerales...»

Se irguió mirando atontado a su alrededor. El estudiante, los árboles, la gente oscilaban en un mundo separado del suyo. De modo que era verdad, que era todo verdad y Eva,

y sus ojos luminosos, y su sonrisa de niña, y su silueta esbelta, y su voz de cristal, y su amor, su amor que era su gloria, ya no existían. ¡Dios mío!

—Déjeme solo, William—pronunció como un quejido.

—¿No puedo hacer algo por Ud.?

—Nada, nada.

Sintió que el hombre le estrechaba la mano, pero la suya inerte no respondió a la expresión de piedad; oyó que mascullaba algunas palabras; pero a su alrededor se había hecho la noche, el vacío, la nada. Ni un pensamiento, ni una ilusión, ni un ensueño le restaban.

Se irguió de improviso, galvanizado. ¡No es cierto, no es cierto!, decía una voz de esperanza. Su amigo había dejado el *Herald* allí, y esta vez, apurando su angustioso afán, deteniéndose a cada instante para descifrar el contenido de las implacables líneas, llegó hasta el final.

—¡Pobre de mí!

Tambaleándose se levantó y comenzó a andar hacia adelante, sin rumbo; había gentes serenas; un piano entonaba sus melodías. El

mundo seguía lo mismo. ¿Cómo era posible que no se apiadasen de él, que no adivinasen su infinita desventura?

Anduvo. Las casas comenzaron a escasear, la calle se transformó en un camino festoneado de árboles. Le faltaba aire, se ahogaba, pasaba de la frigidez del hielo al hervor de la fiebre en un segundo; sus miembros descoyuntados le pesaban.

Y en el cerebro, qué de angustiados pensamientos! De la cima no soñada de sus ambiciones, de la cima excelsa de su amor, el primero de su vida, caer al abismo de esta agonía inconsolable. ¡Muerta! ¡muerta! ¿Cómo es posible que pueda morir en plena juventud, cuando la vida se ofrece, cuando se va principiando el largo camino, cuando los brazos del amor nos aprisionan? ¡Muerta! En qué momento concibió la nefanda idea de enviar a Juan Blanco y cómo pudo labrar con sus propios actos la tragedia de su destino? No haber sido más cauto, no haber dado oídos a la voz de su instinto! ¿Por qué no la trajo con él aquí y la guardó junto a su pecho, junto a su corazón que nunca más, nunca más, oiría sus latidos?

Llegó hasta el borde del Fierce Creek. Enormemente fatigado se dejó caer en la orilla.

¡Quién le amó estaba muerta! ¡qué enorme soledad le esperaba! No más aldeas de paz al pie de los montes de cobre, no más ensueños de inmortalidad, no más la esperanza de una vida de amor... Sin ella, ¿qué podría hacer, cómo podría vivir?

Los ojos enjutos y dilatados miraban con la fijeza de un loco. Y de improviso, le pareció verla allí sobre la corriente, sus manos blancas cruzadas sobre el pecho, la frente pálida, los ojos cerrados, flotando río abajo. ¡Eva ¡Eva! Pero la visión siguió la corriente y se desvaneció en sus ondas para siempre.

Un sollozo hendió la noche; un sollozo largo, doliente, desesperado, como el de un animal herido; un sollozo interminable, que se apagaba y renacía y que encerraba la angustia de todos los amores y el ¡ay! de todas las agonías...

XXV

El primer tren de la mañana le llevó a Nueva York. Fué un desfile macabro de árboles, de campiñas y de villas lo que Carlos vió por la ventanilla del tren. La luz matinal le deslumbraba; sus mejillas hundidas, sus pupilas febricentes, su color lívido expresaban harto claramente las angustias que habían estrujado su corazón.

Fué en la madrugada, echado aun al borde del Fierce Creek cuando el deseo violento de verla por última vez se apoderó de él. Ansia-
ba llegar, quería cerciorarse de la inhumana
verdad, aferrado con obstinación de loco a la
posibilidad de un error. Tal vez el *Herald* no

estaba bien informado, tal vez se habría identificado mal a la víctima. Cualquier milagro se asía a su mente desesperanzada. Porque no era posible que tan acerbo golpe cayera sobre sus hombros sin culpa, ni que tan horrendo crimen se cometiera en la gran ciudad, ni que una muchacha tan linda, tan buena, que principiaba su vida, que comenzaba a predicar su evangelio de salvación, la niña que él amaba, que le aguardaba para ser su esposa, la única en el mundo para su corazón, hubiera desaparecido. ¡Qué maneras de herirnos tiene el destino y cómo se complace en echar por tierra con una manotada nuestros castillos más queridos!

Sentía como si le hubiesen cortado de un solo golpe su visión del futuro. No era capaz de concebir nada que se proyectara más allá del momento angustioso que sufría. En balde se preguntaba cómo iba a vivir ahora, qué rumbo tomaría su existencia: le era imposible imaginar nada. En su cerebro se agitaba un revuelto mar en el que navegaba solitario y tétrico, el esquife de su dolor.

No se acordaba del asesino; sólo de tarde

en tarde la amargura de sus angustias, transformándose en ira, levantaban en su alma la sed de la venganza. Pero tales arrebatos anegábanse pronto en la inmensidad de la tristeza, de lo que pudo ser y no sería. ¡Nunca le había dicho cómo le atraían sus dulces labios, cómo soñaba en la delicia de besarlos, cómo todo su ser la llamaba!

Eran las once de la mañana cuando pudo comprar los diarios de Nueva York. Al abrirlos, su corazón palpitaba todavía con una postrera y absurda esperanza. ¡Ay! allí estaba la mortal confirmación; allí, todos los detalles de la muerte y de la vida de la extinta; su retrato aparecía al lado de otro, rotulado Mr. Carlos Solar, de Chile, y que, naturalmente, no era el suyo. Y el *World*, en su afán de notoriedad, había conseguido, quién sabe cómo, algunas cartas auténticas de Carlos, cuyos párrafos apasionados aparecían con grandes bastardillas. Los funerales se efectuarían a las cuatro de la tarde y el tren llegaba a esa misma hora.

—¿Qué hacer? Arrojó con desesperación los diarios y principió a contar los segundos que le separaban del fin de su viaje. Parecía que

el tren no marchaba, que iba con una lentitud ridícula, que nunca llegaría a la ciudad.

Fueron las horas más largas que hubiera vivido. Cada minuto se prolongaba hasta el infinito; las manecillas del reloj no se movían, las ruedecillas disminuían su rotación. ¡Un minuto! ¡Cuántos pensamientos desgarradores le trituraban el alma en cada uno! Imaginar que hay seres que pretenden que los días son cortos y que el minuto es fugaz; si sufriesen y esperasen con todas las potencias de su alma exacerbadas por la desesperación, comprenderían que el minuto es la inmensidad del tiempo!

Suavemente, lentamente, el tren se detuvo en la estación central a las cuatro en punto. Carlos se precipitó del wagón y corrió a tomar un automóvil.

—A la calle Ford—gritó al mecánico, con una voz ronca que no era la suya.

¡Qué de obstáculos en la vía! Primero una fila de camiones obstruyendo la carretera; después un policía deteniéndolo para dar paso a los transeuntes; en seguida, una calle rotura-

da en donde hubo que retroceder para encontrar el paso.

Cuando llegó a la calle Ford el cortejo funerario se había puesto en movimiento: una carroza negra, guarnecida de cortinajes opacos que dejaban entrever apenas el ataúd cubierto de flores, y después, una serie de carruajes con cocheros negros y con caballos cubiertos de gualdrapas sombrías.

—Siga el cortejo a la distancia—ordenó Carlos.

Estaba febril; la frente le ardía; las sienes latían como si fueran a estallar; intensos calofríos le sacudían violentamente. Fué el camino de un Calvario. Largo, largo, interminable. El automóvil se movía imperceptiblemente para guardar el paso con los carruajes delanteros. De cuando en cuando, el tumulto del tráfico ocultaba el féretro; otras veces al doblar una calle, Carlos percibía la carroza enlutada cuya vista le hacía daño y que, sin embargo, miraba, miraba, anhelando que su visión se incrustara eternamente en el alma. Y así siguió a lo largo de toda la ciudad: los barrios comerciales, una parte de la Quinta Avenida, y después por la

calle 68 a Riverside. Así, enfermo de dolor y siguiendo con el alma desconsolada los funerales de sus ilusiones y de su amor, volvía a ver los jardines amigos, las orillas lejanas y altas de New Jersey, las ondas mansas del río que supieron el nacimiento de su afecto. Los paseantes se descubrían al paso de la muerte; los niños dejaban sus juegos para mirar con asombro esa cosa fúnebre que felizmente no entendían y los muchachos, del brazo de la buena amiga, desviaban la vista para no pensar en el misterio del dolor que pasaba rozándoles.

¡Cuánto tiempo anduvo así, sobre las huellas de la muerte por medio de la ciudad imperturbable! Embotadas sus facultades después de la noche de insomnio y el ajetreo de las ocho horas de tren, no era capaz de medir su infortunio. No sabía sino que sufría mucho, que la angustia le torturaba el alma y que el cortejo se movía con una lentitud enloquecedora. ¡Qué larga la ciudad! Las calles sucedían a las calles, las plazas a los jardines, los altos edificios a los palacios de Riverside; en el río unos

barcos a otros, y unos a otros, los bosques y las praderas en los ribazos.

En las alturas de Washington, desembocaron en un parque pequeño, rodeado de blancas rejas, con senderos de grava, macizos en flor, arbustos verdequeantes e infinidad de lápidas que coronaban los promontorios bajos y cuadrados de las tumbas.

Descendieron los acompañantes. Se depositó el féretro en un carro pequeño que cubrieron de flores y en pos continuaron las mujeres, los hombres y los niños que habían acompañado a Eva hasta su último retiro.

A la distancia, Carlos siguió también. Su alta estatura parecía encorvada, sus pasos eran desiguales y vacilantes.

Al pie de una encina estaba preparada la fosa. Se detuvo a lo lejos, deseoso de pasar inadvertido, de que ninguna condolencia viniera a exacerbar la amargura de su pena. Descendido el ataúd, un pastor enfundado en una larga levita negra, abrió su libro y comenzó a leer algo que Carlos no entendió; después, las manos juntas y la actitud recogida, elevó una oración que los acompañantes escucharon

con la cabeza baja. En seguida, los niños se agruparon para entonar juntos un himno religioso. Sus voces delicadas cruzaban el aire límpido de la tarde e iban a incrustarse como dardos en el corazón angustiado del mozo. Rezaron después todos en voz alta el Padre Nuestro. Avanzó el pastor, tomó un puñado de tierra y lo dejó caer sobre el ataúd. Al sonido seco, inmensamente lúgubre que siguió, respondió Carlos con un gemido inconsciente, nacido de lo más profundo de su alma.

Cada acompañante se inclinó a arrojar la ofrenda póstuma y salieron después, unos en pos de otros, lentamente. Algunos niños y dos mujeres se quedaron allí hasta que la sepultura estuvo completamente cubierta y que las flores la coronaron como a una desposada. Cuando ellos también se retiraron, Carlos se aproximó. La noche principiaba a extender sus velos de sombra; un viento frío agitaba el ramaje de las encinas.

De pie ante la sepultura, su pensamiento pugnaba por comunicarse con la muerta; le parecía que ella podría escucharle, entenderle, compadecerle también.

—Eres menos desgraciada que yo, Eva, tú que reposas en paz, en el no ser, en el olvido de las miserias de un mundo que se debate en las tinieblas; eres menos desdichada que yo, que eternamente me culparé de tu muerte. Me perdonarás tú, pero yo no sabré consolarme de haber llegado hasta tí, ciego de amor, únicamente para atraer sobre tu pecho el puñal del asesino. Todos mis ensueños, mis ilusiones, mis proyectos se fueron contigo: el optimismo que tú infundías ya no existe; en cambio, me resta la desesperación, la amargura, la desolación más angustiosa. ¡Cómo pudiste abandonarme si sabías que te necesitaba tanto?...

Una mano que golpeaba su hombro le trajo a la realidad. ¿Qué le querían? Era el guarda. Sonaba la hora de cerrar el cementerio. Salió Carlos, caminando como un autómata. El vehículo le esperaba aun en la puerta. ¿Dónde vivía él en Nueva York? Ah! sí, en la calle 117. Dió la dirección tartamudeando y en seguida se arrojó en el carruaje, repitiéndose sin darse cuenta:

—Era verdad, era verdad. ¡Infeliz de mí!

Mrs. Butler no se asombró de verle en tal estado de extenuación y de palidez. Le urgió que se acostase y él obedeció como un niño sin voluntad. Subió vacilante las escaleras y mientras le arreglaban el lecho oyó, como si viniera de muy lejos, la voz de la señora que le contaba que los reporters de todos los diarios habían asaltado su casa en busca de detalles, de fotografías, de informaciones minuciosas sobre la vida y los hechos de Mr. Solar. Al observar que Carlos no le podía oír, dejó una frase cortada y se alejó.

Después de tantos dolores y fatigas, el sueño reparador vino a borrar su memoria y a sumirle en el olvido.

Al despertar y viéndose en el cuarto de la casa neoyorkina, le costó trabajo comprender su situación. ¿Por qué en Nueva York cuando él estaba en Woodberry? Solo lentamente la horrible verdad se abrió paso. Las escenas de su tragedia desfilaron por la mente como la película de un cinematógrafo. Implacablemente, la pena reabrió las heridas de su pobre corazón.

Llamó. Mrs. Butler en persona vino a descorrer las cortinas de las ventanas y a ofrecerle

un refrigerio. Los rayos del sol inundaron el cuarto. Eran las dos de la tarde.

—Hay un telegrama y una carta para Ud.

El primero, firmado por Alicia, le traía sus simpatías, su condolencia bienhechora. Le avisaba, además, que su hermano y ella habían decidido volverse inmediatamente a Nueva York. La carta era de Miss Brown, la compañera de Eva. Decíale que le había reconocido en el cementerio, a pesar de su traje de viaje y de su rostro desfigurado; pero no había querido hablarle, temerosa de tocar una herida sangrante. En ausencia de los hermanos de Eva, se creía en el deber de poner a disposición de Carlos los libros, papeles y recuerdos personales de la pobre niña.

«La asociación de Colonias Universitarias de los Estados Unidos—seguía—ha resuelto poner todos los medios de que dispone en la pista del odioso asesino. Yo no dudo que, aunque se halle protegido por sus millones y su influencia política, se le sabrá encontrar.»

—También han estado a preguntar por Ud. Mr. Hunt y Mr. Blanco. Ambos han dicho que volverán mañana.

No tuvo fuerzas para levantarse. Tendido sobre el lecho miraba sin ver los objetos que le parecían extraños, que afectaban otras formas que las que él les había conocido. Sólo el anillo de amatista, rielando en la diestra, conservaba siempre su aire de misterio. Sus aguas profundas le hablaban del arcano que envuelve la vida y la muerte, de la fragilidad de las cosas. Actuamos en la sombra y no sabemos el cristal de qué fuente irán a quebrar nuestras acciones. Corriendo en pos de la dicha, forjamos nuestra misma y eterna desventura. Y era necesario vivir, sin saber de dónde venimos, ni a donde vamos, sin comprender las causas que nos dirigen o nos desvían; conscientes de que tenemos una palabra que decir, un evangelio que predicar, una acción que realizar e ignorantes de ese conjuro, de ese evangelio, de esa acción que ningún poder nos revela. Sombras, misterio, dolor. Y había que vivir... ¿Cómo podría él vivir?

XXVI

Apenas se encontró con fuerzas, se dirigió al East End. Las callejuelas retorcidas que tantas veces había atravesado con el corazón ligero, se le antojaban ahora los tentáculos viscosos de un pulpo alimentado por la escoria del mundo: el monstruo contra el cual combatiera su blanca niña y que, al destrozarla, dejara deshechas y ensangrentadas las ilusiones del hombre que la amó.

Miss Brown, una joven delicaducha, con ojos miopes que miraban tímidamente, le recibió en la misma sala en que había referido a Eva las fatales andanzas de Juan Blanco. Había entre ellos el embarazo de los que, abrigando un

solo pensamiento, no se atreven a hablar de él y buscan en vano otra palabra que pronunciar.

Dentro de uno de los estantes guarnecidos de flores, estaban piadosamente conservados los libros, las fotografías, las cartas, los pequeños *bibelots* que habían pertenecido a Eva.

Carlos quería conservar el dominio de sí mismo, ahorrarle a los otros el espectáculo de su pena, mas la vista de esos objetos que guardaban aun el perfume y el tacto de las manos amadas, abrió de nuevo las fuentes de su congoja. Hubo de hacer un esfuerzo supremo para serenarse y no llorar allí mismo como un niño. Con mano que en balde se esforzaba en hacer firme, los recorrió todos, sin saber de cuál desprenderse. Eligió, al fin, varios retratos que representaban a Eva en distintas edades, desde uno en que se le veía infantina, jugando con un terranova, hasta un medallón en que el artista había trasladado hábilmente su fisonomía abierta, sus ojos de vinca-pervinca y su boca de líneas exquisitas. Recogió, asimismo, sus cartas, un libro de Jane Addams, dedicado por la autora «al alma celeste de mi

niña» y una pequeña agenda en que Eva apuntaba sus compromisos, sus visitas por hacer, algunas de sus impresiones diarias. Había páginas en que una sola frase estaba escrita: «Vé a Carlos», como si esto sólo, fuese capaz de llenar todo su día.

Llevando al lado de su afligido corazón esas reliquias, último resto del naufragio de su amor, volvió a su casa a encerrarse en su incurable miseria. Encadenada por el sufrimiento, su alma no tenía fuerzas ni voluntad para substraerse a la angustiosa obsesión. Siempre el mismo desconsuelo al contemplar su porvenir, igual revuelta en contra del destino que le hirió traidoramente, idéntica imposibilidad de comprender por qué y para qué viniera la muerte a asaltar a ese ser inocente, paloma sin hiel en los huertos del Señor.

Cuando los muros de su cuarto le pesaban hasta aplastarle, salía a la calle. Sus pasos seguían inconscientemente la dirección de Riverside y del pequeño cementerio de Washington Heights. Cuando los largos crepúsculos de fines del estío irisaban los celajes del cielo y las ondas del Hudson, iba a detenerse bajo la encina .

frondosa a cuya sombra su muy amada reposaba eternamente. Y allí, cerca de ella, qué hondo afán de comunicarse con su recuerdo, de hablarle, de oír su mensaje al través de la materia muda. El susurro de las hojas cobraba entonces significado humano. Sus ojos—parecía escuchar—están cerrados para siempre, pero te seguirán a donde quiera que vayas, porque tú los llevarás por siempre en tu alma; su boca no se abre ya con el aliento tenue de su voz, pero tú la oirás dormido o despierto, en el trabajo y en el reposo; sus manos ya no se pliegan, pero sentirás su caricia más dulcemente cuanto más lejana; su inteligencia dejó de laborar, pero sus ideales han echado raíces en tí, y, venido el tiempo, florecerán y darán frutos de bendición. La muerte del amor y del ensueño no existe: es una ilusión forjada por nuestros groseros sentidos. Vida eterna tienen los seres que alimentaron celestes quimeras, porque éstas, sobreviviendo a la muerte, crecen de generación en generación, deslizándose como un manantial divino a lo largo de los siglos.



A su cuarto llegaba diariamente la expresión condolida de los afectos que había sabido crear durante su estada en la ciudad. Hasta Agnes subió una tarde a la habitación. Estaba más pálida. Carlos atribuyó a las circunstancias que rodeaban su duelo, el hecho de que ella no tuviera una sola de las frases irónicas que eran su hábito incurable.

—Conocí a John Hart en mi niñez—dijo ella, en el transcurso de sus palabras.—En momentos muy amargos para mi madre y para mí, fué el único en mostrarse desprendido de todo prejuicio. De ser instigador del crimen, no le ha movido la campaña de depuración, sino el rechazo de su amor.

Y como el joven explicara que, a la postre, tan desgraciado era él en un caso como en el otro, ella repuso:

—Hay dolores más acerbos que los suyos, Mr. Solar. Ud. conoce apenas la vida, y no sabe agradecerle que de su pasión y de su ideal encarnados en una mujer, le arrebatara a

Ud. la pasión que es lo perecedero, lo que encadena las alas libres del alma. En cambio, le ha dejado a Ud. el ideal que no es egoísta, que no muere y cuyo aliento nos asciende a las estrellas. Yo lucho por destruir en mí la pasión, Mr. Solar, y cuando lo consiga será a costa de mi propio corazón.

*
* *

Echaurren y su hermana habían venido a verle varias veces. La piedad llena de dulce ternura de Alicia y la amistad reconfortante de Alfredo, habían sido parte a hacer menos agudo ese período de dolor consciente y acerbo en que se sumerge el ser, a sabiendas de que va a renovar sus torturas.

Esta tarde también vinieron. Echaurren todavía un poco quemado por su estada isleña, y Alicia, siempre elegante y menuda como una figulina de Sévres.

—¿Ha leído, Carlos, los diarios de hoy?

—Nó.

—¿Entonces no sabe? Aprehendieron a Teddy Saxton en Illinois.

—¿Verdad?

—Y del artículo del *New York Times* se desprende que la policía de Nueva York sabía que este hombre, el brazo derecho, el alma condenada de John Hart era el asesino y, sin embargo, le dejó escapar. Al no mediar la influencia de Jane Addams en Chicago, tengo para mí que, como tantos otros, este crimen habría quedado impune. Y hábleme Ud. de la honradez yanqui, Carlos, y del puritanismo de esta tierra de fariseos. En Chile, Miss Wright, no hubiese muerto así.

—¿Qué sabemos? hermano—interpuso Alicia—Tú olvidas que acaso no habría existido allí y no te acuerdas tampoco de tantos crímenes perpetrados a la sombra de los intereses de partido... En cambio, repara aquí, como tras la desgracia de nuestra pobre amiga, los diarios todos han comenzado la más enérgica campaña en contra del caciquismo en los estados y los «trabajadores sociales» han encontrado dinero a manos llenas para fundar cuatro «Colonias» en Carolina del Sur.

Alfredo hubiera refutado, pero Alicia le hizo

observar discretamente la palidez y la fisonomía angustiosa de Carlos.

—¿Ha visto Ud. a Juan Blanco?—inquirió entonces Echaurren.

—Sí, ha estado a menudo aquí. Su verbosidad me ha hecho sonreír más de una vez. Mr. Hunt, Vial, el Encargado de Negocios, y Julián Smith también me han visitado. Recibí, asimismo, carta de mi padre, respuesta a una, que le envié hace dos meses y en la que le anunciaba mi decisión de casarme con Eva. Me daba su consentimiento, prodigándome toda suerte de promesas y consejos. ¡Qué ironía! ¿De qué sirve fabricar castillos y forjar ilusiones si nunca sabemos dónde nos acecha el dolor?

—Las penas no son estériles, Carlos—dijo dulcemente Alicia.

—Ayer contesté a mi padre. No sé cómo pude referirle mi desgracia. Iba a cerrar la carta cuando la idea de volverme inmediatamente a Chile se me apareció como un consuelo. Y le anuncié que me iría en los últimos días de este mes,

—¿Cómo? — preguntó Alfredo con pena. ¿Decidido?

—Sí. Mis ensayos están ya por terminarse. Lo que me atraía a esta tierra no existe.

—¿Qué lástima que no podamos regresar juntos, como habíamos pensado!

—En efecto. Pero dentro de poco nos encontraremos allá ¿verdad?

—¿Y nuestro proyecto de banquete para el Dieciocho?—recordó súbitamente Echaurren.

—Lo realizamos.

—Nó—expresó Alicia, dirigiéndose a Carlos—sería un esfuerzo demasiado violento para Ud.

—Al contrario, me hará bien preocuparme un poco de los demás.

—Nó, mejor es no efectuarlo.

—¿Por qué nó? Se procede tal como lo habíamos pensado antes de que Uds. partieran a Deer Isle. Avisaremos a los amigos y a los demás los convidamos por los diarios.

—¿En qué forma?

—Con un aviso en castellano que diga que Alfredo Echaurren, de Santiago de Chile, invita a todos los chilenos residentes en Nueva

York y sus cercanías, a celebrar juntos el aniversario de la patria en tal parte y a tal hora.

Cuando los dos hermanos se despedían, Carlos los acompañó hasta el tren subterráneo. Mientras Alicia caminaba adelante, Alfredo relató a su amigo los últimos incidentes de su escarceo con Agnes. Después que se habían separado para no volverse a ver, él había sentido—efecto de la costumbre, explicaba Echaurren—mayores deseos que nunca de estar en su compañía. Pero la puerta del taller se cerró. Fué inútil que volviera una y otra vez. Le escribió entonces. Agnes no repuso. Ahora, dijo él, comprendo que con un poco de piedad de mi parte no habríamos reñido y acaso hubiésemos llegado hasta el amor. ¡Pero quién sabe si vale más así! Yo no sirvo para marido: no sabría hacer feliz a mujer alguna.

Y ninguno de los dos se detuvo a descifrar el alma recóndita de la muchacha cuyo secreto y altivo amor estaba, como tantos, destinado a morir, sin que ni los mismos ojos que le dieron vida percibiesen su dulce florecer.

XXVII

En la clásica sala de banquetes del «Little American», festoneada ahora de tricolores, iluminada por un solo foco que simulaba la estrella solitaria, y al rededor de una espaciosa mesa decorada por jazmines blancos, clarines rojos y campanillas azules, la charla se había enhebrado abierta y vocinglera.

Además de Vial, el Encargado de Negocios, y su señora, de Roberto Cruz, Zoilo Castro, Julián Smith, Luis Garrido y Juan Blanco a quienes se les avisó personalmente, respondieron al llamado de Echaurren dos hermanos Nieto, de cuya existencia Vial había escuchado rumores algunos años antes. El mayor, un

caballero venerable, había huído de Chile a raíz de la revolución del 91 con su hermano pequeño a quien amaba como padre. Después de maladanzas y sufrimientos, causados sobre todo por la conducta del hermano, don Eduardo Nieto había anclado en Nueva Jersey en donde cultivaba una pequeña granja. El menor era el más curioso tipo que pudiera imaginarse. Boticelli habría podido copiar su figura para representar los monjes rubios, lánguidos, de manos liliales que se prosternan ante la Virgen en un retablo primitivo. ¡Y sin embargo! Echaurren sabía que acababa de cumplir una larga condena por intento de homicidio en Sing-Sing. Nadie lo habría supuesto, porque hasta en los menores detalles de su conversación se mostraba sensible y tierno como un niño.

Se habían adherido, asimismo, al banquete, un tal Víctor Garcés, sastre de señoras, que pasaba por hijo de París en sus grandes talleres de la Quinta Avenida, y que apareció en la reunión luciendo un brillante fabuloso en el dedo meñique; un hombre fornido y recio, Jesús Lozano, maquinista del expreso Nueva

York-San Francisco; Juan Sierra, jefe de la sección acorazados en los astilleros de Brooklyn y Alberto Hormazábal, ganador de la carrera de 5,000 metros en Stokolmo y que, llevado por su afán aventurero, arribara a Nueva York en donde concluyó por hacerse profesional del *base-ball*; y la familia Duclos Varas, desembarcada por esos días para seguir viaje a New Haven, en donde «el orgullo de la tribu», como decían riendo sus hermanos, el muchacho Augusto Duclos Varas, ingresaría a *Yale*. Le acompañaban, además de la mamá, Mercedes y Lastenia, ambas jóvenes agraciadas y charladoras, que se sentían en su elemento entre la hetereogeneidad bizarra de los circunstantes.

Y por último, había venido también una linda chilena, casada con un judío millonario: la señora Luisa Muñoz de Stein, que vivía habitualmente muy retirada de la colonia y a quien por más que nadie la conocía allí un momento antes, se le atendía con el piadoso cariño con que se recibe a un hijo pródigo.

Contagiados por el soplo de igualdad que

viene de la tierra de las posibilidades ilimitadas, estos chilenos entre los cuales había aventureros sin nombre como Juan Blanco, ex-presidarios como Alberto Nieto, rotos heroicos como Jesús Lozano y patricios de histórico abolengo, olvidaban sus diferencias para recordar solamente el gran afecto que les era común, sin darse cuenta que en ninguna otra parte del mundo un grupo tan heterogéneo de compatriotas, sin otro lazo de unión que el vínculo obscuro de la raza, habrían sido capaces de juntarse sin repugnancia ni desdenes.

Charlaban, relataban orgullosos las incidencias ora trágicas, ora ridículas de sus vidas y no se cansaban de expresar a los hermanos Echaurren su gratitud por la feliz invitación.

La minuta concebida por Alicia y preparada bajo la dirección inmediata de Juan Blanco, incluía naturalmente los guisos clásicos de la tierra que, desgraciadamente, no resultaron, a pesar de todos los desvelos del director, con el sabor característico que les da la condimentación criolla.

—Vea Ud., Carlos, como yo tenía razón para pensar que había más chilenos en Nueva

York—le decía Echaurren complacidísimo del éxito de su merienda. Pasamos de la veintena y quién sabe si todavía hay quienes no leyeron nuestro singular aviso. Ahora, pues, amigo, a Ud. le toca ofrecer la manifestación, porque mi fuerte es hablar al oído y no sé decir dos frases enteras en alta voz.

En ese momento, un mensajero apareció con un bouquet de orquídeas y de rosas exquisitas. «A los chilenos reunidos este 18 de Septiembre en el *Little American*, ofrenda de una actriz cuyos compromisos le impidieron darse el placer de brindar junto con sus compatriotas, por la dicha de la patria». Luisa Ramírez (Grazia Leddi)—leyó con voz pastosa el señor Vial.

—Grazia Leddi, la del *Globe Theatre*—dijo Roberto Cruz—¿es chilena? Bien me pareció a mí que era demasiado simpática para no ser nuestra paisanita!

Casi todos habían admirado sus retratos popularizados por la película, y para todos fué una sorpresa inacabable la de saberla chilena.

—Esto, sí, que no estaba en mis libros—

confesó Juan Blanco con dolor. Parece verdad que me estoy poniendo viejo!

Se servía el champagne y a sugestión de Echaurren, el Encargado de Negocios ofreció la palabra al Sr. Carlos Solar Donoso.

¿En qué frases expresaría sus ansias empaçadas de tristeza? Estaba pálido y temblaba la mano que sostenía en alto la copa burbujeante.

«Mis compatriotas—principó con una voz que parecía quebrarse al contacto del aire.—La esperanza de ver en algunos días más el valle abrigado en que nací y los montes que fueron mi amor de niño y constituyen mi afán de hombre, se mezcla en mi alma con el dolor de abandonar esta tierra donde algo mío se queda para siempre.»

Alicia y Lastenia Duclos se miraron conmovidas.

«No os extrañéis—prosiguió Carlos—que al calor de estos sentimientos e inspirado por mis compatriotas, exprese aquí el mensaje de los chilenos en tierras extrañas. Cuando he visto cómo hombres egoístas y rutinarios se han convertido al primer soplo del viento de

extranjis en seres enamorados del terruño, en campeones de sus virtudes, orgullosos y altaneros como ninguno, cuando he visto rotos que nacieron sumisos, pasear orgullosos su soberanía por todos los países, y sentirse, por el hecho de ser chilenos, superiores al inglés, al alemán, al turco cuya patria hollaban, he llegado a creer que en el fondo de todos nosotros hay una voz que nuestro pueblo prodigioso ha de ser el exponente mundial de la raza criolla, todavía ignorada.

Carlos había encontrado ya la pauta de sus ideas y ahora las seguía con visible seguridad.

«Y sin embargo, qué desacuerdo entre nuestro deseo instintivo y la realidad presente. Qué pequeña se ve, mirada desde esta gran nación, la angosta cinta de tierra colgada de la montaña; tan pobre, tan tímida e ignorante de su propio destino, tan distanciada de las grandes potencias que gobiernan el orbe!

No hemos aprendido a servirnos de nuestro patriotismo como una fuerza creadora al servicio de una gran idea. Es que nosotros carecemos hoy día de un ideal común. Quiénes pretenden que nuestro mar nos está lla-

mando a ser mercaderes y traficantes como en tiempos pasados los adoradores de Atenea—ellos, como nosotros, pueblos de montañeses y de costaneros, hijos también de un cielo azul y de la espuma de las olas; quiénes piensan que debemos convertirnos en un pueblo industrial, aprovechando de una vez los recursos vírgenes de nuestro suelo; pero no lograremos conquistar el mar, ni dar vida al bosque, a la mina, ni al torrente si antes no hemos sembrado en el alma de cada uno de los miembros de nuestra gran familia, el ideal potente que ha de conducirnos. Mientras haya miles de seres a quienes no se les ha enseñado a vivir su existencia humana, gentes cuya ignorancia y miseria les cierre el camino de toda creación superior, no podemos decir que mantenemos un ideal que está alumbrando el camino de la raza. Este es el eslabón que falta entre nuestro ensueño y la realidad.»

Los ojos de Juan Blanco brillaban humedecidos. Todo su semblante revelaba la satisfacción con que escuchaba sus ideas vertidas en palabras por Cárlos.

«Y este ideal nuestro, amasado con la nostalgia y los recuerdos, ¡qué grande y bello es!—proseguía el joven.

«Yo he soñado que Chile no sólo sea el primer país de la América del Sur, sino que llegue a ser un foco de trabajo, de verdad, de belleza y de justicia iluminando el mundo. Siento que cada uno de los que han venido aquí al reclamo de un compatriota desconocido, en esta noche de recuerdos, considera que este ideal no es utópico, antes lo juzgan necesario e imprescindible para cimentar nuestra vida futura. Parecerá inútil sólo a los que olvidan que la fe en la grandeza de su destino fué quien meció la cuna de las grandes potencias de hoy, e inaccesible, únicamente a los que ignoran que maravillosas flores de realidad bordean la ruta que conduce a los ensueños lejanos.

—¡Bravo!—alcanzó a decir alguien, pero los demás hicieron señas para que aguardase las últimas palabras.

«Tengo fe que no dista el día en que el ideal nacional único lo balbucee el niño, lo vocifere

el joven, lo realice el hombre y lo transmita la madre como la magnífica herencia de la raza.

Bebamos, compatriotas, porque la hora en que nuestra estrella solitaria esparza sus reflejos por el mundo, puedan verla nuestros ojos extasiados.»

Emocionados profundamente por la voz del joven, los circunstantes sintieron ese minuto de silencio que sigue a las frases que van derechamente a labrar su sitio en el alma. Echaurren fué el primero en sobreponerse y en aplaudir; en seguida una ovación prolongada repercutió en la sala.

¡Cuántas charlas y cuántas confidencias después, abierta ya la confianza! La vida de casi todos era un tejido novelesco de aventuras intrépidas.

Antes de separarse, Alfredo recordó que Juan Blanco tenía un don. Se le hizo cantar; se entusiasmaron los demás al escuchar las voces de la tierra y cuando se despidieron, todos sentían repercutir en el pecho junto a las notas largas y hondas de la última tonada las palabras ungidas de emoción del compatriota.

XXVIII

Esta mañana de Septiembre es fría y luminosa. Silba el cierzo entre las jarcias y llega a estremecer el ramaje aun verdegueante de los bosques isleños que irrumpen entre las aguas de la anchurosa bahía.

Sobre la cubierta del *Magdalena*, Carlos, el Honorable Mr. Hunt, Echaurren y Alicia contemplan la ciudad que avanza hacia el Hudson la dentadura irregular de sus innumerables diques. ¡Qué igual y qué diferente de la otra mañana de Septiembre en que Carlos arribara!

—¿Prefiriría Ud. no haber venido?—interro-

gó Mr. Hunt, como si leyera en los ojos del joven.

—Nó—repuso inmediatamente.

—Cuando Ud. arribó era un niño, a pesar de sus años; hoy es un hombre forjado en el más fuerte yunque.

—¡Pero a qué precio!—murmuró Carlos.—Y, no obstante, bendigo al dolor y a quien me dió el mensaje de un ideal.

—Es que el ideal resucita con mayor energía después de cada riego de sangre—repuso Mr. Hunt.—Y el suyo tendrá eco en valles y montañas. Hasta los sordos oirán sus repercusiones y la faz de su tierra cambiará bajo su influencia.

Un pitazo estridente sonó. Los camareros principiaron a recorrer el buque, avisando que llegaba la hora de partir.

—Hasta luego, Carlos—dijo estrechándolo entre sus brazos, Echaurren—Alicia quiere que regresemos a Chile; partimos en Enero. Nuestra primera visita será para Ud.

—Hasta luego, Alfredo.

Alicia tenía los ojos humedecidos y cuando Carlos estrechó su mano con una palabra de

adiós, las lágrimas rodaron abundantes por sus mejillas.

—¡Alicia! mi buena amiga...

El puerto, con sus rasca-cielos descomunales y sus islas enrojecidas por la primera caricia del otoño, iban quedando en lontananza.

De pie sobre la cubierta, transida el alma de emoción, el joven los contemplaba con los ojos fijos, incansablemente. Separaba la vista tan sólo para posarla sobre el amatista de reflejos misteriosos que le acompañara en la apoteosis de su amor, en los días de amarguras, y en estos que vivía ahora, en que del dolor iba elevándose un alma nueva, dispuesta a todas las luchas, a todos los sacrificios, porque en una parte del mundo floreciera el ideal.

FIN